

BULGARIA DESCONOCIDA

Eugen Relgis

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Eugen Relgis es una personalidad internacional, bien conocida ya a través de su fecunda labor literaria. Si es que hasta el presente su popularidad no adquirió mayor relieve, es por ser un habitante de la Europa oriental. Se suele juzgar a los hombres por el país de origen y no por las condiciones intelectuales, científicas o morales que reúnen.

Como los libros de Relgis en idioma castellano son poco difundidos en nuestro país, hemos creído conveniente que lo presenten a los lectores de la Editorial IMAN, de Buenos Aires, escritores y pensadores de prestigio universal, como: Romain Rolland, Henry Barbusse, Han Ryner, R. Tagore, etc. Asimismo, para dar a esta labor el valor que tiene en Rumania, nos ha sido posible conseguir una biografía sintética del autor de *Bulgaria Desconocida* la que fue publicada en el periódico *Frontul Pacii* (El Frente de la Paz), que ve la luz pública en la ciudad de Iasi. Autor de este trabajo biográfico es el doctor Iacob Bacalu.

Este bosquejo ha eximido al traductor de tener que consignar los pormenores que se relacionan con las actividades de este escritor y poeta rumano. Expondremos, sin embargo, algunas consideraciones, a manera de prólogo, sobre el presente libro, de cuya importancia ningún lector podrá dudar. Ofrece dos ventajas dignas de ser mencionadas: conocer a través de sus páginas a un país balcánico -Bulgaria-, desconocida para muchos y, luego, familiarizarse hasta cierto punto con las ideas prácticas, no puramente “teóricas”, que contribuyen a humanizar al hombre, hacerlo mejor, encauzándolo después hacia su propia superación. De poca o de ninguna utilidad es la vida para los que no quieren ser mejores, para los que se niegan a evolucionar, a progresar, a perfeccionar y a experimentar las sensaciones de la tranquilidad de conciencia, de espíritu, gozando, al mismo tiempo, de la belleza, en todas sus manifestaciones.

El lector no conocerá a Bulgaria en sus aspectos panorámicos, donde la naturaleza exterioriza en los paisajes, en los lagos, en los bosques, en las montañas con sus picos níveos y en las infinitas manifestaciones su belleza soberbia y su grandiosidad inimitable. Conocerá algo que, tal vez, reviste una importancia más significativa: el espíritu de un pueblo que trabaja y lucha y el de un numeroso grupo de hombres buenos, amigos desconocidos que, con singular estoicismo, construyen los pedestales de un mundo nuevo, mejor que el que tantos sinsabores nos depara, un mundo en el cual la vida deja de ser un martirio. Los artífices de ese mundo predicán con el ejemplo, que es la mejor prédica que se puede hacer.

Los conceptos expresados aquí por Relgis podrían ser objetados en su forma, pero no en lo que al fondo de los mismos concierne, porque este escritor se ha propuesto construir el nuevo edificio en el que algún día ha de vivir racionalmente la humana especie, empezando por la base, por lo simple a lo compuesto, partiendo del individuo a la colectividad. De ahí que su evangelio pacifista tiene fundamentos éticos incontrovertibles. Y su humanismo es amplio en toda la extensión del vocablo. Lejos de entrañar conceptos sectarios o dogmáticos, ahuyenta el fanatismo con la antorcha de la razón, de la verdad, de la ciencia; invita al análisis y al raciocinio.

* Traducción directa del rumano por Tito Livio Bancescu. Digitalización: KCL.

Más todavía: el humanismo de Relgis posee fundamentos biológicos y, por consiguiente, es también científico.

Por último, séanos permitido manifestar que, a través de las páginas que siguen, es muy posible que muchos de sus lectores aprendan a conocerse, a comprenderse y también a encontrarse a sí mismos.

Tito L. Bancescu

JUICIOS SOBRE EUGEN RELGIS

"Los hombres que, como usted, señor Relgis, consagran su vida y todo lo más puro que tienen para solucionar los grandes problemas de la humanidad, tienen derecho de plantear los interrogantes que usted formula en la *Internacional Pacifista*. Es usted, en verdad, un símbolo de este ideal, que no se conforma únicamente con los himnos de gloria, sino que buscan los medios para traer a la tierra la paz del cielo". *Henry Barbusse*.

"Cuán admirable y encantadora me parece su acción humanitarista y la insistencia de reunir en su derredor el mayor número posible de espíritus para conquistar adhesiones cada vez más preciosas". *Han Ryner*.

EL SUCESOR ESPIRITUAL DE ROMAIN ROLLAND

El solitario de Villeneuve, el ya celebrado escritor francés, Romain Rolland, dirigió a Eugen Relgis las siguientes líneas, las cuales hablan con toda su elocuencia acerca del concepto que se ha formado del autor de este trabajo:

"No conozco otro europeo en manos del cual podría confiar con más seguridad, en el ocaso de mi vida, mis ideas pacifistas y universalistas, para pasarlas al porvenir. Porque nadie más tiene una concepción y una inteligencia tan extensamente comprensible para ello, ni nadie más siente estas ideas tan íntimamente ligadas de su ser espiritual".

VEINTE AÑOS DE ACTIVIDAD LITERARIA Y SOCIAL

Vivimos en una época en la que se da el título de "escritor" a casi todo el que sabe sujetar una pluma en la mano. Es necesario que lo sepamos una vez que, para ser poeta, no significa ser autor de algunas producciones sentimentales versificadas, como tampoco novelista significa escribir algunas páginas de prosa seca y carente de genialidad. Al artista se le pide originalidad

en forma de pensamiento, una novela personal y una característica propia. Desde este punto de vista Eugen Relgis es una sólida personalidad.

Nació el 2 de marzo de 1895 en la ciudad de Iasi, pasando parte de su niñez en Piatra Neamtului. Cursó durante ocho años la escuela secundaria, sin haber tenido la posibilidad de escuchar las lecciones de sus profesores, a consecuencia de una sordera que contrajo siendo niño y después de haber sufrido la escarlatina. Habiendo, pues, de esta manera perdido uno de los sentidos a la edad de siete años, Relgis se encerró en sí mismo desde pequeño, dirigiendo las observaciones hacia su espíritu, creándose desde temprano una vida interior.

Precisamente, estas causas de naturaleza psicofísica han sido decisivas para sus primeras manifestaciones literarias. Bien pronto pone de manifiesto el carácter introspectivo de sus producciones.

En 1913, cursando el séptimo año del Liceo, Eugen Relgis edita su primer libro *Triumful Nefiintei (El Triunfo del no ser)*. Es un libro de fantasías que revela el preclaro talento de su autor. Luego *Nebunia (Locura)*, el segundo fruto de su trabajo, el cual, por el ambiente y la construcción, se asimila a la primera obra. Después de estos dos ensayos, aparece una colección de narraciones y leyendas: *Soare Rasare (Salida de Sol)*, la que le sirve de transición entre el ensueño puro y las realidades inmediatas: este es el primer trabajo de contenido social, el que nos hace vislumbrar su orientación posterior en sus obras humanitaristas.

En el año 1913 Relgis se inscribe en la Facultad de Filosofía de Bucarest, a la que poco después tuvo que abandonar por causa de su defecto físico. Teniendo inclinaciones por las ciencias técnicas, prosiguió los cursos de la Escuela de Arquitectura de la capital rumana, ocupándose luego en diversas construcciones en las zonas rurales.

Al estallar la guerra, es sorprendido en la misma actividad en usinas y fábricas, lo que le permite que en sus obras posteriores se ocupara de este tema. Sobreviene en 1916-1917 la retirada del ejército rumano a Iasi. Este acontecimiento trae un hecho decisivo en la actividad de Relgis. Comienza a ocuparse de una manera detenida de los problemas sociales. Trasladado de un hospital a otro de una comisión militar a otra, para ser revisado, no pudo ser remitido al frente de batalla.

En 1918 publica en Iasi *Literatura resboiului si era noua (La literatura de la guerra y la nueva era)*, trabajo que es el primer ensayo en la literatura rumana, para tratar los problemas literarios en relación con la guerra. En el decurso del año 1919 -pues la mayor parte de los volúmenes que dio a luz fue después de 1924-, Relgis publica la mayor parte de ellas, fragmentariamente, en diversas revistas.

Pero la conciencia le dicta que ha llegado el momento para que también en este país se haga sentir la voz de la humanidad. Así es como en 1920 edita en Iasi la revista *Umanitatea (La Humanidad)*, reuniendo a su alrededor casi a toda una generación de escritores e intelectuales, como: el profesor Dr. C. I. Parthon, Gala Galaction, T. Arghezi, el profesor P. Andrei, Ion Slavici, Enric Furtuna, Alexis Nour, G. Spina, Adonis Popov, C. R. Ghiulea, etc. La revista tuvo un éxito admirable, clasificándose como segunda después de *Viata Romaneasca (Vida Rumana)*.

Tanto las frecuentes persecuciones como la carencia de recursos monetarios determinó la no aparición de la publicación. Relgis abandona Iasi y llega a Bucarest para ingresar en el periodismo. A éste lo abandona bien pronto, porque el periodismo, por desgracia, no constituye el terreno propicio para la libertad de las ideas. Se dedica, por último, a las actividades literarias.

Traduce la famosa obra de G. Fr. Nicolai: *La Biología de la Guerra*, la que aparece en 1921, en su primera edición, publicándose en 1926 la segunda. En ella se discuten las bases científicas

de pacifismo. En 1922 saca *Coloane printre ruini (Columnas entre Ruinas)*, con la que introduce en nuestra literatura el género ensayista.

En 1921 E. Relgis emprende un viaje por Europa, visitando diversos países y asistiendo a distintos congresos pacifistas. Las impresiones de esos viajes, están recopilados en el volumen *Peregrinari (Peregrinaciones)*, que apareció en 1923 y en el que se ponen de manifiesto momentos interesantes de la vida europea en la post-guerra. Con este libro Relgis introduce en la literatura rumana un nuevo género, el cual reproduce los viajes: es el género analítico y de ideas. En el mismo año Relgis publica su obra principal: *Umanitarismul si internationala intelectualilor (El humanitarismo y la internacional de los intelectuales)*, es una obra magníficamente documentada, una labor de crítica y de doctrina, profundamente substancial y de una extraordinaria luminosidad moral. Simultáneamente aparece también los *Principiile Umanitaristilor (Principios Humanitaristas)*, como síntesis de las ideas directivas y el programa de acción humanitarista.

Era en la época en que Europa se agitaba bajo la amenaza de un nuevo cataclismo. Rodeado de algunos distinguidos representantes de la cultura, Eugen Relgis lanza en 1923 el vigoroso: *Llamamiento a los intelectuales libres y a trabajadores conscientes* en el que propaga el amor entre los hombres y la paz entre los pueblos. El primero que firmó este llamamiento fue el profesor universitario C. Radulescu-Motru, suscribiéndolo después C. G. Costa-Foru, Ion Teodorescu, P. Mosoiu, Barbu Lazareanu, Ion Slavici, el profesor Parthon, etc. El mismo llamamiento ha sido después traducido en diversos idiomas y firmado por personalidades como: G. Fr. Nicolai, Han Ryner, Upton Sinclair, Stefan Zweig, R. Tagore, etc.

En 1924 Relgis saca la novela trilogica *Petru Arbore*, con la que introduce en nuestra literatura la novela de análisis interior. Es una obra de un realismo intelectual. El año de 1926 nos trae algunos trabajos interesantes de Relgis. Debo citar: *Umanitarismul Biblic (El Humanitarismo bíblico)*, *Umanitarismul si Socialism (Humanitarismo y Socialismo)*, (Polémica con el señor Lotar Radaceanu), *Poesías* (Introduciéndose con ello en la literatura rumana la nota rara y difícil de la emoción mecánica y la idea de la dinámica universal), *Melodüle Taccrü (Las melodías del silencio)* (Un volumen de poemas en prosa). En 1927 aparece su último trabajo de carácter puramente literario: *Glasuri in Surdina (Voces en Sordina)*, una novela autobiográfica y de introspección, en la que describe su propia vida.

Desde esta fecha Relgis se consagra casi exclusivamente a la acción social-humanitaria. Colabora en las revistas del país: *Adevarul Literar, Viata Romaneasca, Omul Liber*, y otras, como en las del extranjero: *Evolution, La Paix Mondiale*, de París; *Erkenntnis und Befreiung*, de Viena; *La Raison*, de Bruselas; *Brand*, de Estocolmo; *The War Resisters*, de Londres y publica en muchas otras revistas y publicaciones de Alemania, Bulgaria, Estados Unidos, Argentina, India, etc., estudios serios, documentados, acerca de los problemas pacifistas y humanitaristas, atrayendo la atención de todos los intelectuales del mundo sobre la necesidad de una acción pacifista, libre y activa.

En el año 1928 Relgis, en colaboración con Ion Pas, edita la revista *Cugetul Liber (Pensamiento Libre)* y en el mes de julio del mismo año da a luz, solo y con sus propios medios *Humanitarismul*, destinado a propagar las ideas humanitaristas. En el mes de marzo de 1929 inicia en Rumania una gran encuesta relacionada con la paz, la que luego adquiere carácter internacional. El resultado de esta vasta encuesta lo publica el monumental trabajo, aparecido en Berlín: *Wege zum Frieden (Los Caminos de la Paz)* con un prefacio de Romain Rolland y una introducción y conclusión de Relgis. Esta es una obra de gran valor documental de Relgis. Esta es una obra de gran valor documental, en la que se encuentran las respuestas de 160 prominentes personalidades de la cultura, de la ciencia y de la política mundial acerca del problema de la paz.

E. Relgis ha tomado parte en los últimos años en algunos congresos pacifistas internacionales, en los cuales ha intervenido en los debates y presentado proposiciones que fueron aceptadas en principio. Estas proposiciones y discusiones se encuentran en su interesante libro *La Internacional Pacifista*. Posteriormente ha publicado distintos libros en el extranjero, realizando en 1931 otro viaje por Europa. Sus impresiones de esta jira aparecerán en breve en un volumen, bajo el título: *Peregrinaciones Europeas*, de las cuales una parte ha sido ya publicada en *Bulgaria Desconocida* (1932).

Aun tendría mucho que decir, pero el espacio es demasiado reducido para que insistamos acerca de otros trabajos de Relgis. El continúa trabajando, haciendo una labor difícil y ejemplar. Alejado del tumulto de las pasiones políticas y pese a los que aun creen en el triunfo de la fuerza sobre el espíritu, Eugen Relgis se preocupa por una causa noble que es la causa de la humanidad martirizada y la finalidad de todos sus anhelos milenarios: *la paz*.

Iacob Bacalu (Jurisconsulto)
Bucarest, 23 de octubre de 1932

CAPÍTULO I

REENCUENTRO

Rusciuc, 28 de agosto de 1930.

Horall. – En la cubierta del vaporcito que, oblicuamente, atraviesa el Danubio. Ondas rápidas, turbias, sobre las cuales se reflejan los esplendores de un sol frío. Un viento cada vez más interminable y ligero me circunda. Para poder formarse un horizonte marino, observo el río a lo largo. Quiero expansionarme en mi primera y pura liberación, frente al agua que corre y el cielo límpido, pero saturado de infinitas vibraciones. Mas, antes de perder de vista a Romadan, cuyos remolcadores están listos para zarpar, aparece en la orilla opuesta el nuevo muelle de Rusciuc, donde la ciudad, con sus jardines y huertos, parece un largo ramo de flores, oculto tras la tupida fronda, las tejuelas coloradas y las torres de algunas iglesias.

El grupo de los que esperan en el desembarcadero aparece como una pequeña línea, la que, a medida que avanzamos, se hace más gruesa, se perfila más. Un brazo se levanta en alto, luego, otro, como muda señal de saludo. No me es posible distinguir las figuras, pero siento el magnetismo de la amistad, que me induce a saludar de la misma manera. Los conozco recién cuando el vaporcito atraca. Iordan Kovacev, poeta de generoso corazón y novelista, cuyas *Ishri* (Chispas) son rojas, sangrientas, porque ellas brotaron de los formidables golpes del drama de la guerra. Ha convertido la abogacía en arma contra las injusticias sociales, habiendo intentado igualar la ley con el derecho. Pero su lucha porfiada la desarrolla en las filas de los tolstoianos pacifistas, estrechamente vinculados a las organizaciones occidentales. Juntamente con Slav Delkinov, que le acompaña, publican *Svoboda*, tribuna pequeña, desde luego, pero independiente, de cuyas columnas se hacen fervientes llamamientos, tribuna a la cual la censura (con las mismas tijeras ciegas de otras partes) no la puede suprimir sistemáticamente.

Y al tenderles la mano -por sobre los hombros de las guardias fronterizas, porque aquí también debo repetir las mismas formalidades aduaneras que efectué, hace un cuarto de hora, en el puerto rumano- siento la fuerza de una fe común y de un reencuentro, del cual, asustados por la

luz de mi cotidiana labor, se desprende los murciélagos de la soledad “del otro lado”. Kovacev es un tipo moreno, con los pómulos casi tártaros, y una sonrisa entusiasta es aumentada en su rostro por el esplendor de sus anteojos. Delkinov tiene las espaldas anchas, y es un atleta que no bebe alcohol, no fuma, ni tampoco come carne: es hasta desacostumbrado a llevar sombrero y cuello... Después de haber redactado a *Svoboda*, da vuelta a la manivela de la máquina, imprimiendo *Posrodnik* (edición cooperativa de las organizaciones tolstoianas de Sofía). Este idealista, místico hasta cierto punto, me causa recelos con su salud física y moral. El vehículo nos conduce hacia el centro de la ciudad. En vez de retener los primeros panoramas de Rusciec -hoy se llama Russe, pues del viejo dominio turco ha quedado una pintoresca arquitectura y un suburbio en el que el fez, los anchos pantalones otomanos y aun el velo femenino todavía no ha desaparecido- revivo rápidamente, atareado, los tres días del congreso organizado por *War Resisters International* dos años después del que se efectuó en Sonntagsberg, en las cercanías del Tirolo. Se reunieron allí, sobre una colina que domina el valle profundo del Ybbs, en un hogar proletario sobre el cual caía la sombra de una catedral casi medioeval, los delegados de las cuarenta secciones que correspondían a las veintiún naciones que integraban la *Antibélica*, como también los representantes de las corrientes sociales éticas y religiosas. Allá se ha hecho sentir el mensaje que Romain Rolland me había confiado; allá fue unánimemente reconocida esa *Internacional Pacifista*, a la que también en 1925 hemos pedido en Londres para que fuera la suprema federación apolítica de todas las organizaciones que luchan por la consolidación de la paz entre las razas, naciones y clases.¹

De nuevo veo figuras de todos los países europeos, algunos tipos morenos de la India (los ojos profundos y la larga silueta de Rajondra Prasad, enviado de Gandhi) y algunas americanas, cuya feminidad se oculta tras los grandes anteojos de carey, las cuales están munidas de cuadernos en que anotaban presurosas nuevas lecciones para sus hombres de negocios de allende el Atlántico... En un intervalo, los seis delegados búlgaros me rodearon satisfechos de haber venido un representante del pacifismo rumano procedente del país vecino al de ellos - ¡representación, oh, tan poco oficial!-. Confieso que en los primeros congresos pacifistas del Occidente, en que he tomado parte, he despertado una curiosidad más grande que la de los delegados negros o chinos... Los delegados y las comisiones rumanas ambulan, seguramente, por Europa y se aventuran también hacia otros continentes, pero con el archígeneroso concurso del *santo presupuesto del Estado*. Cualquier ocasión es bienvenida para un paseo cómodo. ¿Pero cuántos de ellos son hombres libres para que digan la verdad en su casa y también en la de los otros acerca de la política y de los intereses ocultos?

UNA FLOR Y ALGUNAS ESPINAS

Me hacen entrar en la gran sala del Teatro Comunal donde, por la mañana, sesiona el congreso de *la unión de las asociaciones Vegetarianas de Bulgaria*. La señora Jeny Bojilova-Tatteva, de Burgas, fundadora de la Liga Pacifista de las Mujeres Búlgaras, habla de “los senderos de la paz”. El público es numeroso, atento, cordial. La oradora tiene gestos de madre que defiende a sus hijos de las águilas rapaces. Sus palabras graves tienen el eco de una advertencia: ellas son caldeadas en los sufrimientos de tantas madres, cuyos hijos mozos perecieron en el huracán de 1914-18. La resistencia de sacrificar el fruto del amor en las arenas del odio social y patriótico es puesta de manifiesto en forma altanera y gallarda. Al lado mío, una mujer entrada en años aprieta los puños y se muerde los labios en remordimiento tácito. Otra, con los ojos humedecidos, mueve la cabeza. Un chiquillo de dos años se escapa de los brazos de su madre y camina entre las presentes, sonriendo, en su inocencia, simbolizando un testimonio vivo de la vida que quiere subsistir.

¹ En el volumen “Internacional Pacifista” hay un relato documentado sobre esta cuestión.

Cuando Kovacev, que preside el congreso, anuncia mi presencia, centenares de manos se levantan en alto espontáneamente, determinando ello un impresionante movimiento de simpatía. De repente, me encuentro con una blanca crisantema en mi solapa. Siento como el sudor espiritual separa el hollín nacionalista y también las esperanzas étnicas y lingüísticas; es una afabilidad simple que desmiente las inquietudes recientes y las incitaciones del *chauvinismo* venal. Precisamente, en los diarios de esta mañana he leído los telegramas anunciadores de que las autoridades rumanas negaron la visación de los pasaportes a varios miles de búlgaros que querían visitar Rumania; ello fue como una respuesta a "las manifestaciones de protesta irredentista de Varna, donde los veraneantes rumanos han sido obligados a comprar insignias y publicaciones de protestas contra las persecuciones soportadas por los búlgaros del Cuadrilátero de Dobrego". Recuerdo haber leído, recientemente, artículos que se referían a los rumanos que viven en el Valle del Timoc, quienes se habían hasta olvidado de su idioma materno. Esos artículos eran firmados por un profesor de Bucarest, quien, en los banquetes anuales de P. E. N. Club lleva la escarapela del cosmopolitismo literario.

¿Dónde se encuentra, pues, la verdad central, dura y madura como una semilla? ¿En las acusaciones recíprocas de persecuciones *chauvinistas* o en ese acuerdo directo, excesivamente, henchido de artificiales contingencias políticas que pretenden responder a los urgentes imperativos de la existencia que ignora el amor propio nacional y los supuestos "derechos de los antepasados"?

Sobre estas cuestiones irritantes he formulado algunas preguntas a varios congresales. La respuesta fue movimientos de hombros, como gesto de negativa o de despecho. Esas cuestiones no las admiten, ni tampoco las pueden entender. Pasado mañana, después que hayan terminado las deliberaciones del congreso, ellos emprenderán una excursión a Giurgin; quieren demostrar con la cortesía que las excitaciones *chauvinistas* se las lleva el viento en la misma forma que los ladridos de los perros despertados por el automóvil que atraviesa la carretera polvorienta de la aldea que ellos creen suya. (Así sucedió, en realidad. Las autoridades no pudieron demostrarse agresivas, mientras que el director del liceo rumano les habló con la cortesía del hombre culto, el que sabe que si las letras del alfabeto se escriben de una manera distinta en este o aquel país, ellas pueden ser compuestas en palabras comunes e iguales).

Un oficial jubilado, que fue mi vecino de viaje en el tren que en pocos días me condujo de Sofía a Lom, me reveló en palabras simples el secreto de las agitaciones *chauvinistas*.

– Las grandes potencias políticas saben lo que hacen por intermedio de sus agentes diplomáticos, cuando imponen a los pequeños Estados determinadas "rectificaciones", "retrocesos" o mutilaciones fronterizas -me manifestó con aplomo y franqueza ese anciano que dijo llamarse Felipe Skalonkof. Algunas veces publica artículos de carácter económico en *Mir*; su yerno es ministro búlgaro en Roma...

– Sí -continuó el ex oficial-. Para sus intereses inconfesables, desde luego, a los que nos es fácil adivinar. Las grandes potencias no permiten que los Estados pequeños se entiendan, voluntariamente, entre ellos. Los tratados de paz las convenciones militares y también comerciales son dictadas en conformidad con sus intereses superiores. Observando la carta geográfica europea, presto se verán las mismas pequeñas heridas: franjas de tierra cortadas del territorio vecino, las cuales luego son dejadas en el abandono. Esas heridas supuran después, amenazando con la gangrena. Lo mismo ocurre con el Cuadrilátero entre Rumania y Bulgaria. Nos ha sido ocupado en 1913. Y nosotros nos hemos posesionado de Dobrogea en 1916. Y esas heridas perturban las buenas relaciones entre las naciones que tienen mucho más motivos para vivir en paz que para guerrear entre ellas. ¿Acaso, la historia no nos recuerda los lazos comunes? ¿Los revolucionarios búlgaros no encontraron un refugio bienhechor en

Rumania? La independencia rumana de 1877 preparó también nuestra emancipación del dominio turco... ¿Por qué los dos países sostuvieron guerras entre sí? Porque Bulgaria entró en la esfera de influencia de las potencias centrales, mientras que Rumania era aliada de la "entente". Nos hemos masacrado por los amos, que han arrojado entre las pequeñas naciones balcánicas los huesos del almuerzo de los gigantes, armados hasta los dientes y bien apoyados en la bolsa de oro. Con ese oro diabólico nos han fascinado, sujetándonos también a nosotros del collar, pues tenemos nuestras riquezas naturales, ya que nuestro trabajo libre puede sacarnos de las dificultades post-bélicas... He aquí el gran pecado de nuestros conductores: la borrachera política que les torna serviles ante los poderosos, pero abandonados y bestiales frente a los pequeños. De ahí que la independencia nacional se trueca en ilusión, si es que no nos libramos de la esclavitud de la "política mundial". Sin esta esclavitud silenciosa, la cuestión relacionada con el Cuadrilátero, como otros tantos litigios territoriales, se hubieran resuelto ya mediante la voluntad pacífica y las mutuas concesiones.

1913-1916

Si en 1916 la invasión del ejército búlgaro, en Turtucaia, ha tenido carácter fulminante, ella no puede tener otra interpretación que una "revancha" a la expedición rumana de 1913. Reforzado el ejército búlgaro con tropas alemanas y pertrechado con armas y municiones germanas, comandado, asimismo, por generales también alemanes, tuvo de esta suerte una superioridad destructiva. Bulgaria, conforme lo expresó también Skalonkof, ha sido un instrumento de las potencias centrales. Ya en 1916, cuando el ejército rumano atravesó el Danubio, para "pacificar" a los Balcanes -misión que sólo podría haberla recibido de acuerdo con las indicaciones de las grandes potencias- se vio a qué se ha reducido la guerra búlgaro-rumana. El avance de las tropas rumanas ha sido un "paseo", pero por el hecho de haberse negado a combatir las tropas búlgaras. La población había recibido al ejército rumano con flores y pan: regimientos búlgaros enteros se entregaron, sin oponer resistencia alguna. Las pérdidas de vidas humanas se debió a otro flagelo, producido en pleno "retorno victorioso": el cólera.

En un artículo intitulado: *De Guerrero a Pacifista* que solicité al señor C. G. Costa-Furu, para *Humanitarismo* (núm. de junio-julio de 1929) demuestra cómo se opuso a que Rumania entrara en acción bélica contra Bulgaria. Si es que partió como voluntario, al frente de un escuadrón de caballería, lo ha hecho como manifestación de protesta contra la acusación de "abandono" que se le hacía o de que "estaría vendido a Bulgaria".

"Mi presencia en el ejército -dice- provocó una gran sorpresa en las filas de oficiales búlgaros de la brigada Siracoff, que había caído en nuestras manos en Ferdinandovo. Esos oficiales, que se vieron obligados a irse con su general, porque sus tropas se habían amotinado, negándose, en consecuencia, a iniciar combate con nosotros, habían leído (en original o en traducción) los artículos firmados por mí en el diario *Adevarul*, de Bucarest. Después de la recíproca presentación de los oficiales... se produjeron manifestaciones de simpatía. Luego cambió de ideas, de impresiones, hablando sobre la naturaleza, sucediendo después de inmediata amistad. Ningún odio de raza, nada que pudiera justificar nuestra situación frente a los demás y menos aún el estado de guerra en el cual, particularmente, ellos no se creían que estaban con nosotros... Tan fue así que, cuando se les pidió la entrega de los sables, se apresuraron a darlos, porque ellos en su fuero interno no se entregaban como prisioneros de guerra, puesto que ignoraban que su país se encontraba en conflicto con Rumania. Entre esos oficiales he encontrado muchos espíritus dispuestos al pacifismo y al humanitarismo... La verdad es que todos ellos eran hombres cultos y con la mente abierta para las ideas avanzadas..."

VEGETARIANISMO Y HUMANITARISMO

Camaradas y amigos: He pronunciado estas primeras palabras desde la tribuna ante centenares de congresales y he sentido una confesión en toda su plenitud. He sentido la camaradería y la solidaridad de luchador que maneja el arma viva del pensamiento. He sentido la amistad, esencia demasiado límpida del corazón que late alegremente sólo en el aire puro de la libertad. Tan pausadamente he pronunciado estas dos palabras que su eco repercutió en la sala como una confesión y como una unión. Hay allí camaradas a los cuales aun no he conocido, amigos que obsequian su amistad como si ella fuera una fruta largamente madurada. Esto ocurre aquí y también en los países que visitaré en breve.

He hablado, pero sin énfasis. No he querido pronunciar un “discurso”. Sólo he querido demostrar una situación, al trazar algunas ideas activas. Contribuye con tu luz, con tu pequeña luz, porque ella es más necesaria que el entusiasmo que no sabe perseverar.

Reproduzco una parte de las palabras pronunciadas:

– Posiblemente, ya tienen conocimiento de que en Rumania existe “el Primer Grupo Humanitarista”, al que lo fundé en 1928. Me ha sido posible reunir energías juveniles, las cuales, iniciadas en su actividad individual, difundieron en el país una concepción idealista y práctica a la que he denominado *Humanitarismo*. Es una concepción activa, ligada a los intereses generales y permanentes de toda la humanidad. Siendo ella apolítica, encuentra su aplicación directa tanto en la mentalidad individual como en las relaciones sociales.

Lo que quiero acentuar aquí es la estrecha vinculación entre el humanitarismo y el vegetarianismo. Seguramente que el vegetarianismo no puede ser considerado como una moneda, como un deporte o como una necesidad impuesta por la dieta médica. Sé que en Bulgaria el vegetarianismo tiene hondas raíces, no sólo en las masas populares, por cuanto es una concepción general que emerge de la vida misma. A esta concepción contribuyeron, al lado de las condiciones económicas, ciertas doctrinas morales, entre las cuales la más conocida es el tolstoianismo. En Bulgaria el tolstoianismo adquirió formas prácticas tales que une las manifestaciones de la religión con las de la existencia diaria.

En Rumania la sobriedad popular tiene otras causas que en Bulgaria. Antes de la guerra se decía que el campesino rumano se conformaba con una cebolla y un trozo de polenta. Era esa una broma siniestra, que excedía la cruda miseria de un pueblo agrícola. La verdad es que el pueblo era vegetariano por causa de la miseria. Estaba subalimentado. Posesionados los campesinos de la tierra en post-guerra (produciendo una verdadera revolución pacífica), la situación económica de los mismos ha cambiado. Esta se manifestó a través de la declinación de los hábitos, abusándose del alcohol y el creciente uso de la carne. Si los campesinos rumanos -hablo de los que ya empezaron a salir de la miseria- llegaron a ser carnívoros, ello se debe más bien a las “normas” impuestas por los habitantes urbanos, los cuales son omnívoros por excelencia. El campesino rumano carece del impulso de una *ética vegetariana* como la que caracteriza al campesino búlgaro, cuya sobriedad está unida con su destacada actividad. En Rumania el vegetarianismo debe ser difundido tan siquiera como... idea: pues él podrá ser viable sólo entonces cuando la moral y la humanidad hayan sido elevadas a un mayor nivel general. En Bucarest, cuya población excede de 800.000 habitantes, apenas existe un solo restaurant, sostenido con muchos sacrificios por una sociedad vegetariana y al que concurren los que han recibido la orden del médico para ponerse a dieta. Las lecherías han disminuido en la post-guerra, hasta el punto que, para poder conservar su clientela, han agregado a los menús diversas conservas de carnes y también “pequeñas” cantidades de alcohol. Estos minúsculos detalles locales justifican ampliamente mi admiración por el tan fecundo ejemplo del vegetarianismo de Bulgaria.

El humanitarismo tiende, pues, a despertar, en primer lugar, el sentimiento universal del bien y la conciencia solidaria en lo técnico, económico y cultural, por encima de clases, naciones y razas. Su finalidad finca en exterminar los dos flagelos: *la intolerancia* (en el dominio ético-espiritual) y *la violencia* (en lo político-social), cuya forma corriente es la guerra entre las naciones y, en los últimos tiempos, entre las clases sociales. Todas las prácticas morales y materiales que contribuyen al alojamiento de estos dos flagelos deben ser extensamente difundidas en el pueblo. ¿Para qué sirve la oración en la iglesia si ella no impide el crimen entre los individuos y las naciones? Son, pues, necesarios medios directos para ligarlos con el *substrato biológico* de la humanidad. Se ha constatado que el hombre, desde un principio, ha sido un animal pacífico y sociable. Los biólogos, por su parte, *pueden comprobar que el hombre desde un principio no ha sido carnívoro, sino vegetariano*. La educación vegetariana es paralela a la educación pacifista y, en general humanista. Es necesario que volvamos a atraer al hombre hacia las leyes naturales, basadas en la solidaridad y cooperación y en el uso racional de los productos. El vegetarianismo contribuye a la realización más amplia del humanitarismo. Ser vegetariano por motivos de conciencia significa ser humanista integral. Significa prolongar la concepción de la solidaridad de la especie humana, sobreponiéndola por encima de la animal. Esto presupone una alta moral que excluye la violencia en todas sus formas, disminuyendo, constantemente, el sufrimiento moral y procura de ponerse a tono con la armonía de la naturaleza.

Si, existe en la naturaleza una armonía a la que el hombre ha perturbado y adulterado mediante sistemas económicos usurpadores. El hombre ha introducido en el mundo la guerra de todos contra todo y ahora tenemos que reconocer, en modo trágico, esta simple verdad: que dentro de la naturaleza luchamos con *armas vivas* y no con *armas muertas*, utilizando y multiplicando sus energías con la ayuda de la técnica.

En lo que concierne a la *faz agraria* intensiva hacia la cual tiende, el suelo rumano podría alimentar lo suficiente a una población diez veces más grande de la que posee hoy. Esto sería posible si se prescindiera de la guerra entre los humanos y atenuando la *guerra a los animales domésticos*, la que el hombre lleva a cabo con una crueldad convertida en *hábito*. Para el triunfo del vegetarianismo el hombre debe humanizarse tan siquiera para su semejante.

He aquí por qué los vegetarianos conscientes, que luchan hoy, en esta época de recrudescencia militarista y revolucionaria, son progresistas y merecen el homenaje de todos los pacifistas. De hecho el pacifismo se confunde con el vegetarianismo, pues no todos los pacifistas son vegetarianos. El camino de la perfección humana es largo y penoso. Si en cada país se encuentran idealistas que anticipan el porvenir, luchando en procura de más derecho, más belleza y más afabilidad, entonces no tenemos derecho de desesperar.

Nosotros, los humanistas de Rumania, saludamos a los vegetarianos de Bulgaria con los sentimientos de una fraternidad activa. Esperamos que nuestras acciones crecerán hasta la realización de la primera etapa, esto es, hasta la constitución de una Federación Pacifista de los países balcánicos. Hasta 1914, los Balcanes han sido considerados como el polvorín de Europa. Es necesario que demostremos que los países del Oriente europeo pueden dar al Occidente ejemplos de paz y de creadora solidaridad...

EN CASA DE LA FAMILIA OBRETEOFF

Prolongado atardecer frente al Danubio que apenas lo podemos observar a través de las cortinas de la parra de uva, las cuales cuelgan en el jardincito de la familia Obretenoff. Después de la sesión, hemos sido invitados. Conversaciones en el salón impregnado de aroma de

albahaca. Trato cordial y afabilidad. Refresco servido en vasos floridos, nos es ofrecido. Teodoro Vlaicoff-Vesselyn, diputado del Partido Demócrata y presidente de la Unión de los Escritores búlgaros, comenta, cuenta. Los colegas más jóvenes saben escuchar, pero también replicar. Geo Krantzoff, quien, recientemente, ha debutado con una pieza titulada *La Tierra Ensangrentada* y también con una detención de ocho días, por su conferencia: *Sin Novedad en el Frente*, de Remarque, permanece silencioso.

Nicolás Obretenoff, el jefe de la familia, tiene 82 años. Ha sido camarada de Kristo Boteff, poeta y revolucionario (1848-1876). Se había refugiado en Rumania en la época del dominio turco. Un pasado luchador por la independencia nacional es evocado por este anciano, pequeño de cuerpo, pero vivaz, siendo hijo de la "abuelita Tonka", llamada también "la madre de la revolución búlgara". Su casita, en la que se ocultaban los refugiados, donde se escurrían las informaciones y las armas durante las noches de persecución, se halla allá, sobre la elevada costa del río, más debajo de esa casa ya modernizada, pero llena de recuerdos. Retratos y escenas de la segunda mitad del siglo pasado. Figuras enérgicas, cabezas que cayeron bajo la encorvada daga de doble filo, mártires de la libertad nacional, que ha llegado a ser demasiado pequeña en la nueva revolución social. De una caja se nos enseña la cabeza luciente del príncipe Esteban Caragea, ahorcado por los turcos en Rusciuc. Sandalias de madera en las que había incrustado una materia blanca y sólida, trabajadas en la cárcel. El anciano Obretenoff saca de detrás de una cómoda un bastón de nogal, con el cabo pesado, nudoso, duro como el hierro. Pertenecía al famoso Hadji Deli Ibrahim, pachá de Silistria.

– Este bastón -decía el dueño de casa con gravedad- le servía de código penal. Lo aplicaba con una rapidez, sin contemplación alguna y su sentencia era inapelable. Algunas veces era tan definitiva que el contrincante no se levantaba más después de haber recibido un golpe en la parte delantera de la cabeza.

– En nuestros días la ley mata lentamente, sistemáticamente -apunta Iordan Kovacev-. El código penal es un libro grueso, con millares de artículos y párrafos de cuyas mallas es más difícil salvarse que de la cachiporra del tirano de Silistria...

Y la discusión se prolonga en el jardincito, en la frescura del crepúsculo, alrededor de los revolucionarios, a los cuales reivindica después el "mundo oficial" por su heroísmo, pero los que persiguieron la libertad nacional para luchar luego por la social. Las memorias, aun inéditas, de Obretenoff traerán nueva luz en lo que se refiere a Kristo Boteff, cuya fotografía la he visto por doquier en Bulgaria. Los anarco-comunistas lo consideran como uno de los que, desde su refugio en el sur de Besarabia, ha luchado contra las autoridades estatales. Otros lo conceptuaron como un forjador de la revolución mundial. Karavelov, cuyo busto se halla en el jardín público de Rusciuc, en la sombra de la columna sostenida por leones y levantada en honor de la independencia nacional, trató, en su tiempo, con Bakunin para preparar en su país una revolución social, la que debía estallar también en otras naciones. Aún existen manuscritos que no han sido dadas a publicidad y los que demuestran que el movimiento revolucionario ha permanecido latente durante mucho tiempo antes que se desencadenara el huracán en nuestros días, movimiento que iba a partir de las estepas rusas para invadir después las metrópolis del capitalismo occidental.

Del otro lado del Danubio, en los campos bajos, un sol inmenso baja entre nubes delgadas y largas. Las sombras de la tarde se desparraman entre los árboles altos que forman los bosques lejanos. Y el sol parece un recipiente lleno de brasas, de corazones ensangrentados. Son los corazones de los sacrificados por los ideales, de tantas víctimas de la tiranía y de la revolución. En verdad que también son víctimas de la revolución, puesto que ella levanta las mismas armas de los opresores en nombre de los pueblos que gimen bajo la existencia de las fatalidades. Una tristeza intensa como el crepúsculo nos envuelve en ese jardincito, donde un testigo del siglo pasado evoca las figuras de camaradas que perecieron en el exilio. Los ideales son, pues, los

mismos; sólo los ídolos se cambian, las caretas. La monarquía ha sido un ídolo análogo al de República moderna. La revolución también se torna idolátrica, después de haber empapado en sangre los cuadros ahumados de las supersticiones y de la esclavitud...

LA CENA DE LA FRATERNIDAD

¿Dónde está, empero, esa humanidad simple, cordial que no oculta los dardos envenenados en el modesto ramo de la amistad? La he encontrado esa tarde en el pequeño restaurant vegetariano, ubicado en una calle lateral, repleta de congresales venidos de todos los ámbitos de Bulgaria. Ellos, después de haber celebrado sus largas asambleas, se reunieron de nuevo, como si se tratara de una cena misteriosa. No como en un banquete, donde el "entusiasmo" es sostenido por el alcohol, y donde las toxinas apetitosas de las carnes servidas dan a los pómulos de los comensales color rosado y producen hormigueos sensuales. Legumbres y frutas, dones puros de la tierra, se encuentran servidas sobre las pequeñas mesas, esperando ser aprovechadas por los que antes saben alimentarse con fraternidad y buena voluntad. Las vibraciones de la concurrencia parecen de una colmena. Las palabras son tan limpias como las miradas. Son figuras serenas, pese a las experiencias dolorosas a que les sometió la vida. Optimismo espiritual, libre de obsesiones de las convenciones sociales, de la propiedad celosa y astuta. Estos hombres trabajan, posiblemente, de una manera más dura que los asalariados en el taller o en las tareas rurales; pero su fatiga es alegre, lúcida, animada de sentimientos de solidaridad y de la responsabilidad personal. El espíritu pacífico que los caracteriza tiene el sabor apostólico de la tolerancia y de la ayuda mutua... He confesado mi espíritu a su cordialidad, la que es obsequiada como un predio sembrado, como una selva, como una fuente, al viajero que viene desde lejos. Un joven me entrega algunas flores de *Edelweiss* (leontopodio alpino) recogidas en los picos rocosos de Rumelia: otro de Kazanlik me rogó recibiera un tubo minúsculo: algunas gotas de esencia de Valle de las Rosas... Y he logrado establecer con esos hombres, ignorados hasta ayer, una ligazón espiritual que iguala frente al destino y, al mismo tiempo, liberta por la fe en la bondad y la perfección.

Esta humanidad simple y cordial la he encontrado también en la multitud que se pasea en forma compacta por el *boulevard*, como si fuera un agua tranquila que mezclara sus propias ondas. Las edades, las clases sociales, las nacionalidades y las confesiones (Rusciuc tiene una población mixta: búlgara, turca, israelita; no faltan rumanos, griegos, rusos y armenios) se refundían en esas pocas horas de descanso, de palabra desinteresada que hace olvidar las vociferaciones y las preocupaciones cotidianas. El placer de vivir se notaba en esa procesión sin banderas y sin estandartes, sin gritos de fanáticos y sin órdenes de amos. Yo sé que los grandes amos están en vela en sus salones adornados de oro. Bastaría una orden para que esta multitud cambiara de aspecto hasta trocarse en bandas hostiles o en un regimiento armado contra *enemigo* de fuera o del interior del país.

Prefiero, sin embargo, en este día que está por terminar, la ilusión de una humanidad pacífica y libre. Los compañeros con los cuales me paseo en medio de esta multitud me hablan de escaramuzas políticas, de choques entre partidos, de tiros de revólver disparados por la espalda en la calle, de masacres y represalias en las montañas. No solamente los hombres políticos, como Stambolinsky, expían su osadía de reforma dictatorial, sino que también los poetas, como Geo Mileff y Cristo Jasenoff, asesinados en plena guerra civil de 1925. Si bien las guerrillas macedónicas han desplazado sus centros de gravedad, después de la nueva geografía balcánica, ellas son, no obstante, igualmente, audaces. Los verdugos de los pueblos son en todas partes lo mismo, por cuanto ellos experimentan la misma envidia y la misma ferocidad.

Y la discusión sobre problemas políticos y sociales se prolonga hasta media noche. Un poeta, un profesor, un médico son huéspedes del cuarto del hotel. Son tipos modelados en ensueños y pensamientos. Su dialéctica, con lentas sinuosidades eslavas, refunde la idea en sentimientos generosos, lo que no les impide ver los horrores de la realidad y los astutos peligros de la lucha. Siento en ellos la voluntad del sacrificio que los coloca en las vías públicas que se cruzan como estafetas de los ideales. Cada uno en su terruño debe luchar por sus semejantes, abordando las raíces de la victoria, las que crecen lentamente, generación tras generación, elevándose hacia las alturas donde se unen los espíritus venidos de todos los siglos y de todos los horizontes del planeta.

Al quedar solo en la ventana abierta de par en par, la ciudad se encuentra envuelta en el silencio y el reposo. El *boulevard* está desierto. Los árboles del jardín público apretado entre goznes de hierro tiemblan de frío bajo las lámparas eléctricas colgadas en lo alto. Desde abajo, del interior de un astillero vecino con los fundamentos aún visibles de que será un gran edificio, vibra una melodía tímida y pura. Un trabajador, de vigilia, tranquiliza de esta manera su alma.

Y allá en el éter infinito se abren y cierran miles de millones de ojos de la eternidad, fascinantes como los secretos, consoladores como las esperanzas. Y cuando me decido a cerrar la ventana, noto sobre los párpados el plúmbeo peso del sueño. Una voz interior me ordena:

– ¡Basta para hoy, viajero hambriento del humanismo!

CAPÍTULO II

OTROS VIAJEROS

Rusciuc-Soffa, 29 de agosto de 1930.

Hojeo los apuntes del primer día del viaje. Es, en verdad, bastante y, al mismo tiempo, poco para un modesto recorrido de ochenta kilómetros, aproximadamente. Hoy, para "interesar" al lector que se cree defraudado, es necesario recorrer, como Paul Morand, cincuenta mil kilómetros, para luego anotar en doscientas páginas de grandes caracteres y líneas distanciadas, algunos paisajes africanos o cubanos, algunos cuentos raros, algunos tipos excéntricos y algunas observaciones sin contenido sociológico o etnográfico. La curiosidad del europeo en este siglo de la rapidez reclama perspectivas aéreas, imágenes sintéticas, sensaciones corrosivas, y también esa trepidante borrachera de las capitales y de los grandes centros turísticos, para poderse evadir de la cotidiana mediocridad. Los *globe trotteurs* de la literatura terminan a plazo fijo el cuaderno de sus apuntes a lápiz, bastándoles algunas fotografías tomadas desde arriba para abajo, para que busquen un nuevo itinerario y también un editor que avance, por lo menos, por la mitad de la circunferencia planetaria.

¿Quién tiene hoy la paciencia patriarcal de Maistre de hacer una jira alrededor de su cuarto? Si Joyce, cual Ulises introspectivo, en veinticuatro horas ha llenado ochocientas páginas con sus espirales peregrinaciones. Gobineau necesitó tres años para describir algunos aspectos de Asia, mientras que Herman Keyserling viajó tranquilamente por la India y América para escribir gruesos volúmenes sobre especulaciones éticas y metafísicas. Este podría haber meditado en la misma forma cómoda en su gabinete de la *Escuela de la Sabiduría* de Darmstadt.

Goethe colindó el camino a Italia en medio de las armonías hermanadas, para glorificar la eternidad del arte y de la poesía: en el país donde Byron ha querido cortarse su romántico disgusto mediante una muerte de "héroe de la libertad"; en las pirámides -a cuya sombra Napoleón dijo con su desvergüenza de aventurero: "¡Soldados! Cuatro mil años los contemplan desde aquí"- deambulan en automóviles los rebaños cuadrados conducidos por los papagayos del turismo. Millares de inteligencias sobre cuyos anteojos se reflejan, fugazmente, paisajes y ciudades arruinadas, hombres de negocios en diversiones bien organizadas, que no son capaces de apreciar una estatuita, una tabla sinóptica, si no se les explica el equivalente palpable de las mismas en liras o dólares... Los siniestros ignorantes que no conocen su propio país, los que ignoran el crepúsculo solar al cual podrían contemplar desde la ventana de su dormitorio decorado con oro, los que se niegan a cambiar un saludo con su vecino mugriento, pero que atraviesan océanos y continentes para comprarse algunos vasos chinos y fetiches sudaneses, creen que *conocen el mundo* y reanudan su *trabajo* estúpido y feroz en la bolsa, en las usinas... Seguramente que no como empleados con codos lustrosos ni como resortes anexos taylorizados de las máquinas implacables.

El pueblo permanece en el lugar del trabajo y no emigra sino cuando la desocupación o la persecución lo obligan a la búsqueda del pan cotidiano, o cuando los gobernantes tienen a bien enviarlo a tierras *enemigas*, con la mochila sobre las espaldas, y con una flor en el caño del fusil, para defender *el derecho y la civilización*, para perecer en las artificiales catástrofes del odio.

LA MISMA FATIGA

Si mis páginas de viajero no son atractivas (como cree el señor Fulano, cazador de chorlitos de mar, feliz secretario de la gaceta literaria y el que cree que el público lector es más tonto que él), ellas son, sin embargo, verídicas. Esto es suficiente. He iniciado el viaje para trabajar y enseñar, no para entretener a mis lectores, sino para convencerlos de que existen relaciones interesantes precisamente al lado de ellos, en su propio hogar y en el hogar de los vecinos. Me basta subir en el tren para que el horizonte adquiera carácter planetario. Bajaré en la primera ciudad fronteriza, para descubrir un mundo: hombres e ideas, acontecimientos y problemas, espectáculos tristes y luchas que me abrazan como un caleidoscopio rotativo, que me solicitan, se me entregan, me formulan preguntas y me contestan.

Realmente, es demasiado harto un día de vida para el que quiere ver, oír y pensar. Principalmente, cuando el viajero se ha llevado la profesión consigo... En esa mañana tierna, inducido por el sol de verano, debo retardar la salida, y trabajo como de costumbre en la mesita del cuarto del hotel: cartas y copias -no caben ya en la valija y reclaman ser "resueltas"; el artículo debe llegar a tiempo a la revista; un cuaderno de una novela constituye una pesadilla tal como si fuera una casa, cuyo edificio aún no se ha terminado, teniendo su material en desorden. En el arsenal de al lado retumban los cánticos de los martillos.

Pero los camaradas vinieron para llevarme con ellos. Es el segundo día del congreso. Atravieso calles largas en las que se ven abundantes almacenes con escasa clientela, la que elige los artículos con cautela, haciendo ordenadamente sus compras. La gente provinciana vive con su pulso tranquilo, pero amplio. Dispone de tiempo para leer, sentada en el umbral de sus tiendas o en sus pequeños montes de ciruelas, los diarios locales son tres, como grandes libros con las hojas ajadas por haber pasado de mano en mano. Un carro -tirado por búfalos- lleva algunas mujeres hacinadas, cuyas cabezas están cubiertas con un velo negro. Vendedores de semillas y de avellanas tostadas, como también fotógrafos ambulantes esperan con paciencia infinita. Un automóvil pasa vertiginosamente como un fantasma. En el jardín público, los niños se hamacan

y resbalan por el tobogán, profiriendo gritos prolongados y victoriosos. Los aldeanos, con su aplastada gorra de piel de oveja sobre la cabeza y calzando botas de piel moscovita, caminan fuertemente sobre el camino pavimentado, después de haber terminado sus tareas rurales. Un turco con faja colorada que sujeta las bombachas flotantes, chaleco policrómico, fez sobre el turbante amarillo, maneja una escobita en medio de la calle: es un barrendero, pero tan rubicundo y limpio que exterioriza gestos ágiles y da la impresión de ser un pachá satisfecho de ganarse el pan entre los *ghiauri*² (sus ex sometidos) que Kemal, el dictador de la nueva Turquía, le negaría si antes no se despoja del fez y no aprende el abecedario latín... El comerciante, a cuyo negocio había ido para comprar uva, está dispuesto a explicarme, en un idioma más o menos alemán, el por qué le pago la mitad de lo que cuesta en Rumania, no solamente la uva, sino que todas las cosas necesarias.

ENSEÑANZAS, TESTIMONIOS

Pero los camaradas me invitan. La sesión se ha reanudado y de nuevo me encuentro en la penumbra de la gran sala del Teatro Comunal, repleto de idealistas que no esperan que el ideal les sea servido sobre una bandeja como un pollo dorado en el horno, sino que ya empezaron a ponerlo en práctica en su vida cotidiana, en una sociedad que descansa sobre viejos pedestales, agrietada por las sacudidas y roída por los parásitos...

Anoto algunas conferencias que han sido oídas con incansable atención, con el mismo interés que pone de relieve la pasión por la cultura. Pero no por esa cultura abstracta de que están imbuidos los occidentales, sino de enseñanza moral, apoyada por la ciencia positiva y puesta al servicio del pueblo.

El doctor K. Iordanoff Ganeff, de Varna, habló casi por espacio de tres horas sobre la conservación de la salud por intermedio de la cura natural: "Naturheilkunde". Documentado y elocuente en su disertación, expuso las investigaciones de la ciencia, demostrando que el hombre se enferma y permanece enfermo por causa de la ignorancia. Si la medicina no debe ser un secreto para la mayoría, ella tampoco debe alejarse de la naturaleza, cuyos elementos tónicos deben estar al alcance de todos. El hombre adulteró su alimentación, tiende a aislarse ven el urbanismo insalubre, abandonando la montaña, el mar, el huerto, el bosque. El deporte moderno es más bien un paliativo que un correctivo...

El doctor L. Karaivanoff disertó sobre: "La cura por el aire y el sol", ilustrando su conferencia con proyecciones luminosas en un cinematógrafo repleto de padres y niños.

Tampoco faltaron allí los problemas éticos. Elías Enceff, profesor y dramaturgo, -quien en las cercanías de Plovdiv fundó una colonia para los intelectuales, donde la labor intelectual se alterna con la manual- disertó sobre el tema: "El Iris del alma", observación retrospectiva y de los infinitos reinos del espíritu que son tan reales como la luz del sol y el producto de la tierra.

Un educacionista abandonó el campo por un día -al cual él solo lo aró, lo sembró y cosechó sus mieses- para hablar también. De *La fuerza de la infancia*, es el problema educacional puesto en el centro de la realidad social. Este Naniu Gancaff, labrador y maestro, con las manos encallecidas, pronunciaba palabras sensatas que los sabios pedagogos del Occidente las despreciaban por su desnuda simplicidad. Empero, yo sentía la solidaridad de su humilde experiencia y, una vez más, me he convencido que todas las esperanzas de liberación social, de salud colectiva, de paz entre los pueblos, están ligadas a la educación. El maestro -

² Ghiauri: nombre injuriador que los turcos dan a los cristianos. (N. del T.).

campesino- sabe, pues, que cosecha de acuerdo con lo que siembra. Y los niños son semillas, las cuales, colocadas en tierra buena, cuidadas con cariño, crecerán sanas y florecerán, henchidas de bondad.

En estas conferencias también he observado al público. Ningún gesto desagradable, ningún cuchicheo impaciente. Respeto por la idea, deseos de conocer, convicción que cumple o que cumplirá la enseñanza recibida. Mucha juventud, pero tampoco escaseaban los hombres maduros, luchadores que supieron trenzarse con la maldad y la ignorancia.

En el vestíbulo se improvisó una librería: allí vemos las obras de Tolstoi y Tagore, de Kropotkin y Rolland, de Gandhi y Zola, las cuales en su totalidad son traducidas en ediciones populares. Quien en el occidente ha contribuido con una verdad vida, con una concepción social, con una obra moral, es traducido al búlgaro, por lo menos en una edición que esté al alcance de todos.

La mayor parte de los suscriptores de las revistas y diarios sin habitantes rurales. Hay tan sólo el 4% de analfabetos... Se lee con insistencia y selección. Me sorprendió el pedido de un congresal, labrador de la aldea Dadochioi, para que le enviara mi revista *Umanitarismul*.³

– ¿Pero usted lee el rumano?

– He vivido algunos años en Dobrogea.

Ivan Duiceff, uno de esos estudiantes enflaquecidos por la fatiga, ávido de saber, entusiasta y clarividente, camarada del profesor y precursor en la lucha del campo virgen, me pide mis libros.

– Todos. Quiero conocerle. Aprenderé el rumano. Leo el esperanto. Muy poco se nos ha puesto de relieve hasta ahora a través de ese idioma internacional, el que, al fin, será también corriente como el idioma materno. Algunas veces estoy exasperado por las murallas idiomáticas, sabiendo que en los textos de distintas expresiones existen la verdad y la belleza. ¿Por qué debe, pues, ignorarlas, si ellas pueden enriquecer mi espíritu, si ellas pueden hacer progresar a mi pequeña patria, refundiéndola con la grande patria sin fronteras culturales, y de la solidaridad humana?

CAMBIO DE HOMBRES

La señora Bojilova-Pateva, cuya actividad pacifista es directa, ya sea mediante la palabra hablada o ya mediante los hechos que tienen que abrirse camino en la confusión social, me indicó también otro medio de aproximación entre los pueblos:

– Cambios de ideas, solidaridad intelectual y moral, recíproco conocimiento de las obras de cultura, son, sin duda alguna, factores necesarios. Pero al lado del canje de libros ¿no se podría llevar a cabo también el canje de hombres? Ya en algunas organizaciones pacifistas del occidente se ha empezado, en la post-guerra, a aplicar este procedimiento. Centenares de miles de niños austríacos y alemanes vivieron algunas semanas en Francia y Gran Bretaña.

³ Análogo pedido me hicieron otros después de mi salida de Bulgaria. De las cartas recibidas bastaría señalar una, firmada por Costa T. Hadgieff, jardinero de la aldea Orehovitza. Está redactada en rumano: ... "Debo decirle una novedad, señor Relgis. Yo he alquilado una sala en nuestra escuela en la que nos reunimos 50 (cincuenta) amigos, entre los cuales hay diez muchachas, para aprender el esperanto. Le ruego nos remita una carta en la que diga alto a todos mis alumnos. Me olvidé decirle que en este curso yo soy el maestro". ¡Cincuenta discípulos del esperanto en una aldea búlgara! Y todos campesinos... ¡Qué ejemplo para el centro esperantista de Bucarest!

Niños británicos y franceses, a su vez, fueron huéspedes de familias germanas... En el campamento de Bierville se reunieron millares de ex combatientes alemanes y franceses en medio de una cordialidad tal que desmintió el “odio secular”... Es necesario que hagamos ese cambio entre los jóvenes cuya mentalidad aún no ha sido deformada por las supersticiones patrióticas. Viviendo ellos algún tiempo en el país del vecino, aprenderán a conocer verdades que la educación oficial les oculta o no se ocupa de ellas. Yo estoy dispuesta a mandar a mis hijos (y la señora Bojilova-Pateva me presenta a un muchacho y una niña) por un mes, para que vivan con una familia rumana. En cambio, yo tendré el mayor placer de albergar en mi hogar paterno de Bulgaria a dos o más niños de Rumania. Muchas madres búlgaras harían lo propio... De esta suerte, el internacionalismo se trocaría en un sentimiento activo, popular, y no sería tan sólo una idea aceptada por los intelectuales y practicada por los hombres de negocios. ¿Empezamos?

– Puedo comenzar con mi hijo -le repuse-. Es necesario elegir a los escolares, a los capaces, de familias modestas, curtidas en la brega diaria. ¡No podré encontrar en toda Rumania algunas madres burguesas que puedan confiar sus regazos, indigestados de jamón y bombones, a familias búlgaras que se alimentan con legumbres y leche cuajada! Y menos aún puedo esperar de las damas rumanas de la “alta sociedad”...

– Lo mismo sucede en nuestro país.

– Mis tentativas de fundar una sección de “la Liga Internacional Femenina pro Paz y Libertad” han sido anuladas por intrigas mezquinas y confusiones patrioterías. De esa iniciativa ha quedado un comité integrado por algunas esposas de oficiales activos. Entre ellas figura también la señora de un general. Al preguntar a la señor E, -presidenta del mencionado comité- qué actitud sumiría en caso de una guerra (advirtiendo que la Liga Femenina se rehúsa en toda forma de participar en los preparativos bélicos, siendo hasta contraria a la Cruz Roja), exclamó con un soberbio gesto: ¿Cómo, no tendré el derecho de dar a un soldado herido siquiera un vaso de agua?...

EL TEATRO Y LA VIDA

En cierta ocasión, Iordan Kovacev me habló de las obras teatrales de Elías Enceff. Motivos trágicos, cuya fatalidad no tiene otro impulso que el de la conciencia: el hombre que se juzga a sí mismo de acuerdo con las leyes no escritas de la ética.

– La moral en el teatro -dije al amigo- ha llegado a ser insoportable a los espectadores que, diariamente, pecan con desvergüenza o crueldad. Si la obra es patética, ellos son galvanizados por espacio de algunas horas, como las ranas muertas que mueven las patas en contacto con la electricidad. Tienen la ilusión de que viven la gran vida, que son buenos, justos, valerosos y abandonan el teatro para continuar en el vacío espiritual erótico de algún “bar” o en el lecho de la mezquindad conyugal... ¡No! el teatro actual no constituye una escuela cívica, un tribunal libre de la sociedad y de la historia. Es, más bien, una máquina de imágenes, de gestos, de sensaciones. Es una industria provechosa para los que saben explotar el infantilismo y la hipocresía colectiva. ¿Tolstoi con *El poder de la Oscuridad*? ¿Ibsen con *Brand*? ¿Romain Rolland con *Teatro Revolucionario*? Gigantes que en vano regalaron a los pigmeos columnas para el eterno templo del drama humano, después de Sófocles, después de Shakespeare, después de Goethe... Los relucientes lagartos del Entretenimiento se deslizan ágilmente entre las decoraciones de cartón. Las campanillas del clown con la nariz pronunciada, como si fuera un instrumento provocador, ahoga la murmuración del Ensueño y también las máximas del intelecto. La mujer artificial como un maniquí de cera, con su insignificancia histórica, con las

obsesiones de un amor estéril, es la que domina la escena; pues de la larga cola de su pollera se han prendido los brutos y los tiranos que se idiotizan en el amor, creyéndose héroes o mártires.

– En realidad -dijo Enceff- la vida no se deja engañar, ni presionar. Ella debe ser vivida, rigurosamente, hasta el último latido del corazón, hasta el gran despertar del pensamiento frente a la muerte. ¿Existen todavía ingenuos que se asustan dele "juicio final", del oscurantismo eclesiástico? El teatro puede y debe ser un verdadero tribunal... El hombre debe presentarse a los hombres, con la carga de sus pecados y sufrimientos, con la pequeña lumbre de su convicción, para que, el uso del otro, puedan encender millares de antorchas de la expiación y de la resurrección.

– Por eso -manifestó Kovacev abrazando al amigo por los hombros- es que *El Rayo Primavera* (última obra de Enceff) espera desde hace tiempo ser estrenada. Puede ser que le llegue el turno en el decurso de este invierno en el Teatro Nacional de Sofía. Las comedias de Costoff, por ejemplo, no esperan: se sirven calientes como las empanadas. He leído que se estrenó con éxito también en Bucarest una obra de "Mina de Oro"...

– Porque los hábitos politiqueros que enfoca son idénticos a los de allá. No solamente los Balcanes proporcionan motivos de opereta a los cómicos occidentales inclusive a Bernard Shaw, sino que en todas partes ofrecen suficientes motivos de grescas a los demás bufones y diplomáticos ocultos.

– Más aún: chispas que incendian a Europa como en 1914. Y Kovacev volvió al Congreso, después de darme un apretón de manos, para pronunciar las palabras de clausura, una vez que haya terminado la conferencia del Dr. Karavanoff, ilustrada con proyecciones luminosas.

LOS INVITADOS

Los vegetarianos (¿para qué debo nombrarlos de esta manera como si se tratara de una especie excluida de la de los carnívoros?) vinieron a augurarme feliz viaje. La mayor parte de ellos me dice: "Hasta la vista"; me invita a visitarlo en las montañas, en las chacras de sus aldeas. El doctor Iordanoff Ganeff insiste en que vaya a Varna para convencerme allá -donde la vegetación tiene aspectos tropicales y donde también el mar y el sol son más tónicos que cualquier medicamento- que las ideas expuestas por él acerca de los resultados obtenidos mediante la cura natural pueden ser generosamente aplicadas. En este verano la concurrencia de turistas ha sido más numerosa que nunca. Vinieron a millares desde Rumania, porque las playas de la ribera de Dobrogea están repletas de piojos de la especulación, que trafican sin consideración alguna con los enfermos que tienen necesidad del barro yodado o de rayos ultravioletas. Lo que constituye un deber social elemental es conservar la salud, y ello no puede ser acaparado por los traficantes que se hacen con sus puestos en los lugares que deben pertenecer a la colectividad.

Luz, aire y agua para todos, no solamente para los abortos lujosos, roídos por el ocio y los vicios, para los intoxicados en las timbas y cabarets, para los payasos del deporte y de las mujeres ardientes que tuercen la boca disgustadas frente a algunos proletarios enfermos o ante los centenares de niños raquícticos, traídos también a las colonias de vacaciones, organizadas por los comités escolares, porque el pobre Estado está sobrecargado con las grandes preocupaciones de la deuda pública, de los impuestos, de la defensa nacional, de la política mundial, bajo las cuales, sin embargo, viven alegres y confiados algunos miles de niños

grandes, bien inflados con las plumas de la gloria militar y mejor prendidos del queso “de la patria reconocida”.

EL CIRCUITO PELIGROSO

Hora 7:30. Llegamos a la nueva estación ferroviaria, levantada en el puerto como un cubo amarillento, de franjas verdes. Tiene terraza y escaleras en el exterior. Parece un juego de “Baukasten” en el vasto y luminoso aspecto del río. El tren está listo para partir. Y, súbitamente, desde el grupo de camaradas, me encuentro en medio de otro dentro del vagón repleto: es una mezcla de campesinos y de personas de la ciudad, de jóvenes y hombres ilustrados, cuyas figuras son, rápidamente, ensombrecidas por el anochecer que oculta el paisaje.

Alguien, desde el barco de enfrente, me contempla con insistencia; yo también observo su calva, sobre la cual se derraman la amarillenta luz del quinqué. Al fin me recuerdo de una figura que vi en Yasi en los últimos años. Confirmé después con alegría: era el profesor de hebreo Weinstein, el dirigente de la asociación Macabi, uno de los primeros animadores del deporte israelita de Rumania. Sacó de las tabernas y oficinas a la juventud pálida y tiesa, habituándola a marchas largas y respiraciones profundas. Es delegado al congreso de los Macabis de Bulgaria. Recordando esa hipertrofia cerebral de los hebreos, el profesor me invita a visitar el estadio de Sofía, donde tres mil niños y niñas, gérmenes de ese pueblo bíblico, me enseñarán que se inició en ellos una seria educación para la regeneración física.

– Pero ¿por qué no podrá orientarse esa juventud hacia el trabajo manual? Principalmente hacia la agricultura. Conozco las parcelas de tierra donde se preparan los “pioneers” para los campos resurgidos en la Palestina. Los *Jalutzim*⁴ son la única realización positiva del sionismo, el que, por desgracia, también se ha embarrullado en la tupida selva llena de fieras de la política mundial. El trabajo directo, heroico, de los intelectuales que manejan la azada y el martillo - equilibrio voluntario entre el espíritu y la materia- constituye un indicio de confianza y de triunfo. Este trabajo impone respeto y tolerancia.

– Desde hace unos decenios -confirma el profesor- que un tal A. C. Cuza provoca terror, sirviéndose de sus generaciones jóvenes y obsecuentes de espaldas anchas... La tierra de los “pioneers” de allá ha quedado intacta. Los “pioneers” han demostrado a esos falsos estudiantes armados de cachiporras, que el judío sabe sudar sobre la tierra que labra, en la misma forma que el campesino rumano. Y ellos pasaban, llenos de coraje, al lado de la casa desde donde acechan aún hoy los guardianes del “nacionalismo cristiano integral”, partiendo con útiles de labranza rumbo al terreno de la carretera de Pacurar o regresando con los productos que vendían en la ciudad. Lo que, al atardecer, no les impedía estudiar, no solamente los libros de la sabiduría remota, sino también las ciencias positivas.

En el decurso de la conversación, el mencionado profesor pronunció el nombre del doctor H. Brezis que, después de unos días, falleció a raíz de una insolación, de la que fue víctima durante el verano en la playa de Gradistea. Intelectual poco común, el doctor Brezis me brindó una discreta amistad. En la Organización Sionista había elevado su actividad hasta el apostolado que aproxima a los demás ideales por encima del dogmatismo nacional, en un humanismo bíblico y universal.

Un joven que estaba sentado al lado nuestro, al sentir el nombre del doctor Brezis, se dio súbitamente vuelta para dirigirnos la palabra:

⁴ “Jalutzim”, termino israelita, cuyo significado es la vanguardia de la colonización judía en Palestina. (N. del T.).

– Casualmente, he vivido algunas semanas en la misma habitación que el doctor Brezis -nos dice en francés.

(Me pregunté si el peligro no es un personaje que orienta y aproxima a los viajeros para que ellos hablen de hombres, sitios y sucesos comunes).

– Cuando lo venció la congestión cerebral -agregó el joven- fui en busca del médico. Este, después de fijarse con anticipación los honorarios, terminó meticulosamente el almuerzo... Y cuando llegó ya era demasiado tarde...

EL ESTUDIANTE OBRERO

– Pero ¿para qué ha ido usted a Bucarest?

– He terminado los estudios técnicos de la escuela de Sofía. Antes de partir para Alemania para estudiar ingeniería, he hecho una excursión veraniega, como investigador. Asimismo, he trabajado en una fábrica, y el dinero que en ella gané lo confié, estúpidamente, a una persona, la que tenía que remitirme, mensualmente, lo que iba a necesitar para los estudios. En Bucarest he llegado a saber que mi pequeño capital se había evaporado en las especulaciones comerciales de mi "protector". Por eso es que vuelvo de nuevo a Sofía para trabajar en una fábrica y reunirme el dinero que necesito para proseguir mis estudios.

Ese joven no parecía desesperado con su sino. Me hablaba en un sentido lastimero de los comerciantes que suelen tragarse las economías de los proletarios:

– Por suerte nos queda esta riqueza inalienable -dice, enseñándome las manos-. El trabajo es un remedio soberano, una consolación.

– No soy muy habituado a sentir hablar así a los estudiantes.

– Aquí, en mi país, salido victorioso de la guerra europea, el trabajo manual ha llegado a ser salvador para todos y cada uno. Se ven estudiantes ocupados en tareas manuales, ya sea en el campo, en las obras en construcción, en las fábricas, sin que por ello abandonen sus estudios. En lo que respecta a Bulgaria, ella se ha reconstruido, con más rapidez que los países vencedores. No hay entre nosotros tatos intelectuales famélicos y con diploma como los que he visto en la capital rumana. Cuando entablé relaciones con algunos estudiantes, uno de ellos con el cabello engominado y con la raya del pantalón impecable, me preguntó por qué tenía la mano tan áspera... El trabajo obligatorio implantado en Bulgaria ha tenido la virtud de atenuar las diferencias clasistas. El hombre que piensa ya no se considera un privilegiado. La solidaridad social se ha acentuado en nuestro país, como se sabe, por intermedio de la ayuda mutua y la cooperación.

EL EJÉRCITO DEL TRABAJO

El problema tiene, empero, otros aspectos, de alguna manera complicados y los que, inesperadamente, se manifestaban en medio de la discusión. El trabajo obligatorio ha sido introducido en Bulgaria después del desarme e impuesto por el trabajo de Versalles (¿o por el de Neuilly?). El ejército ha sido reducido a 30.000 oficiales y soldados voluntarios. Por

intermedio del "servicio obligatorio del trabajo", el Estado ha procurado de militarizar, indirectamente, a la juventud, utilizándola en los trabajos de interés colectivo: caminos, vías férreas, bosques, construcciones. La comisión de la "Entente", que controlaba el desarme, no podía ver cómo en los campos y montañas esos voluntarios, dirigidos por oficiales vestidos de civil, eran instruidos en el manejo de las armas. Si el servicio militar, en cambio, es mantenido para los jóvenes que se niegan a servir en el ejército como "voluntarios". Siendo esa tasa tan pequeña, prefirieron pagarla, haciendo luego el servicio de ocho meses en las filas del "ejército del trabajo". Otros, que tampoco quisieron servir en ese ejército del trabajo, tuvieron que pagar una tasa o impuesto, que oscilaba entre 11-70 mil lei⁵, de acuerdo con la situación de cada familia. Recientemente, la ley del impuesto militar ha sido modificada hasta el punto que los jóvenes son obligados a convertirse en soldados "voluntarios", la mayor parte ya no puede pagar los impuestos militares, los cuales antes, a lo sumo, se elevaban a 1000 levas⁶, cuando ahora llegan hasta 48.000 levas anuales. ¿Cuántos son los que, en el decurso de seis años, pueden abonar esta suma para poder ser "libres"? Por lo general, estos impuestos son fijados como máximo, siempre que el joven no ha recibido la graciosa invitación de ser "voluntario". (En Bulgaria, 48.000 levas es el sueldo de dos años de un maestro rural). En caso de rehusarse, el impuesto en cuestión puede ser exigido de los padres y también de la novia, si el joven tiene prisa de casarse. He aquí cómo la resistencia del servicio "voluntario" puede determinar la ruina de toda una familia.

El militarismo, aun desarmado, no se resigna a perecer. El estado sin ejército es como un cuerpo sin esqueleto: se derrumba. Pero el Estado es una cosa distinta al organismo social de un país que se desarrolla con rapidez, cuando la ayuda mutua y la cooperación son suplantadas por el servicio militar. Actualmente, en Bulgaria, el servicio militar constituye un *camouflage* del "ejército del trabajo". Tampoco deben ser ignoradas las organizaciones "particulares" de carácter fascista, cuya misión consiste en dar a la juventud una educación militar. *Los Junacos* (iguales a los "voinic" y "plaesi", -los valientes- de Rumania; los *boy scouts*, los *kubrastos*, que prestaron su nombre a un descendiente de Asparauh; los *turistas* que más bien andan por las montañas recibiendo lecciones de estrategia que para contemplar la naturaleza. Los depósitos de armas y municiones se hallan ocultados en los valles de las sierras balcánicas.

Es verdad que el trabajo manual en el servicio colectivo -ejército de *trabajadores*- tiene en Bulgaria forma embrionaria; no obstante, ella indica desde ya las inmensas posibilidades creadoras cuando el enrolamiento militar sea abolido en todos los países. Los aliados, vencedores en 1918, quisieron imponer a las potencias centras de Europa la abolición del servicio militar obligatorio. Se persuadieron que esa sería la primera faz del desarme general. Por eso es que ellos toleran el militarismo desfigurado de Alemania con los Cascos de Acero; de Austria con la "Heimwehr"; de Bulgaria con el servicio "voluntario", quitando a esos países, únicamente en apariencia, los medios de armarse ante la perspectiva bélica.

No obstante vendrá el tiempo en que el servicio militar será en todas partes substituido con el trabajo general obligatorio, a fin de asegurar la "existencia mínima" de cada individuo y no para acumular riquezas para una clase privilegiada. Popper Linkeus, sociólogo y moralista vienés, ya ha expuesto en su obra *Die Allgemeine Nahrpflicht* este problema esencial. Su concepción, resultante de una rigurosa investigación de las condiciones de la vida económica, constituye un correctivo del socialismo marxista, encontrando desde ya confirmaciones prácticas.⁷

⁵ 100 lei, moneda rumana, oscila entre pesos 3, 3.5 moneda arg. papel. (N. del T.).

⁶ Leva: moneda nacional búlgara. (N. del T.).

⁷ He analizado esta cuestión en la obra "Der Humanitarismus und die Allgemeine Nährpflicht" (El Humanitarismo y la alimentación general), Viena, 1931.

LAS CORDILLERAS BALCÁNICAS

La discusión con el estudiante de manos callosas se prolonga, la que de cuando en cuando era interrumpida por los silbatos de los serenos de alguna estación. En vano miraba por la ventana, queriendo sorprender algún panorama de un país por primera vez colindado. Pero la compacta oscuridad de afuera parecía pegada sobre el vidrio, como si fuera un espejo negro que refleja el interior del vagón lleno de viajeros dormidos. En el asiento de al lado había un niño cómodamente estirado sobre una frazada; la madre se arrodilló, a orillas del banco, sobre el piso, con los brazos unidos bajo la frente para que no cayera su prenda. Así se durmió también ella como si implorara algo, como si fuera una muda adoración. Es la madre que se sacrifica por el fruto de su vientre, al cual obsequia el porvenir iluminado de esperanzas, por encima del presente crudo y hambriento.

La fatiga me aplasta como una carga pesada: es la consecuencia de los meses de trabajo, sin descanso dominical, sin atardeceres de concentración espiritual. Me siento los huesos como si fueran metidos en una bolsa y el sueño cae bruscamente sobre los párpados como una ruidosa cortina metálica. De cuando en cuando abro uno u otro ojo y veo las cabezas de los viajeros moviéndose por las sacudidas del tren en marcha; recojo las piernas, me endezco y quiero acomodarme verticalmente en el improvisado lecho, porque la noche es larga, opaca y fría, la que corta la distancia y el tiempo.

Recién a las cinco de la madrugada comienzo a distinguir algunos panoramas fugaces. La cordillera de los Balcanes se vislumbra en el espacio. Lugares secos, pedregosos, sobre los cuales el pasto crece muy raleado. Árboles enfilados en forma paralela, siluetas tupidas en las cuales las huertas hicieron su nido. Las montañas crecen, aumentan como una masa fermentada en los vapores de la aurora. Al llegar a Mezdra, ellas se aproximan inesperadamente: son unos gigantes desde la base pétrea, esculpidos por los siglos. Fortalezas cristalizadas, oxidadas. Bloques superpuestos en formación fantástica, se elevan hacia el cielo cual monstruosas cabalgaduras que corren. Movimiento espiritual petrificado por algún demiurgo cósmico, contra el cual se han levantado reductos y torres de dos mil metros de altura, pechos con las costillas fracturadas por la tensión, brazos que quedaron amputados por la mitad, una horda de momias amontonadas, cuyas cabezas se perfilan en la cercanía de Cerepis, en un supremo y estéril asalto, en un infinito cada vez más luminoso... Y, luego, de nuevo, insensiblemente, las montañas se alejan, exhibiéndose las espaldas y las cinturas pobladas de bosques, estiradas en ocio milenario. Los túneles absorben el tren para dejarlo después libre en las galerías de piedra, tan cercas de la ventana con sus lomos y lechos que impiden contemplarlos. Ya comienzan a verse las aldeas con sus casas sólidas, construidas de piedras extraídas de las rocas abundantes. Los campesinos que se ven andar por el camino paralelo a la vía férrea desaparecen como si fueran maniqués tirados por la espalda. El sol aparece y desaparece entre las montañas: algunas veces da la sensación que se mueve en una hamaca apresada entre sus cúspides. Aguas rápidas, verdosas, corren produciendo espuma entre las mandíbulas encrustadas de las montañas, serpenteando después sobre las caderas angulosas hasta lavar los pies del granítico dinosaurio... Y de nuevo aparecen montañas que se aglomeran, viéndose solamente sus lomos para deshacerse en panoramas que se alargan y acortan, como si fueran decoraciones sucesivas y superpuestas. – Lacatnic. Observo el cable que tiene una punta en la línea y cuando mi vista llega a la otra, que se encuentra en el centro de un vasto bosque, soy presa de escalofríos, por encontrarme frente al precipicio circular, como si fuera una sumersión oceánica... Entretanto, las catedrales de arcilla comienzan a verse sonrientes por ser ellas más cercanas a las proporciones humanas. Las montañas se dejan pisar con pasos firmes; en su pecho casi vertical se ven agujeros minúsculos, cuevas horadadas por revoltosos, por fugitivos y salteadores que se refugiaban allí, para ponerse a cubierto de los relámpagos y de las balas enemigas. Estos espectáculos de piedra que vemos se suceden hasta Terovo. El hombre se halla apoyado en pequeñeces oxidadas y machaca

pacientemente; los montones de vasos y ollas de tierra rotos se encuentran en el suelo, listos para ser colocados en otra parte, en armoniosa geometría, en las catedrales esculpidas. – Svogl. Bosques que ondean como si fuera un mar agitado. Algunos kilómetros más allá están los sanatorios para los tuberculosos, colocados en medio del ozono delicado como un elixir.

Al pasar el tren por la estación, veo que algo salta sobre el andén, como una rana: es un mutilado de la guerra, sin piernas. Es un tronco que lleva las asentaderas cubiertas con un cuero duro, saltando sobre las manos metidas en una especie de sandalias de madera con tacos. El medio hombre sostiene entre los dientes la visera de su gorra dada vuelta hacia arriba desempeñando el papel de mendigo. Esa desesperanza mezclada con tristeza y compasión me estremece por la evocación brusca del drama europeo de 1914-1918... El pigmeo humano salta allá, detrás del tren, construido por el mismo inválido, tren que de nuevo se filtra, arrogante y firme, entre el desfile de montañas imponentes...

Frente a ellos ya no tengo esa terrorífica admiración como antes. La amargura me aprieta los labios y me cansa la vista que no quiere leer en el libro de millares de páginas petrificadas de la historia geológica, perforada por túneles como un viejo libro de oraciones carcomido por la molicie. Desengañado y reatraído con el pensamiento en la herida purulenta de la tragedia humana, tampoco veo las montañas que también retroceden y, disminuyendo deshílanándose, se confunden más allá de la débil luz; y los panoramas dejados atrás se ponen al mismo nivel de las pequeñas culturas del hombre famélico, de las aglomeraciones de hormigas las que, como imitación mediocre y esquemática del aspecto montañoso, se perfilan con las usinas, con los palacios, sus chimeneas y sus cúpulas... El ronco sonido del pito de la locomotora repercute entre los muros: ¡Sofía!

CAPÍTULO III

SOFÍA

Sábado, 30 de agosto de 1930.

Para conocer la fisonomía de una capital, nunca me he servido de Baedeker, de libros ilustrados y ni siquiera de un plan esquemático. He preferido sorprender los aspectos caminando hacia un sitio determinado -desde la plataforma de un tranvía, de la de un ómnibus o caminando con paso lento, parándome en las esquinas para retener imágenes inéditas, detalles específicos- y preguntando al transeúnte que tampoco tiene prisa o al agente de facción (impersonal como un tablero indicador) en qué dirección debo ir.

Esta vez el camino ha sido cómodo, porque Boris Gudulev me vino a buscar en la estación. Cuando se aprieta la mano de un joven que le ha escrito a uno cartas fraternales, sin conocerle personalmente, ¿no da la impresión de *reconocerle*? El retrato moral que ha dejado su escritura se manifiesta instantáneamente en la figura real en el momento del encuentro. En la plaza de la estación, Gudulev se dirigió, directamente, hacia mí con una sonrisa eclipsada por el sufrimiento, pues no hemos tenido ocasión de vernos siquiera en fotografía. Al llegar al hotel me di cuenta de haber atravesado la ciudad sin verla; tuve después que leer algunas cartas, poner en claro algunas cuestiones retrasadas.

Recién pude observar la urbe más detenidamente al salir acompañado, del hotel del Boulevard María-Luisa, rumbo al local donde la Liga Internacional Femenina pro Paz y Libertad dicta, durante el verano, sus cursos. Una mezquita me pareció, primero, como un indicio de la dominación turca, desaparecida hace medio siglo apenas, cuando Sofía era un pueblito de diez mil almas. Sobre el camino primitivo se han construido ahora calles asfaltadas; por eso es que la mezquita se halla a un nivel más bajo que la calzada: las ventanas protegidas con tirantes en los marcos arabescos están al mismo nivel de la vereda, y para poder penetrar en la sala es necesario bajar unos escalones. Detrás se hallan los baños municipales, a los cuales llega surgente agua caliente. La región es, pues, rica en fuentes termales y montañas a las cuales el turismo aun no ha podido domesticar. Circundada por el sólido brazo de Vitosa, la capital búlgara se ha engrandecido con rapidez sobre su llanura que está a 600 metros sobre el nivel del mar, defendida de ventisqueros, pero la que disfruta de noches límpidas y frescas.

Al atravesar la calle de la mezquita que pasa por delante del mercado central, me siento atraído hacia el interior; hay allí una limpieza y un orden propios de farmacia, los alimentos están ordenados en estantes, aun aquellos que se descargan en el suelo. Las verduras y las patatas están colocadas en cajas y los ajíes picantes enfilados sobre hilo. El salón parece pequeño para los doscientos cincuenta mil habitantes; no es tan ostentativo como los de otras capitales, en las cuales hay bullicio de monstruos eternamente insaciables que ingieren toneladas de manteca y quesos, de animales desollados a millares... Los compradores regresaban después a sus hogares con las pequeñas provisiones; esos compradores no eran integrados por una multitud de servidumbre, sino por dueñas de casa de sombrero o con la cabeza cubierta con un delgado echarpe de lana, y por graves señores de bastón, muchos de los cuales llevan la flor en la solapa, se detienen sin ninguna prisa para conversar con el comerciante de guardapolvo blanco... Estaba muy lejos de Dambovitza cuyos habitantes (conforme he leído en los diarios rumanos) lavan las verduras antes de ser ofrecidas y pregonadas por los vagabundos a las damas aún somnolientas. Cuando llegué al final del boulevard, la vieja catedral de piedra enmohecida, me pareció deforme, acurrucada con sus cúpulas. Destruída hace algunos años por las bombas que estallaron mientras se efectuaba una solemnidad oficial (perecieron destrozados generales, ministros, intelectuales); ella ha sido reconstruida, pues los urbanistas intrépidos se opusieron a que el boulevard fuera prolongado. Sobre las cúpulas de la iglesia he visto, sin embargo, los fantasmas de los cuatro que llevaron a cabo el atentado, fanáticos que creen que el mundo nuevo puede ser construido sobre cimientos ensangrentados. El terror rojo se proyecta debajo de las horcas, sobre los demás terrores "legales" impregnados de tradición y "derecho divino". Es la visión atroz del odio y la desesperación, de la ignorancia santificada y ridiculizada en sotanas y uniformes relucientes, el nihilismo lúcido que desprecia a la vida e idolatra la idea hasta la deshumanización... Los tranvías verdes esquivan bruscamente la catedral (la que se exhibe como un sacrificio bárbaro), siendo rodeada también por los transeúntes que se desparraman por las calles laterales; son las hormigas humanas que obedecen los imperativos del instinto, llevando cada uno su parte de alimento para el triunfo colectivo del hormiguero.

LA LIGA FEMENINA

En el salón adornado con ramas de pino y guirnaldas se reunieron las delegadas de las secciones nacionales de la Liga Femenina en su mayor parte de los países occidentales de Europa, para hacer actos de presencia en los cursos de verano, en los cuales son expuestos y algunas veces explicados los problemas que, ante todo, requieren luchadores devotos. Anualmente, ellas se reúnen, durante dos semanas, en otro país. En el mes de septiembre último la reunión tuvo lugar en Budapest. Durante la primavera del mismo año las hemos visto en el "Frauenklub" de Viena. La insistencia con que algunas de ellas -doctoras en ciencias

económicas, abogadas o diputadas- enfocaron la investigación de las cuestiones políticas (y también la política mundial) me ha intrigado y algunas veces, me ha tranquilizado. ¿Serán también las mujeres atraídas en el astuto torbellino de la “política práctica”? Felizmente, las dirigentes de la mencionada Liga aun no han abandonado el terreno sólido de las realidades humanas. Ellas plantearon problemas que reclaman soluciones serias. La Conferencia Internacional de las mismas, que se ha efectuado en Frankfurt en el Main, relacionada al rearme, como los gases, denunció el peligro universal que entraña la guerra de mañana. Las resoluciones femeninas no sólo encuentran ecos políticos entre los gobiernos; en la Sociedad de las Naciones, con frecuencia las comisiones trabajan bajo el impulso de esa Liga, en lo que concierne al régimen carcelario, el tráfico del opio, el trabajo de las mujeres y niños, la protección de los refugiados, de los indígenas de las colonias, los derechos de las minorías, etc. Pero no nos hagamos ilusiones: la máquina diplomática de Ginebra funciona bajo el control de las grandes potencias. No obstante es consoladora la perseverancia de esa Liga, la que grita para que sientan los sordos y vean los ciegos. El reproche más grave que podría hacerse a las dirigentes de esa institución es que algunas veces dejan a cargo de ciertas personas puramente decorativas, casi oficiales y muy poco emprendedoras, la dirección de las secciones en los países reaccionarios. Los compromisos que les parecen necesarios son, empero, los que paralizan y desnaturalizan la periferia o la acción firme del centro.

El programa de los “cursos” de Sofía merecen ser mencionados: la nueva organización económica del mundo; el esperanto y la paz, la guerra científica y el desarme; el trabajo femenino en el nuevo orden del mundo; la concepción estatista del orbe; hacia la humanización del género humano; hacia la humanización universal. Estas exposiciones generales no alejan las cuestiones prácticas: educativas, científicas, etc. Añado algunos títulos: la higiene social, la paz en los Balcanes mediante una Federación Balcánica; las minorías europeas.

EL CÍRCULO VICIOSO: “LAS MINORÍAS”

Al penetrar con Gudulev en el local del congreso, el profesor doctor I. Penakoff aun no había terminado con su informe acerca de las minorías de Dobrogea. Busco en la sala a la delegada rumana, a la que no pude encontrar. Miss Sheepshanks, secretaria general de la Liga, se sorprende al verme.

– ¿Siempre usted? ¿Por qué no ha venido ninguna mujer de Rumania? ¿Tan siquiera la señora presidenta?

– ¿Por qué -replico yo- aceptan personas que prefieren el té a las cinco de la tarde y que la coquetería haga diletantismo de los ideales que requieren abnegación?

Miss Sheepshanks se vuelve bruscamente a su sitio. El doctor Penakoff es interminable: la herida del cuadrilátero es exhibida en una de sus partes. ¿Quién la exhibirá en la otra? Una señora me ofrece un grueso volumen: *Le régime de la propriété turale dans la Doboudia de Sud*, el cual contiene resúmenes de los debates parlamentarios, de la prensa y legislación rumanas. Evidentemente, la “razón” está de parte de los búlgaros. Eso lo conocen también los rumanos... He comprendido el gesto de la señora delegada: en su ramo de flores ha ocultado algunas espinas. Abro el libro en cualquier parte: “Discusión en el Senado, en 1026”:

– *Sr. C. Angelescu*: – Señores senadores: el despojo de la tierra, si la gente tiene derecho sobre ella, constituiría un grave error de parte del Estado rumano.

– *Una voz*: – ¿Por qué?

– Sr. C. Angelescu: – Porque nos estamos apropiando, injustamente, de la tierra de los búlgaros y turcos, para conservarla para el porvenir. Señores, he aquí la cuestión que se plantea: ¿tenemos derecho de quitar la tierra a las minorías que son propietarios de la misma?

– Sr. T. Voicu: – Usted no tiene sentimientos humanos. ¿Dónde se ha educado usted?

Y el señor C. Angelescu vuelve a repetir:

Todos debemos reconocer que para la existencia, el progreso y la felicidad de este Estado, el más grave de los errores políticos sería el de arrebatar la tierra que, jurídicamente, pertenece a determinados habitantes del país, aun cuando ellos forman parte de la "minoría".

Palabras justas, confirmadas posteriormente por la ley de propiedad de Dobrogea, a la cual contribuyó también el señor C. Angelescu en su calidad de ministro del interior. Pagó caro el coraje de reconocer los derechos más elementales de los turcos y búlgaros del Cuadrilátero: recibió cinco balazos de parte de Beza, "estudiante macedónico", quien ha querido castigar al "traidor" del rumanismo. Las bestias culturales suelen ser más feroces que los políticos, los cuales, algunas veces, se inclinan ante la evidencia. Un ex rector universitario, ex ministro y director de la Escuela de Arquitectura de Bucarest, E. Pangratti, interrumpió las declaraciones del señor C. Angelescu (continuó leyendo del mismo libro):

– Con sutilezas de abogado en los juzgados de paz, no se resuelven los grandes problemas nacionales. (Aplausos).

Yo pienso que este personaje ha estado al frente de una sociedad de propaganda en favor de la Liga de las Naciones y que también una vez al año pronunciaba una conferencia pacifista.

– ¿Qué dice? -me pregunta Gudulev entretenido con el interminable informe del doctor Penakoff.

– Los sabios universitarios, que se colocan los lentes de la erudición, observan las cosas desde un punto de vista unilateral. Sufren de daltonismo: no son capaces de distinguir más que los colores de la bandera nacional. La verdad es símil, en este caso, a la ya célebre disputa teológica, versificada por Heine: los nacionalistas fanáticos de ambos bandos son malolientes.

– ¿Pero qué dice de la cuestión de las minorías?

– Si la pregunta me fuera formulada por la oficina de la Liga Femenina (tenga la seguridad que elude preguntar a un "trouble-fête"), repetiría lo que ya dije en la encuesta de la revista húngara: "El humanitarismo moderno, basado en la biología, en la técnica, en la economía y cultura, tiende a unir a los hombres en una suprema comunidad a la que denominamos "el organismo de la humanidad". Este organismo es planetario. No nos olvidemos que el órgano está constituido por células y que el organismo es solamente entonces normal cuando todos los órganos funcionan armoniosamente, mediante la interdependencia y en todas las direcciones... El humanitarismo es, en consecuencia, esencialmente, individualista. Reconocer el papel específico de toda individualidad creadora, sea ella personal, social o ética. Desde este punto de vista, las minorías -vale decir, los diversos grupos nacionales dentro de un Estado- tienen derecho de manifestar libremente todos sus atributos éticos o culturales. Más aún: a la igualdad ciudadana. Las minorías pueden llegar a esa armoniosa convivencia que prepara la paz entre las naciones del mundo, únicamente mediante la libertad y el derecho igualitario. ¡Paz entre las naciones! Porque la nación es cosa *distinta* de lo que es el Estado.

– Ahora a escuchar al nuevo orador. Y Gudulev sonrió con amargura.

El informe del profesor expiró en ruidosos aplausos de satisfacción. Cual *deus ex machina* apareció sobre el escenario un tipo de comitadji macedónico, mal vestido de civil. Con las pestañas impresionantes, grandes mostachos agresivos entre su nariz aguileña y las barbas puntiagudas. Hablaba con voz cavernaria, gesticulaba bruscamente, largamente, como si quisiera arrojar los brazos por encima de las cabezas, humildes unas y ensimismadas otras, de las delegadas. Era un ex oficial macedónico, el cual, de hecho, no podía hablar de otra cosa que del eterno martirologio de Macedonia, a la que los tratados de paz arrojan, fragmentariamente, de un Estado a otro, como si fueran huesos entre canes famélicos. Pero el orador era de pura especie ultranacionalista. Se paseaba a lo largo del escenario con pasos pausados, parándose algunas veces, súbitamente, para adoptar aire napoleónico, poniendo dos dedos en el chaleco.

En esta asamblea de damas y profesores las manías del héroe -a quien una escopeta de asaltante le hubiera estado muy bien- desentonaban hasta lo grotesco. Felizmente, este discurso hiperbólico, ronco como una trompeta oxidada, no estaba anotado en el orden del día. La señora Sismaniva, presidente honoraria, y la señora Karavelova, esposa de un ex ministro, presidenta activa de la sección búlgara de la Liga, intervinieron con afable alarma, reclamando el cumplimiento estricto del programa. Lástima que no se le haya dejado hablar hasta el cansancio, porque “el ridículo mata”. El orador que no había sido invitado habría convencido, definitivamente, cuán pobre y vana era la dialéctica *chauvinista*. Con ello la asamblea habría recibido, indirectamente, una advertencia: que el pacifismo de salón, aunque bien estilizado, puede encontrarse muy cerca (los extremos se tocan) de la fanfarronería patriótica, si abandona un pequeño detalle que consiste en transformar la idea en hecho, que convierta una realidad sufriente del pueblo, en nombre del cual habla.

“LA HERMANDAD BLANCA UNIVERSAL”

Al partir, el sol estaba en el centro del cielo como un corazón brillante que todo lo perdona. Del barrio de los bancos el tranvía nos llevó hacia los suburbios: allí vemos edificios modernos que se levantan en medio de las casitas humildes, como si fueran parientes en la miseria. Proseguimos después de a pie, por calles sin veredas, aun no arregladas; la tierra parecía que había sido echada a montones en los hoyos y zanjas. Después un jardincito lleno de margaritas y malvas me recibió con su modestia rural, mientras que el almuerzo (encontrándose la esposa de Gudulev y la madre de la misma) nos reunió alrededor de una mesa vegetariana, desde luego, en la que la hermandad y la humildad evangélica daba la bienvenida: “Siéntese y coma, viajero”. Después me entretuve en un cuartito blanqueado y enriquecido con un ropero lleno de libros. Al lado de la ventana, una mesa sobre la cual había algunos tomos hace tiempo estudiados. Un título en letras de oro: “La No Resistencia en la India”. Una carta con el encabezamiento inglés: *War Resisters International*, parece una hoja amarilla traída por el viento en su remolino desde lejanas tierras y colocada allí como un testimonio de la solidaridad humana.

Pero otras visitas que debo hacer, me hacen apurar para ir al centro de la ciudad. Gudulev me enseña en la cercanía de su casa el refugio de Pedro Danov, sacerdote laico orientador de la llamada: “Hermandad Blanca Universal”. Grupos de este género, fundados sobre la convicción ético-religiosa y no sobre dogmas eclesiásticos, existen muchos en Bulgaria. El tolstoísmo encontró en esas agrupaciones numerosos adeptos, pero las que luego se diluyeron en misticismo y ocultismo. Pero sin desnaturalizarlo mediante la magia, ni prácticas supersticiosas. Fluctúan las fórmulas espirituales como las olas en torno de algunas ideas universalistas. Los adeptos iban a oír la palabra de Pedro Danov como hacían antes los viejos creyentes en las grutas de los profetas. Sus escritos (dictados o estenografiados) son difundidos: en Burgas hay

una colección en esperanto: *Nova Kulturo*, la que está destinada únicamente a los cursos de Danov.

Un profesor de liceo, P. Pamporov (quien a la sazón faltaba de Sofía, pues había partido para Francia como voluntario del “Servicio Civil”, para trabajar manualmente en la construcción de la aldea Lagarde, de la región Montauban, afectada por grandes inundaciones), me sintetizó en una carta los principios de la “Hermandad Blanca”. Ella encarna el cristianismo puro en un movimiento cultural y social: “La suprema ley es el amor universal. El amor proporciona vida. La ciencia de la vida, la inteligencia, constituye el segundo principio. La ciencia ilumina. El tercer principio de la vida reside en la verdad. La verdad trae la libertad”.... “La luz, el espíritu (el calor) y la fuerza, son portadoras de la ciencia, de la fraternidad y libertad. Paz, derecho y pureza. Paz entre las naciones, derechos entre las clases, pureza entre los individuos... Paz y alegría basada sobre la verdad. Derecho y luz basada sobre la unidad de la humanidad. Pureza espiritual y física basada en el amor hacia todos, hombres y animales. El amor universal”.

La concepción orgánica de la humanidad (confirmada también por los biólogos) está amplificada: el sistema solar es también un organismo. Los hombres son, pues, hijos del sol y su alimento real: las semillas, las frutas, las legumbres son “condensaciones de rayos solares”... ¿Misticismo? Si el amor divino es idéntico en el fondo al amor universal y es tan esplendoroso como el del racionalismo, ¿por qué debemos llamarlo “místico”, eludiendo las ironías de los “sabios”? Los argumentos de este amor “místico” son más accesibles al pueblo de estos tiempos en que el prestigio de la ciencia se halla alterado, porque cada uno de sus descubrimientos son usurpados por los servidores de la guerra.

Contestando también Pedro Danov a mi encuesta sobre la paz, me dio un ejemplo de lógica mística más valedera que la rigidez glacial de los juristas de la Liga de las Naciones... “Siendo, pues, el amor el fundamento del mundo de Dios -dice- y representando la humanidad los órganos manifestativos de la divinidad sobre la tierra, se colige que esos órganos no tienen ningún derecho de guerrear entre ellos. Cualquier pueblo que lleve una guerra contra otro debe ser separado de ese organismo. La historia nos dice que todos los pueblos -agrega- que guerrear, perecen. Los asiro-babilonios, *verbi gratia*... El amor de Dios es algo más que la Internacional Pacifista. Los hombres de la nueva cultura vivirán de acuerdo con el amor divino”...

“BABBIT” EL PRIMADO DEL ESPÍRITU

Cuando en mi cuarto del hotel hice una exposición a R. H. Markham, periodista norteamericano, he creído que el idealismo activo de los humanistas, pacifistas y vegetarianos no sería admitido por la mentalidad cómoda y utilitaria de los de allende el Atlántico. El diarista sonrió. Me enseñó una tarjeta: “Corresponsal del sudeste europeo del diario *The Christian Science Monitor*, de Boston. Comprendí por qué se encontraba en Sofía desde hace algunos años, ya que en Bulgaria el cristianismo tolstoiano tiene tantos adeptos sinceros y donde la ética tampoco constituye un reglamento fijado sobre las puertas de las iglesias que parecen más bien contadurías comerciales. También en la América estandarizada por los reyes del petróleo y del acero, en el conglomerado de Estados apretados entre las mallas de la araña mercantilista, existen hombres que no olvidan que ellos son descendientes de los Puritanos que en el siglo XVIII partieron con la Biblia bajo el brazo para abrir caminos en las selvas vírgenes del “mundo nuevo”. Es verdad que existen allá centenares de sectas que toleran las mentiras de los “salvadores” quienes, encaramados sobre alguna barrica de arenques, predicán en las bocacalles. La mayor parte de los norteamericanos aceptan la religión como si fuera una albóndiga sacada con mucha habilidad del aceite hirviente.

Pero el materialismo abyecto del taylorismo bancario e industrial, la mediocridad mecanizada de "Babit", reproducida en centenares de millones de individuos, despertó en los Estados Unidos una reacción espiritual, el mismo idealismo activo al cual he querido sustraer de las posibles ironías de Markham. De americano no tenía éste más que la costumbre y constituía una figura ética en la cual no se distingue el tipo étnico, por ser una mezcla de razas viejas rejuvenecidas en organismos enérgicos y optimistas. El hijo de Markham que nos escuchaba con una atención rara para su edad de 14 años, me pareció, con su rubia salud, como un germen de una nueva generación que comienza a despojarse del fetichismo del Confort y del Dinero, para auscultar también el murmullo de las voces internas.

La comunidad del espíritu constituye una realidad a la que no es posible encorsetar en la economía política. El primado moral de ninguna manera es una "enfermedad" específica de los países periféricos, semi-civilizados. Ese primado es, pues, el que se impone en la misma forma en la Bulgaria rural, en la Inglaterra mercantilista, en la Alemania industrial, en la India mística como en la Rusia racionalista... Pero en la América del Norte, que contiene todas estas características juntas, bajo la duración de los sucesos se halla latente una ética universal, cuyos precursores han sido un Emerson, un Walt Whitman. Se ha dicho (y el gran europeo, profesor G. F. Nicolai, lo repite en su voluntario exilio de la Argentina) que la nueva Europa se manifestará en América, para regenerar también al viejo continente, sacudido por el huracán de 1914. Esto puede ser verdad para el occidente europeo, el cual aún tiene que recibir algunas lecciones de ética (divinas y prácticas) de parte de los países orientales, donde Tolstoi y Gandhi -después de Cristo y Budha- contribuyeron a que fructificara en los corazones y las conciencias el imperativo del amor cósmico y de la fraternidad humana... Cuando el americano buscador de almas se levantó para irse, le apreté la mano en señal de gratitud:

– Me ha consolado -me dijo- de las jaurías humanas que invadieron Far-West en la búsqueda de oro y petróleo. Con su presencia en estos Balcanes "primitivos", ha rescatado Ud. muchos batallones de turistas venidos del otro lado del océano para hurgar en los cofres de sus abuelas a las cuales no les ha quedado más que sus escudos nobles. ¡Ah! Si usted hubiera visto como yo, en Lavru, esos conglomerados de grandes niños riendo alegremente frente a los leones de Delacroix y, frente a la sonrisa eterna, enigmática y hechicera de la Gioconda, masticando automáticamente trozos de "chewing-gum", para "gustar" de ellos también el Arte con A mayúscula y sin precio de catálogo.

¿EL TIPO ESPECÍFICO?

Hora 7 de la tarde. Después de un sueño profundo, me desperté en el cuarto oscuro. Viajando, el cansancio se acumula de una manera insensible y el sueño se apodera de uno en el primer bostezo, celoso por tu insaciable curiosidad, por tus pensamientos y sentimientos escapados de la cárcel de los hábitos hogareños. Apoyado en la ventana, observo el boulevard transfigurado por el aspecto eléctrico. Hay allí la animación propia de los sábados por la tarde, en la que las muchedumbres abandonan el trajín de la semana.

Y me confundo con la multitud, andando por las calles en las cuales las vitrinas derraman luces y exhiben imágenes. Los automóviles, más prudentes, permiten a los peatones caminar también por la calzada, ya que la vereda se halla repleta de gentes. Algunos letreros luminosos atraen las miradas hacia los pisos adornados. En otras partes se ve una abertura ensombrecida. La iglesia rusa con sus globos auríferos y columnas trenzadas tiene un aspecto fantástico, pareciendo que también ella ha emigrado con los millares de rusos que por doquier llevan la nostalgia de la patria que ya no existe. El tipo callejero predominante es el eslavo, con rasgos de mongol: trigüño, sólido y de espaldas anchas. La nuca gruesa constituye la característica

popular, a la que gusta caricaturizar a los pueblos vecinos. ¿No escribió, pues, un gran poeta rumano este verso?:

“Bulgarote de nuca gruesa
Griegote de nariz delgada”.

La “perita”, otrora tan frecuente, no se usa ahora por amor al ex zar Fernando. Ella es adecuada en las figuras de cara redonda. Pero el tipo especial en ninguna parte reviste carácter absoluto, menos aún en la ciudad capital. El cruce de razas es una realidad también aquí. Los levantinos han traído su maleabilidad, su vivacidad y están listos para servir y sacar provecho: son griegos, armenios, hebreos y turcos (en un kiosco veo sorprendido el diario órgano de publicidad de los mismos en letras latinas: *Deliorman*). La calle modernizada neutraliza los tipos que debieran ser buscados en los museos etnográficos.

¿Y las mujeres? ¿Puede alguien imaginarse que ellas son menos elegantes que las de Bucarest o Viena? La moda llega aquí con un atraso de algunas semanas únicamente. La mujer, en la calle eléctricamente iluminada, es apariencia y tentación. Recién en su hogar, sin sombrero ni manta, puede uno adivinar el “tipo” que aún conserva su pureza en las aldeas anidadas en las montañas o valles fecundos. He frecuentado algunas familias, pero no me atrevo a decir que la mujer búlgara es más capaz, más honesta, más cultivada, más madre ni más amante que la de los países vecinos. ¡No!... ¿Y qué importancia pueden tener para un peregrino de la humanidad las cejas más o menos gruesas, las miradas torvas y esa corpulencia algunas veces parecida a la de las mujeres del harem que caracteriza a las búlgaras de “pur-sang”? Empero, en los suburbios y en las estaciones ferroviarias provinciales, he visto a muchas mujeres búlgaras con el rostro pálido, sufridas por el exceso de la maternidad y por la miseria, las he visto tales como es la mujer que en todos los países se sacrifica bajo el yugo aun bárbaro de la subsistencia cotidiana.

EN UN RESTAURANTE VEGETARIANO

Rodeando el jardín que circunda el palacio real, atravieso una plaza larga sin más ornamento que su pavimento de ladrillos refractarios y amarillos, sobre los cuales los pasos se resbalan algunas veces. Llego en una cuadra bien ventilada, sobre cuyos márgenes se elevan fachadas viejas y nuevas. La expresión arquitectónica se neutraliza ante el derrame de la luz artificial. El Círculo Militar imita en miniatura no sé qué palacio de invierno del viejo Petersburgo. Al lado del mismo y desde el punto inicial de la calle Seis de Septiembre -cual antídoto o réplica- se encuentra el edificio anaranjado, de siete pisos, de la Asociación Cooperativa Vegetariana de Bulgaria. De que se han “encontrado” catorce millones de levas para construir el más grande de los 23 restaurantes vegetarianos que hay en Sofía e instalar en el mismo las oficinas de la Asociación, la redacción de sus revistas, cuartos para los camaradas y departamentos modernos, cuyo alquiler amortiza el capital, todo esto no puede más que admirar a los que no conocen la fuerza centuplicada de la ayuda mutua, de la cooperación que requiere devoción para una casa común.

Penetro en la sala del restaurante. El primer piso está lleno de gente y el segundo también. Entre los comensales hay muchos que se convirtieron al vegetarianismo después de haberse enfermado de artritis o de cálculos al hígado. Se me ha dicho que la mayor parte de los vegetarianos -los que no comen en otra parte más que en el restaurante- profesan *creencias* morales o religiosas que son las que le impidan comer carne, a la par tienen la convicción de la bondad que representa la alimentación anti-carnívora. El director del establecimiento me invita a ser huésped de la Asociación. Me traduce el menú de una larga lista de preparaciones a las

cuales debo verlas en el plato para darme cuenta del contenido y la manera cómo se condimentan. Las denominaciones culinarias de los carnívoros son sugestivas; pues ellas evocan anatomías domésticas, formas precisas en que se preparan animales y aves. Los vegetales, sin embargo, se prestan para tantas transformaciones que si se tiene un estómago pretencioso, acostumbrado a los banquetes, ellas pueden ser servidas hasta con gusto a carne asada, para que haya posibilidad de habilitarse a sus aromas naturales, con su sabor saludable, con sus vitaminas, con esa saciedad liviana que no indigesta ni contribuye a llenar cochinemente, echándose, intermitentemente, por la garganta vino y cerveza, sin apagar la sed.

Los que creen necesario comer una bolsa de patatas para obtener el equivalente en calorías y sales procedentes del músculo de una vaca asado a la parrilla, no tienen más que consultar las tablas comparativas. Los vegetales bien combinados ofrecen en porciones normales todos los elementos necesarios (compuestos de tres o cuatro unidades) para alimentar y calentar el cuerpo sin hacer uso de ácidos y toxinas, conforme lo requieren las laboriosas digestiones carnívoras. Si se quiere encontrar lucidez mental, vigor en el trabajo, resistencia a la fatiga y también experimentar el proceso psíquico que determina el consumo de la leche cuajada y del apio, y sentir el equilibrio entre el cuerpo y el espíritu, como asimismo, repercusión sobre la longevidad, no se debe más que preguntar a esos comensales en cuyas figuras, frecuentemente espiritualizadas, ya desapareció el suntuoso rito de la glotonería y borrachería. Y si es que también se quiere argumentos económicos, anótese usted mismo, a hurtadillas, se como una costilla de cordero, ya que el humillante servicio de los mozos puede ser alejado haciendo cordialmente algún pedido) el detalle de que por un almuerzo vegetariano tendrá que pagar la mitad o la tercera parte de lo que puede costarle en otros países en el restaurante para carnívoros más “barato” y sucio. Es verdad que los productos alimenticios que se consumen en este establecimiento son traídos de sus propios huertos cooperativos. El intermediario especulador es, paulatinamente, eliminado de las plazas y también de los depósitos; los precios se aproximan cada vez más al valor real de los productos y del *trabajo*. La Cooperación de los Productores puede hacer frente a la tiranía capitalista solamente entonces cuando ella es influenciada también por *un ideal social*.

CONTROVERSIA VEGETARIANA

En una mesa aislada, metida en un rincón, una docena de camaradas me reciben con simplicidad y franqueza. Frente a mí se halla sentado Esteban Andreicin, anciano sereno y de barbas largas. Es el jefe de la escuela literaria tolstoiana. Sobre su cabeza se ve en la pared el único retrato que hay en todo el restaurante: un Tolstoi en camisa de mujik, sin sombrero, descalzo, con los pies en el pasto. Su torva mirada de profeta que supo hacer frente a un mundo malo, tiene, no obstante, la mansedumbre inteligente que también en cualquier desdichado ve una partícula de la divinidad. Al lado mío está el profeta Ianko Todoroff, quien dicta cátedra de historia antigua en la Universidad, lo que le impide ver con claridad en las inquietudes del presente. Jorge Sopov un vigoroso “objeto de la conciencia”, ha sido el propietario de la más grande tipografía y librería y que con una bolsa de libros al hombro, ha emprendido viaje de propaganda pacifista. Hay allí otros intelectuales: un poeta, un periodista, provincianos de paso de las colonias de los intelectuales y de las zonas agrícolas.

Delkinov es vegetariano puro: no come huevos, leche ni quesos. Un plato de “tortilla macedónica” le es suficiente para su labor intelectual y física.

– Si el respeto a la vida llega el extremo de respetar a los productos animales (podrían objetar algunos lógicos amantes de las rasas asadas y de las ostras mucosas) ¿de qué se alimentarán los vegetarianos al saber que también las plantas son seres sensibles, que hasta poseen una

especie de conciencia en estado rudimentario, conforme han demostrado las recientes investigaciones del sabio hindú Jaganda Chandra Bose?

– Hasta que llegemos a alimentarnos con productos sintéticos -aire y luz solar-, dijo un comensal, los hombres pueden, por los menos, humanizarse para que no se devoren entre sí. El pensamiento de "matar" debe ser alejado no sólo entre los hombres. La atroz barbarie de los mataderos puede ser eliminada, para dar un curso más intensivo a la agricultura. Recoger una manzana o un tomate colorado, dones de la tierra, es más espiritual, más inocente, que desollar terneros lactantes.

– Entonces los animales se multiplicarían considerablemente.

– Es un error. No seremos invadidos por tantos vacunos y porcinos. Tampoco habrá tantos peces marinos. Los animales son reproducidos de acuerdo con las "necesidades" humanas. Los pastizales deben ser transformados en huertos...

ESTUDIANTES-MOZOS

El estudiante Duicev, queriendo no perder nada de la conversación, se ha olvidado de comer. Slavtko Danailov sueña con un acercamiento cultural búlgaro-rumano. D. Simeonov, secretario de la Asociación Vegetariana, redacta también una revista en esperanto con el fin de unir a los pacifistas de los Balcanes.

Estos jóvenes están al lado de sus maestros con una igualdad que no excluye el respeto a la edad y a la ciencia. Hay allí otros estudiantes, de chaleco blanco, que se sirven solos. Al mediodía y a la noche trabajan algunas horas y de esta suerte es como prosiguen con sus estudios independientes de la familia y de la compasión del Estado. Esto he podido saberlo más tarde, al preguntar a mi vecino, un médico de Plovdiv, por qué esos "mozos" -muchachas de tez delicada y robustas- son tan ágiles y amistosos. La rubia moza que me trae la uva es discípula de la escuela de maternidad. Y el joven que limpia la mesa podía haber sido heredero del dinero acumulado y, sin embargo, ha preferido frecuentar la politécnica.

La conversación es interesante. Cada uno expresa alguna novedad que no es palabra vana. Hechos, obras, sucesos que no requieren comentarios pasivos, sino gestos confirmativos, de solidaridad espontánea. En la mesa vecina se encuentra la hija del maestro Andrés Krastev, asesinado hace dos años por los militares. Huérfana, ha encontrado una gran familia que la protege. La señora Bajilova-Pateva consulta con sus compañeras acerca de la mejor manera de asegurar a esa muchacha un lugar en la escuela y en su hogar.

EL VEGETARIANISMO CONDUCE LEJOS

Después de la cena la discusión se prolonga en un ambiente de cordialidad intelectual y espiritual. La palabra de cada uno es escuchada: por eso es que cada uno medita lo que va a decir. Literatura, sociología, moral y algunos cuentos, que dicen más que una lección de catedrático. Fragmentos de vida, pensamientos que no procuran ser paradójicos, sino reales.

Quiero sacarme un cigarrillo. Pero la mano me queda en el bolsillo intimidada: nadie fuma en este local, aunque en el mismo no hay "aviso" alguno que indique la prohibición. Las

reminiscencias de mi hogar me hacen desear un café negro, "turco puro", a fin de sacarme la pereza. Se me dice, sin embargo, que la pereza después de comer es el resultado del viejo sistema de alimentación. El café, el té afectan los nervios, el corazón. ¿Y el alcohol? ¿Tienen, pues, necesidad estos camaradas de excitantes, para estar bien, para reír ansiosamente, para enfrentar los peligros naturales y humanos? Seguramente que Andreicin no mantiene el calor imaginativo de su apostolado con la leche cuajada que, pausadamente, saborea. Hubiera querido brindar una copa en recordación de esta noche. Pero mi copa contenía agua mineral. La de los demás contenía zumo de frutas, "kvas", y (no se rían ustedes, rumanos, cuando siendo niños dieron sus monedas al búlgaro o al serbio que en la puerta de la escuela los esperaba con el balde y la mesita llena de golosinas) "braga"⁸. ¿Y qué? ¿Es más "chic" vaciar en una cervecería llena de humo de tabaco, por lo menos, seis chopes llenos de espumante orina, o en un reservado levantar entre dos dedos que ostentan anillos la copa cristalina, llena de champaña que llama la atención? ¿No puede usted confraternizar con alguien, sin ingerir el aguardiente incendiario, que también las mujeres "bien" empezaron a beberlo bajo el nombre de "cocktail"?

Realmente, el vegetarianismo va más lejos de lo que se imaginan los obligados a someterse a una dieta, después de haber banquetado fuertemente. El conduce al antialcoholismo, al antitabaquismo, a la sexualidad moderada, sin aberraciones voluptuosas, al zoofilismo, al pacifismo integral, hacia una reforma decisiva de la vida física y social. Esta reforma, en su aspecto fundamental, implica volver a las leyes naturales.

– Al vegetarianismo se llega -dice Esteban Andreicin- voluntaria y obligatoriamente. La conciencia moral lleva al hombre libre al vegetarianismo, mientras que la salud quebrantada lo conduce hacia el mismo fin de una manera forzada. Cada uno tiene, pues, que enfrentar ya sea la conciencia moral o ya el problema de la salud. Lo que con certeza puede afirmarse es que cada individuo llegará a ser vegetariano, si no mediante su libre voluntad, el instinto de conservación lo obligará a ello.

– ¿Aun siendo demasiado tarde?

– Nunca es tarde. La naturaleza sabe esperar el reconocimiento de sus leyes implacables -me dice el médico de Plovdiv-. La opinión de la doctora inglesa Kingsford no es exagerada, cuando considera que el movimiento vegetariano es el más importante de nuestra época, constituyendo el principio de una verdadera civilización, si la decisión humana se trueca en posibilidad. Al desconfiar de los nuevos salvadores, podemos, sin embargo, creer en que el vegetarianismo constituye el secreto de nuestra emancipación.

EL SERMÓN DE UN MÉDICO VEGETARIANO

Y el médico me expuso extensamente el problema del vegetarianismo desde el punto de vista biológico, fisiológico, curativo, etc.

En el momento que escribo estas páginas recibo el correo: entre la correspondencia encuentro una revista que trata sobre la medicina popular: *Sanatatea* (La Salud), número de diciembre de 1930. Un artículo firmado por el Dr. St. Furtuna y titulado: "No tenemos necesidad de carne", atrae mi atención. Su exposición concuerda con la del médico búlgaro, considerando necesario resumir la opinión de un facultativo rumano, el cual, por otra parte, no puede ser calificado de bulgarófilo.

⁸ Zumo de mijo fermentado. (N. del T.).

"... La mayor parte de las enfermedades -apunta- son producidas por los errores alimenticios. La selección y preparación de los alimentos "es dejada a cargo de personas ignorantes, las que ponen en práctica procedimientos empíricos, rutinarios y perjudiciales, en abierta pugna con los conocimientos científicos actuales". La técnica culinaria se halla plagada de errores: se hace abuso de la sal, del vinagre, de los condimentos, de las salsas y de los productos grasos puestos a altas temperaturas, conservas "esterilizadas" en sales y ácidos. La alimentación no natural desmineraliza el organismo. Ella provoca después el desequilibrio alcalino de la sangre, quebranta el equilibrio antitóxico entre las sales minerales y determina la irritación glandular con secreciones internas"... La acción curativa real consiste en la alimentación natural y normal. A los medicamentos no debemos tenerles una fe ciega. Ellos son de eficacia tan sólo cuando el médico prescribió al enfermo también un régimen alimenticio sano. El grave error del hombre en consumir carne sin preguntarse si en realidad es carnívoro.

"El hombre -prosigue el Dr. Furtuna- no tiene los maxilares alargados ni dientes puntiagudos como los carnívoros; su dentadura se asimila más bien a la de los herbívoros. Los colmillos del ser humano de ninguna manera indican que debe devorar carne, pues tanto el ciervo como el camello los tienen también. Su estómago, además, no es igual al de los carnívoros... Buffon, Linné, Cuvier, Flourens, Milme, Ewards, Ch. Richet, etc., no consideran al hombre carnívoro". Desde el punto de vista fisiológico, "el hombre no es capaz de neutralizar los ácidos que emergen del metabolismo de la carne. Los carnívoros pueden transformar en el hígado todos los uratos de ureas; en cambio, el hombre no lo puede. Los carnívoros tienen la facultad de eliminar por los riñones las ureas en un muy pronunciado grado de contracción urinaria; el hombre no".

Es, pues, suficiente para convencernos que, biológicamente, el ser humano no es carnívoro. Si esto "no tiene importancia", ya que el hombre come carne desde milenios, debemos citar de acuerdo con la tesis del mismo médico, los efectos determinados por la alimentación antinatural:

"La carne acidifica la sangre, arrojando fuera del organismo los principales minerales constructivos y energéticos, lo que determina después la invasión de toda clase de enfermedades contagiosas (tuberculosis, forunculosis, cáncer, etc.), el aumento de los alcaloides, úlcera estomacal, enterocolitis, apendicitis, gastritis neurasténica, anemia, gota, reumatismo, ciática, asma, varices, flebitis, agitación y dolores de corazón, lesiones en las válvulas cardíacas, artritis, arterioesclerosis, hipertensión arterial, cálculos en el hígado, riñones y vejiga, insomnios, impotencia, esterilidad, agitaciones, histerias, ninfomanías, excesos sexuales, psoriasis, prostatitis, inflamaciones, tumores, flujos en los órganos genitales femeninos"...

Hagamos más extensiva esta lista en un lenguaje al alcance de los profanos: "La carne hace al hombre agresivo, nervioso, absurdo en sus gestos y modales, caprichoso, impulsivo, imperseverante, disgustado por el trabajo intelectual, flojo en iniciativas, sin voluntad de proseguir la obra comenzada, glotón y siempre listo para las recreaciones y diversiones"... Los que han de desarrollar actividades que requieren desgaste de energías durante un largo espacio de tiempo: los corredores, los ciclistas, los deportistas, los gimnastas, los trabajadores portuarios, evitan el consumo de la carne... Las energías obtenidas mediante la carne son inferiores a las que se obtienen de los alimentos naturales"...

¿La conclusión? "Es conceptuado directamente de maniático el que se esfuerza en repetir que desde el punto de vista anatómico, fisiológico, biológico, higiénico y moral, el régimen alimenticio normal del hombre debe contener carne".

Repito: el médico de Plovdiv me expuso en esta forma la cuestión, aunque más documentada; ella constituye una verdadera lección de medicina, de la que no me ha sido posible retener

todos los términos específicos. (El artículo del médico rumano me ha servido como ayuda). Pero en aquella noche, a la mesa de los tolstoianos, nadie necesitó de tantos argumentos.

– A mí me basta con un mandamiento bíblico: "No mates" -dijo una señora que había guardado silencio hasta entonces. Si no se tiene la suficiente fuerza moral para quebrar con los malos hábitos todas las verdades de la ciencia médica carecen de virtualidad para hacer vegetariano a uno. La educación que se imparte a los niños es también equivocada. Antes de aprender el abecedario, ellos ya tienen la dentadura careada por causa de los bombones y toda clase de carnes. Si queremos regenerar al hombre, debemos empezar por el niño, no solamente desde su nacimiento, sino que antes de que fuera procreado. ¿Estamos o no en condiciones para procurar un niño sano, darle una crianza amplia y una educación humana? ¿Tenemos, acaso, el derecho de prolongar la ignorancia, la maldad, la enfermedad, arrojando en una sociedad viciada innumerables víctimas de nuestros errores, niños que mañana serán carne sufriente, carne explotada, carne de cañón?

Los interrogantes formulados cayeron pesadamente en medio de la concurrencia, como si hubiera sido una advertencia a las generaciones futuras. La discusión en torno de la selección de la especie, de "la maternidad consciente", como la llama Manuel Devaldés; del eugenismo nos entretuvo hasta tarde alrededor de una mesa débilmente iluminada por una lamparita eléctrica.

MEDIA NOCHE

Hace ya tiempo que el restaurante quedó vacío. Al final salimos todos. Al salir nos encontramos con Kovacev y Enceff que recién habían llegado de Rusciuc. El congreso de los vegetarianos había terminado. Cambio de impresiones. Acciones nuevas, esfuerzos que requieren confianza, perseverancia. Ellos la tienen en exceso.

Atravesamos la placita. Caminamos lentamente por las calles. Como en todas las capitales, la vida nocturna se manifiesta con sus vanas ilusiones. He ahí la terraza de un café-concierto, donde se siente una música estridente, sincopática, cuyos acordes vibraban agonizantes bajo la frescura del cielo estrellado. Una puerta adornada con hileras de luces eléctricas invita a entrar, abajo, en la taberna saturada de vapores alcohólicos. Un "bar" con tóxicos multiformes. Un "varieté" con "atracciones y sorpresas" para familias. Para los esclavos del vicio hay callejuelas y bohordillas elegantes o timbas infectas, mientras que los cazadores de estériles voluptuosidades encuentran por las esquinas maniqués pintadas que saben estrujar las energías masculinas hasta el delirio sádico, hasta la miseria y la enfermedad incurable, hasta el crimen sin expiación.

Se dice que este siglo es de la Revolución. El es, sin embargo, como los demás, de la eterna esperanza salvadora... Salvación que no puede venir sino de la fe. Fe en el hombre, en la naturaleza. Fe activa que "traslada las montañas". Y en esa medianoche sentía que caminaba entre creyentes que no predicaban en desierto.

CAPÍTULO IV

IGLESIAS Y SACERDOTES

Domingo, 31 de agosto de 1930.

La mañana serena, con un sol débil. Descanso después de haber colocado en el buzón las cartas atrasadas. Lento deambular con Kovacev, cuya amistad es inagotable y fresca cual manantial serrano. Calles centrales con la misma pavimentación amarilla que parece un piso lustrado con cera. Los edificios de cinco, seis pisos, parecen haber sido traídos a Sofía íntegros desde el Occidente. Estilo moderno germano, gris, geométrico, neutro. En los viejos edificios, se nota la arquitectura francesa. Un *Renaissance* arrugado con flores prestadas a los palacios rusos.

La monumental catedral de Alejandro Newski, de granito y mármol, nos atrae bajo su cúpula inmensa, bóveda ancha y el techo pintado en colores propios de pinturas evangélicas. No son esquemas rojos de santos anquilosados, ni aureolas convencionales. Jesús y los apóstoles son hechos de trazos espirituales en episodios que pueden ser contemporáneos. Cerca del altar, al lado del comulgatorio acorazado en oro y plata, en un púlpito fijado en lo alto de la pared en forma de nido, predica un sacerdote. Debajo del púlpito, la multitud se halla aglomerada como si fuera una manada de ovejitas; si no fuera la pintura de las paredes sobre las cuales se han sembrado santos y vírgenes, la iglesia parecería desierta por su tamaño. Esto me recuerda las cátedras rusas y las rojas inscripciones de los nuevos fanáticos: "La religión es el opio de los pueblos".

La creencia religiosa del pueblo búlgaro es menos supersticiosa que la de los "mujiks" de las estepas moscovitas. Si el poder del clero de Bulgaria es evidente (el palacio del sínodo está al lado de la catedral Newski, cuyos ornamentos se hallan esmaltados) tiene, no obstante, una esencia nacional y también económica. El sacerdote no puede ser en nuestros días un pastor de almas a quien se ha de besar humildemente la mano, tal como se hacía en otros tiempos. Hasta en las aldeas, el sacerdote debe ser hombre público. Las cooperativas agrícolas, los bancos populares, son, con frecuencia, obras del sacerdote, el que no puede ir a la zaga del maestro activo y del escribano, experto en la interpretación de las leyes terrenales. La ley divina baja del cielo, actuando entre las necesidades cotidianas del pueblo. Y, conservando el sagrado aceite del altar, la Iglesia continúa manteniéndose en el poder. Es el tercer puntal del Estado, al lado del Ejército y de la Justicia. ¿Hasta cuándo?...

SANTA SOFÍA

A la derecha de la catedral está Santa Sofía, la primera iglesia búlgara, edificada en el siglo VI, a la que ni el fuego, ni los turcos pudieron destruirla del todo. En el exterior se ven las últimas huellas de los primeros muros entre los hoyos frescos. En el interior, todo está renovado: las paredes están blanqueadas, esperando la pintura. Mejor sería si quedaran limpias, inmaculadas. Una tapa en el suelo pavimentado indica la entrada en las catacumbas. Bajo la ira del dogal resistieron los antiguos cristianos prendiendo los candiles de la fe, subterráneamente, o en las grutas de los Balcanes abruptas. Era otra creencia heroica, más cercana a la de los primeros cristianos.

Detrás de la basílica, en un montecillo de arbustos, hay dos bloques de piedra sin cincelar, los cuales han sido traídos hasta allí desde las montañas dando tumbos. Debajo de esos bloques ha querido ser sepultado Iván Vazoff, el poeta de la liberación nacional (1850-1921). Un poco más allá, la estatua ecuestre de Alejandro II de Rusia, "El Zar libertador". En el pedestal repleto de figuras, no hemos visto el "dorobantzul"⁹ rumano que en 1877 dio el golpe de gracia. Cuando le dije a Kovacev que ese "Zar libertador", instigado por los turcos, ha llamado, desesperadamente, a Carol I de Rumania diciéndole: "Venga como quiera, pase el Danubio por donde quiera"... Mi amigo sonrió:

– Se sabe aquí qué actitud adoptó Rumania en la liberación de Bulgaria. Se sabe, pero no se dice.

– La historia nacional está escrita de un modo distinto a la verdadera historia de los pueblos y de la humanidad.

EL MUSEO ETNOGRÁFICO

Alrededor de la estatua, como sobre una escena giratoria, hay instituciones oficiales. La Sobrania¹⁰ en la que tantos disparos de revólver se hicieron, está ahí. Luego el edificio del Ministerio del Exterior y el Rectorado Universitario. El Museo Etnográfico se halla apretujado entre casas particulares, insignificante en la parte exterior, pero en el interior lleno desde el sótano hasta el techo. He atravesado las entradas estrechas, subiendo las angostas escaleras de madera y he visto centenares de figuras bien modeladas, maniqués vestidos en costumbres coleccionadas de todos los ámbitos del país, la policromía sumaria pero sugestiva del pueblo búlgaro con todas sus clases sociales, con sus particularidades étnicas, con su arte doméstico y ornamentos diestramente ejecutados, con aldeas en miniatura, con su industria privada de los bosques, con montañas salvajes, pero ricas en su interior en sales, carbón y aguas curativas. El algunos cuartitos están reunidas fotografías y escenas de la vida de los revolucionarios: Racovski, Botteff... Un pequeño cañón, construido en su totalidad de madera de cerezo, constituye el testimonio de las luchas del siglo XVIII, cuando los rebeldes se retiraban en el corazón de los Balcanes para arrojar después, cual aves de rapiña, sobre los tiranos de fez. Es una rara mezcla de rifles y de prensas clandestinas, de puñales e impresos que han sido manipulados por intelectuales, fanáticos de la Libertad, cuyas cabezas cayeron bajo los golpes del sable si es que no tuvieron que exilarse en los países vecinos, donde, a la espera de la revolución nacional de su patria, trabajaron (tal vez sin quejarse), en la preparación de la revolución social.

...Y UN FUTURO MUSEO

Abandoné el museo y la plaza del Zar, para visitar, allá lejos, a un lado del boulevard Donbukov, la sede de la Editorial Cooperativa "Posrednik" y la redacción de *Svoboda*. Imagínense un cubo hecho de ladrillos, apoyado en pilares de cemento armado, aun sin terminar, sin techo, y sin ser revocado. Dos locales superpuestos en los cuales apenas hay lugar para el taller tipográfico, la máquina, el depósito de libros y, entre biombos con estantes, entre cuatro metros cuadrados, la redacción y la administración del diario. De allí se distribuyen en los demás países libros y

⁹ Dorobantzul: soldado de infantería de Rumania.

¹⁰ Sobrania: el parlamento búlgaro. (N. del T.).

folletos: Kropotkin, Henri George, Gandhi, Rolland, Tagore, Pierre Ramus, Andrés Latzko y, como el pan de cada día, las obras de Tolstoi, en ediciones económicas y bien conservadas. Allá se reúne, como en una caja de radio, las ondas planetarias de la solidaridad, de la fraternidad y de la cultura.

Los nuevos luchadores no tienen, como los revolucionarios del siglo pasado, pistolas y cañones de madera. La letra de plomo es más eficaz que la bala. La palabra de paz y de amor resiste a través del éter y bajo la presión de la tiranía estatal y capitalista... Fortines como los enunciados se multiplican cada vez más, los cuales se encuentran en edificios aun no terminados, tal como lo son los *Posrednik* y *Svoboda*. Parece que los veo también a ellos multiplicados -no en miniatura, porque son ya bastantes pequeños en su tamaño natural- para ser colocados (¿en el siglo venidero?) en un museo etnográfico, al lado de los cuartitos de los revolucionarios románticos. Los ideales de hoy, "utopías" universalistas, tendrán, en breve, hondas raíces en la tierra, abundantemente alimentada con sangre humana.

HABLA ESTEBAN ANDREICIN, EL TOLSTOIANO

Por la tarde, unos diez camaradas, nos dirigimos hacia el jardín público. Nos permitimos ese descanso dominical que no ahoga los anhelos del corazón, ni tampoco la meticulosa fatiga del pensamiento. Nuestro grupo se deshace en parejas, de acuerdo con la preferencia de la discusión y de la pregunta planteada. Somos allí de todas las tendencias: desde las tolstoianas hasta los anarcosindicalistas, y de todas las edades: desde el adolescente que apenas ha terminado de cursar el liceo hasta el anciano que se acaricia las barbas. Pasamos por ente las filas de flores, al lado de los bustos en torno de los cuales brincan los niños. Rodeamos las pequeñas glorietas; los bancos están ocupados por lectores: hay más lectores de libros que de diarios. Me parece que he pasado por el lado de un lago en el que había niveos cisnes. El jardín se está convirtiendo en porque: los árboles filtran la luz solar. Cuando llegamos al huerto que se prolonga, lejos, hasta un bosquecillo, nuestros pasos se internan en el pasto. Caminamos, pausadamente, en medio del aire salubre y silencioso y, sin darnos cuenta, de nuevo nos hemos reunido alrededor de Esteban Andreicin, como los escolares que siguen al maestro. Su meditación, la que también es una confesión, adquiere voz flexible y cálida como una consolación. Diucev me la interpreta con palabra tras otra:

– Me he elevado hacia el espíritu de aquella religión que se halla por encima de las ideas particulares -dice-, por encima de las luchas entre individuos y pueblos. Es la religión del Amor Universal. Esta religión me ha inducido a ser un devoto de la paz y a negar, desde lo más profundo del espíritu, cualquier guerra. De ahí que soy solidario con todos los que trabajan en pro de la paz, con los proletarios de todo el mundo que luchan contra los representantes de una tradición que considera la guerra como factor decisivo en las discusiones entre los pueblos. Los veo, los siento y los bendigo... La religión del amor me impone una opinión hasta cierto punto distinta en lo que concierne a la lucha llevada por los pacifistas para combatir la guerra. Creo que la guerra es una consecuencia de las malas relaciones entre los hombres. Estas malas relaciones son síntomas del egoísmo, del materialismo, de la vida individual y de toda la sociedad humana. La etiología que determina la guerra está en el corazón y en el espíritu de los hombres. ¿Acaso todos los deseos y todas las acciones no arrancan del corazón de las gentes?... Un hombre de hábitos violentos y el que comprende la vida como una lucha egoísta para la existencia individual, no puede refrenarse para no sacar provecho de todos los medios cruentos de los demás semejantes. Porque, para que esta clase de semejantes pueda vivir en paz con sus semejantes, debe perder los hábitos brutales y violentos, debe cambiar también la manera de comprender la vida... No basta sacudir el árbol que da frutos venenosos; los mismos frutos dará aunque lo cortemos, porque de sus raíces saldrán nuevos brotes y volverá a

producir los mismos frutos de antes. Es necesario ennoblecer el árbol y después tendremos buenos frutos. Si tenemos un monte de árboles que producen frutas silvestres, cada uno de ellos debe ser ennoblecido si queremos tener otra clase de frutas... El monte es un conjunto de árboles, siendo la sociedad humana un conjunto de individuos. Para alejar la maldad de la sociedad, tienen que desaparecer, los hombres de hábitos violentos. Tendrán que nacer otros hombres, los cuales puedan comprender la vida como amor, como ayuda mutua, haciendo desaparecer esos hábitos. Y esto sólo es posible lograrlo mediante la educación individual, en el espíritu de la religión del amor. Esta educación hará desaparecer esos hábitos, convirtiéndolos de violentos en serenos, tolerantes, pacíficos. Entonces cambiará también el modo de comprender la vida; asimismo, cambiarán las relaciones entre los pueblos... He aquí por qué creo que la guerra sólo podrá ser alejada mediante la educación de los hombres en la religión del amor y del ennoblecimiento del espíritu y de la conciencia de cada uno".

Penetramos en el bosquecillo por un caminito en el que había crecido gramilla, Andreicin desarrolla su fe o creencia en medio de nuestro atento silencio.

– Puede decirse que la guerra constituye un crimen contra la humanidad. No puede, empero, formarse solamente un frente especial contra la guerra. Este no es más que un efecto. Sus causas -repito- radican en los malos pensamientos, en los deseos y en las malas acciones de los hombres, deseos y acciones que emergen de la equívoca interpretación de la vida y de su concepción como lucha fratricida. Los que anhelan que la paz impere entre los hombres, deben superarse a sí mismos, ennoblecerse en el espíritu del amor. Mediante estas perseverancias, influenciará y ayudará a los demás semejantes, puesto que los medios intelectuales y materiales están en nuestros días lo suficientemente progresados... Los pacifistas son los hombres de la fraternidad y de la libertad. En ellos mismos deben extirpar todas las ideas particularistas de religión, de clases, de nacionalidad, de Estado, para que se sienta partidario de la sociedad humana universal. Porque únicamente el hombre que se ha librado de sus primarios impulsos y violencias podrá resistir en el huracán de la guerra; solamente el que se ha perfeccionado en el amor podrá escapar a la influencia de la acción brutal del rebaño. Las perseverancias de los pacifistas deben ser orientadas primero hacia la autoeducación, después hacia la educación de los demás, para conservar las cualidades necesarias que requiere la estabilidad de una sociedad humana pacifista. La guerra desaparecerá entonces de por sí..."

Algunos de nosotros hubiéramos querido contestarle. Sin embargo, hemos respetado el pensamiento puro del anciano tolstoiano.

En el fondo de cada uno de los desórdenes -agregó Andreicin- de cualquier calamidad de la vida social, se encuentra latente el ser humano violento, ambicioso, cruel. Ella se halla bien oculta en esas organizaciones complejas denominadas Estados, naciones. Los intereses personales se llaman de la nación y los de la nación intereses del Estado. Estas son ideas abstractas, destinadas a ocultar los apetitos, las aspiraciones y acciones de unos individuos. Para que una nación pueda existir por sí misma, ella debiera estar tan unida como un ser humano. Esto no tendrá lugar nunca. El Estado tampoco podrá existir por sí mismo como una organización y como una finalidad. Bajo todos los fines de la "nación" y del "Estado" se ven claramente intereses de determinadas personas... Así es, pues, cómo los hombres se han creado estos dos ídolos falsos, existiendo, por consiguiente, "grandes" causas que determinan la guerra. Si un hombre ataca, mata y roba en defensa de sus propios intereses, todos los demás lo condenan. Lo mismo sucede cuando un grupo de individuos roba y mata en su propio interés. Pero, para enmascarar el feo aspecto de estas cosas no se ha encontrado algo mejor que los biombos del nacionalismo y del Estado... Esta es la verdad, la que debemos comunicarle a nuestro propio espíritu, a fin de destruir la idea nacionalista y estatista. La experiencia de la vida histórica demuestra de un modo categórico las distintas aspiraciones y hechos contradictorios de los Estados y de las naciones. Estas supersticiones deben ser alejadas para que desaparezca también la guerra... "El pacifista que se cree que forma parte de

una nación determinada o de un Estado, no es un pacifista de verdad. Es necesario unificarlo todo".

La voz de Esteban Andreicin vibraba gravemente, proféticamente. Después agregó:

– Cuando un ser humano se considera divorciado de los demás, comete un crimen. La nación es la que incurre en crimen, por creerse divorciada de las demás. El Estado comete crímenes - siendo la guerra el más grande-, por creerse divorciado de los demás Estados... "Para que el crimen desaparezca entre los individuos, es necesario que el individuo se sienta más unido a los demás. Para que desaparezcan los crímenes nacionales, la nación debe sentirse más unida a las demás. Para que en estas últimas desaparezcan los crímenes estatales, el Estado debe sentirse más unido a los demás Estados".

Y estos pensamientos lapidarios, que se unían uno a otro como los anillos de una cadena, fueron repentinamente resumidos en una conclusión sin réplica:

– Esto significa: no existen individuos, no existen Estados, no existen naciones. ¡Existen solamente hermanos con el mismo derecho de vivir, existe solamente una humanidad! Esta es la base fundamental de todo pacifista.

EL ESTADIO NUEVO

Un codo del caminito nos aproxima de nuevo a la ciudad, cuya techumbre se veía a través de los árboles. A la izquierda, entre terrenos vacíos y huertos, está el estadio blanco y largo, como si fuera una ruina desenterrada. Recuerdo que había prometido al profesor Weinstein que estaré allí a las 5, al reunirse los cinco mil gimnastas de la sociedad "Macabi". No pude agradecer de otra manera a Esteban Andreicin que con un apretón de mano. Sus sabías palabras no tienen necesidad de comentarios, porque el obsequio del corazón y del pensamiento se recibe con silenciosa gratitud.

Partí con Gudulev y Delkinov. Al llegar, la fanfarria militar en el mismo estrado donde se encontraba la orquesta deportiva, hacía resonar sus acordes bajo un sol ardiente. El sonido de los instrumentos musicales producidos por el tambor, el violín y la flauta, me pareció -de acuerdo con el murmullo que una vez he sentido en el bosquecillo- como uno de esos tan-tanes africanos que llama a la tribu a la reunión para festejar el ritual. Los ídolos pintados eran reemplazados por abstracciones sociales; patria, nación, Estado, pese al hecho de ser esa manifestación, casualmente, hebrea.

Los escalones ovales, los bancos y las tribunas de madera de la terraza del estadio podrían contener algunos cincuenta mil espectadores. Aproximadamente, casi toda la población israelita de Bulgaria envió su juventud ataviada en franelas y culotes, para demostrar -en figuras colectivas y en la arena- que Israel no sólo renace labrando el suelo de la Tierra Santa. Renace por doquier donde los "ghettos" han sido alargados y ventilados en sus cuerpos esbeltos, con sus músculos duros y rostros rosados.

Y los grupos salían de debajo de las tribunas donde estaba la banda militar, marcando el paso al compás y balanceándose paralelamente al movimiento de sus brazos desnudos. Niños de diez, de trece años con banderitas búlgaras a la derecha y con la bandera blanca azul a la izquierda. Estudiantes secundarios -muchachas y jóvenes- en filas que se doblaban y entreveraban, con gestos simultáneos, dibujaban esa geometría rítmica en la que el individuo es el punto de una línea. Y los jóvenes de veinte años destacaban sus brazos y caderas en la

áurea luz, en el juego brusco y automático que obedecía al comando que tenía la misma sonoridad que la del cuartel.

¿Le será más fácil soportar el servicio militar después de un año o dos? Estos ejercicios físicos colectivos están saturados de espíritu militarista. Muchas otras sociedades deportivas búlgaras que irán al estadio por turno, no son en realidad más que moldes del fascismo con uniformes pintorescos, como pintorescas son las rojas túnicas que cuelgan de los hombros de los delegados de la sociedad “Rodna Zastita”. Las autoridades comunales y gubernamentales están allí, en la tribuna alfombrada, las cuales no ahorran elogios ni felicitaciones a los hebreos notables que también se pusieron el circunstancial gorro blanco-azul de los Macabeos.

HABLA OTRO TOLSTOIANO

Estoy entre el profesor Weinstein y Delkinov. Este último contempla el espectáculo con una cara triste, de compasión. No es necesario preguntar a este pacífico atleta, que no podría ser derribado por el más hábil de los Macabeos, qué piensa en este momento. Cuando el profesor-delegado le dice que el deporte constituye un paso hacia la regeneración física de los hebreos, le contesta pausadamente, transmitiéndole, por intermedio de esa comunión telepática, mis propios pensamientos:

– Para el pueblo de la Biblia -dice- este deporte simiesco significa más bien un paso hacia atrás. ¿Quieren purificar la sangre y fortificar los pulmones de sus escolares? Llévenlos al monte, a paseos instructivos; a las montañas, en excursiones, en las cuales se fortificarán también los músculos. ¿Quieren que ellos tengan un cuerpo elástico, resistente, valeroso y ampliarles el concepto acerca de la vida? Lleven a la juventud al campo, para que cave la tierra, are y siembre. Ponganla a trabajar en las carreteras, a llevar piedras, a levantar edificios para escuelas, hospitales y asilos para huérfanos y ancianos. O para que trabaje en los talleres lo que más le guste, no más tiempo de lo que dedican a esta clase de deportes, que en su desnudez teatral, en sus ceremonias militares, ocultan los gérmenes de la violencia, del gregarismo, del nacionalismo que no tiene otra finalidad que la guerra... Nosotros los tolstoianos, tenemos compromisos contraídos con la Biblia. Por eso es que les expresamos, abiertamente, nuestro pensamiento. El Sionismo político con una nueva bandera, con un nacionalismo virulento (porque es fresco, injertado en el tronco milenarista de Israel), con un Estado que será tan egoísta, tan militarista como los demás, no es, ciertamente, ningún “ideal”. Esa es una herejía indigna de los profetas... ¿Debe, acaso, ser abandonado el mesianismo de los que proclamaron la unidad humana y divina? Nosotros, cristianos sin iglesias, sabemos que Cristo enalteció la moral judaica, purificándola del fariseísmo y ofreciéndola a la humanidad sufriente y pobre como un remedio espiritual, como una protección de la conciencia. El Sionismo, en lugar de ser la voz de adhesión de todos aquellos a los cuales la evolución histórica los ha hecho vanguardias del hombre universal, se ha convertido en una fórmula política. ¿Saben ustedes lo que es política?: un juego de “fut-bol”, en el cual los Estados se aglomeran y golpean, mutuamente, sin compasión alguna, por una pelota de oro... El pueblo hebreo tiene, sin embargo, un tesoro mucho más precioso que todas las pelotas nacionales: un Libro, el que lo salvó en el exilio y que también, de acuerdo con el Nuevo Testamento, salvará a la humanidad, cuando su letra será espíritu, cuando su palabra será hecho por doquier.

EL MISMO DESFILE

Hacia el atardecer, los tres mil *boy scouts* y gimnastas macabeos desfilaron por las calles centrales, cada uno de los grupos con el letrero de su respectiva localidad: Vidin, Sumla, Plovdiv, Russe, Varna, Jampol. Sus fanfarrias daban a sus pasos un ritmo triunfal. Entre un doble muro de numerosos espectadores (los domingos, los bulevares están llenos de multitudes que se pasean, largamente), pasaban los descendientes de un pueblo al cual los milenios no lo envejecieron, porque posee el don del mimetismo social, permaneciendo siempre el mismo. Pueblo que adquiere el color de los países en los cuales se radica, y el que, sin embargo, es universal; pueblo que envía a sus "pioneers" por todas partes, en las primeras filas de la cultura, de la técnica y del mercantilismo, pero también de la revolución. Pueblo cuyos hijos se mataron recíprocamente en tantos frentes de la guerra europea, bajo las banderas nacionales.

Ahora los macabeos desfilan con la bandera celeste-azul. Sus canciones resuenan con claridad en el espacio. Tanta vida tierna, en pechos sanos y frentes altas. Esperanzas y amores, cuyos chispazos sorprenden el rostro bronceado, cuando pasan por el cono vibratorio de las lamparitas eléctricas, delante de los ojos serios de las muchachas. Pero Duicev, incansable traductor, me reproduce en francés algún verso de esas poesías nacional-israelitas, cantadas en búlgaro; desgraciadamente, ellas no están en el idioma puro, eternamente humano: *Patria... Sacrificio... Con nuestra sangre defenderemos... Los enemigos...*

Tuve entonces el sentido de la humillación. Me pareció que un hombre inteligente, que ha podido ver mejor que otros los secretos de la vida, quien ha resistido con su espíritu en un mundo bárbaro, se deja decapitar antes que le pongan sobre el pescuezo un disco fonográfico que da vueltas, moliendo aires patrióticos en una estéril obsesión sanguinaria. Esta visión, que Andrés Latzko evocó de una manera impresionante en una de sus novelas¹¹ me dio la impresión de que esa tarde, el Círculo Militar de Sofia se besaba, desde la sombra, con sus pilares de piedra, satisfecho de la tenida militar de las nuevas generaciones. Allí -y en todas partes donde reina el Sable y el Dinero- las nuevas generaciones tienen el mismo paso soberbio, provocador, y sus canciones resuenan lo mismo en el idioma nacional que ese vocabulario pobre y estúpido de una murmuración hechicera...

Y LOS SOLITARIOS CREYENTES

Pero la prédica oída en la tarde límpida en el bosquecillo, me vino en la mente con mansa insistencia. El grupo solitario que estaba rodeando a Esteban Andreicin me pareció una isla de paz en medio de la inquietud de una sociedad, en la que los rebaños humanos son dirigidos por demagogos, para que fueran trasquilados en los rediles de los explotadores y luego arrojados en los mataderos de los tiranos. Son islas que salen de las profundidades populares -en todos los países y en todos los siglos- y mantienen la fe en la emancipación, en el deseo de la libertad y de perfección. Su llamado no tiene la sugestión de las sirenas que prometen la felicidad, para encadenar y matar a los esclavos de las pasiones. Sus velas titilan en la noche de la ignorancia y de los sufrimientos humanos. Cada uno de los recién llegados es recibido sin ser preguntado quién es y de dónde viene. Porque la verdad atrae a la verdad, y la fraternidad, como el amor, cree en los gestos creadores, en la actividad productiva.

Y de nuevo me encuentro entre los camaradas, en la misma mesa sobre la cual vela Tolstoi con los pies descalzos en el pasto. Algunas nuevas figuras se encontraban en el lugar de los que

¹¹ La editorial Postrednik, ha publicado en estos días la versión búlgara *A los hombres de la guerra*, de A. Latzko.

habían ido a la escuela, al huerto, a la montaña o a su terruño del campo. De nuevo he retardado allí, creando en nosotros mismos, en nuestra ferviente solidaridad, un mundo en el cual los escépticos y caprichosos lo creen utópico, pero el que ya tantos lo *vivieron* antes de nosotros. Porque ese mundo tiene sus raigambres prendidas en las realidades del destino terrenal (el cual es algo *distinto* a la esclavitud y la masacre) y tiende, como un árbol con los brazos llenos de hojas que susurran, hacia los infinitos, donde la vida triunfa en las armonías astrales...

CAPÍTULO V

HOMBRES, HUMANIDAD

Lunes, 1º de septiembre de 1930.

Quinto día en Bulgaria. Me parece que me encuentro en ella hace mucho tiempo, pues no podría decir que he visto todo lo que se podría enseñar a un turista, apresurado en visitar los museos, las instituciones, las regiones pictóricas y las "curiosidades" especiales. No ando a la búsqueda de imágenes, para llenar el vacío espiritual de los aburridos que no saben qué hacer con las manos y los sesos.

Busco hombres en los cuales podamos ver el mundo que deseamos nosotros, los sedientos de humanidad. El mundo tal como es, se me manifiesta en cualquier momento. Que no nos ironicen los escépticos y los realistas que se creen inteligentes y prácticos porque ven la "maldad" de los semejantes y nada hacen para convertirla en bondad; porque ven el "egoísmo" de cada uno y todo lo consagran a su egoísmo feroz; porque ven que la sociedad contemporánea está basada sobre la mentira, el odio, la injusticia y la violencia y, no obstante, contribuyen con su indiferencia, con su servilismo, al mantenimiento de unos ídolos parasitarios que succionan el cuerpo del pueblo... ¡No! Prefiero antes no conocer los museos y los monumentos de la capital, los conventos arcaicos anidados en las montañas y las ruinas históricas conservadas cual pergaminos de la nobleza. Yo busco la vida que se manifiesta en innúmeras figuras, la esperanza que late en los corazones, el pensamiento que trabaja acicateado por la necesidad de crear y la fe que idealiza.

En el decurso de esa mañana, no me he preguntado dónde iré, qué es lo que debo ver aún. Estaba en el cuarto del hotel como si hubiera estado en mi propia casa. Porque mi universo está en mí, con sus imperativos y consolaciones. Y he trabajado como de costumbre, porque yo no me he despojado de mi profesión, como sí fuera un funcionario de vacaciones. Recién instantes antes del almuerzo me apoyé en la ventana, y el boulevard me apareció bullicioso con su tráfico, con sus peatones, como si lo viera por primera vez. El es igual a las calles de todas partes; el reloj de la existencia cotidiana es implacable, uniforme para todos los idiomas y religiones, para todas las naciones y razas: ellas cubren, pues, los mismos hechos, desnudos en su igualitaria suerte.

DESCANSO DE UNA REDACCIÓN

Cuando Kovacev y Duicev regresaron de sus tareas, me hice acompañar. Después de atravesar algunas calles comerciales -satisfecho con la presencia de esos camaradas, a quienes se les puede manifestar el pensamiento como si uno se lo dijera a sí mismo- me encontré en la oficina de la Editorial Ignateff y luego en la redacción del periódico literario *Misel* (El Pensamiento). El elevado tiraje de esta publicación no es mantenido como en el Occidente, y también en Bucarest, mediante la publicidad rentable, sino que por el simple hecho de que en Bulgaria se lee. La hoja impresa es buscada, y si está bien escrita -no "sensacionalmente" llena-se abre camino hasta la aldea más lejana; ella no llega sólo a la mesa del maestro o a la biblioteca comunal, sino también al hogar del campesino, quién, a la luz de un quinqué, lo deletrea con el mismo esfuerzo que durante el día en sus actividades rurales.

Vladimir Rusalief, redactor de *Misel*, me acosa con preguntas. No me es posible contestarle a todas ellas. Algunas me parecen tan profundas que me sorprende no estar preparado para contestarlas. ¿Las relaciones literarias búlgaro-rumanas, por ejemplo?... Mis colegas búlgaros saben más de la literatura rumana que mis colegas rumanos de la búlgara. Nuestros vecinos -a los cuales las herejías políticas los tienen en la incredulidad o indiferencia, pues ellos no tienen nada que perder- produjeron obras de pensamiento y de arte, sin duda no inferiores a las que llegan con el Expreso Oriente de París o Berlín. Los valores culturales parecen más respetables, cuando llevan etiqueta occidental. ¡Cuántas etiquetas no cubren, sin embargo, una mercadería fabricada en series para "primitivos", quienes creen que el vidrio colorado es más valioso que los diamantes, que recogen entre las rocas de su país natal!...

Rusalief me pregunta cuáles son las tendencias dominantes en la literatura rumana. Le hago una exposición objetiva (¿puede ser objetivo un literato, cuando habla de sus colegas?).

– Les digo, empero, con toda sinceridad, que hoy no podemos apreciar las literaturas nacionales, no sólo según sus valores étnicos, sino también según sus valores universales involucrados en sus "específicos". No dudo en declarar que, desde este punto de vista, la literatura rumana recién después de la guerra comenzó a tener cierta ampliación europea. Estamos al principio. Buscamos el camino. Ensayamos en todos los aspectos.

HACIA LA FEDERACIÓN BALCÁNICA

Rusalief me trae su colección de *Misel*. En ella encuentro nombres rumanos, traducciones y artículos informativos. En seis números se han reproducido de *Umanitarismul* las respuestas de los 37 profesores y literatos de Rumania, relacionadas con la encuesta: "Los Caminos de la Paz".

– El interés provocado por esa encuesta -dice el redactor- nos ha inducido a que nosotros hiciéramos una igual en Bulgaria. Una de las páginas del periódico la dedicaremos a los problemas internacionales. He aquí por qué se puede crear ese interés superior de conocimiento y emulación recíprocos.

– Reconozco -le replico- que en Rumania no se ha hecho casi nada para el acercamiento cultural de los países balcánicos. Las relaciones políticas y económicas entre ellos no han

contribuido a ese ponderable cambio que forma la vida espiritual y moral de un pueblo.¹² Los publicistas rumanos que pasaron por Bulgaria me dieron menos informaciones que V. Christu, un publicista rumano, macedoniano, quien me explicaba, número tras número, las publicaciones que me han sido remitidas: *Svoboda*, *Vazrajdanie*, *Misel*, las que mantuvieron conmigo y sus agrupaciones relaciones cuyos beneficios se constatan ahora... Los resultados de las relaciones entre los pueblos vecinos dependen de la sinceridad de los informadores y del buen sentido de cada uno de ellos. Necesitamos, pues, “pioneers” que nos enseñen la verdad acerca de la vida de los pueblos vecinos. La verdad pura, social y humana. Si las investigaciones del profesor y literato E. Bucuta acerca de los rumanos del Valle de Timoc pueden interesar desde el punto de vista del nacionalismo integral, las disputas lingüísticas de los eslavistas de la Universidad son estériles, en la misma forma que las controversias históricas relacionadas con el imperio rumano-búlgaro de Asan (del cual ya hemos aprendido en los cursos del Liceo) y al que un intelectual búlgaro, en una conversación casual en el tren, lo niega categóricamente, considerándolo como un “absurdo”. Lo absurdo es, sin embargo, enturbiar las aguas del presente, persiguiendo quién sabe qué reminiscencias seculares, las que en nuestros días no dan a nadie derechos absolutos o supremacías nobiliarias. Lo que se impone en la actualidad, como necesidad y como progreso, es la Federación Balcánica, a la que los patrones políticos del Occidente la consideran imposible. Perderían ellos un inagotable pretexto para sus rezongos diplomáticos. La Federación Balcánica puede ser el principio de la federación europea. Pero la base de la misma debe ser la comunidad cultural y ética. Si los historiadores leyeran el pasado de los pueblos balcánicos de una manera distinta a la que les imponen “los intereses estatales”, entonces ellos reconocerían que esos pueblos tienen recuerdos comunes, que todos tuvieron que luchar por su independencia contra el dominio musulmán y que el parentesco verdadero se manifiesta también en el folklore, en costumbres, en la vida de cada día. Estas afinidades étnicas de los pueblos balcánicos deben hacerse conocer a los escritores impacientes de celebridad occidental¹³ y a los sabios, que saben descifrar viejos documentos pero que ignoran o no quien ver el desquicio de la actualidad. La Federación Balcánica sería una realidad activa con el concurso de la tenaz voluntad de los intelectuales, quienes podrían demostrar a sus pueblos que los intereses políticos de los dirigentes son astutos, pasajeros. Permanentes son, en cambio, los intereses de los pueblos, englobados en la unidad orgánica y espiritual de la humanidad.

– ¿Los intelectuales? ¿La tenaz voluntad de los intelectuales? Y el redactor de *Misel*, socialista revolucionario, me parece que tuvo un gesto negativo.

LA CRISIS DEL INTELLECTUALISMO

La discusión se deslizó hacia otro problema. Los verdaderos intelectuales -de los cuales existen muchos en Bulgaria y también en los países considerados semi-civilizados- son pensadores activos y luchadores por el progreso social y cultural. Ellos no son vanidosos ni exhibicionistas como los literatos del Occidente, a quienes las ideas cultivadas en forma tan abstracta que hasta deshumanizan la razón, los paraliza en el escepticismo o arrastra al conformismo venal.

Las crisis del intelectualismo en la post-guerra constituye el punto neurálgico hacia el cual convergen todos los demás problemas sociales y espirituales. De esta cuestión me he ocupado

¹² Recién en 1932, después de unas visitas recíprocas entre profesores, literatos y hombres políticos, se constituyeron en Bucarest y Sofía algunas asociaciones de acercamiento rumano-búlgaro.

¹³ Un literato francés, como Philéas Lebesgue, inteligencia universalmente conocida, ya nos demostró lo que podrían hacer los literatos de los Balcanes. El mismo ha publicado una antología de la poesía popular yugoslava, una novela griega: *Kalahori*, y un poema: *Le don suprême*, de la época de los Drusos, el cual lo llevó al estudio comparativo de la leyenda *El maestro* Manolo, en el folklore balcánico y occidental.

extensamente en algunos volúmenes aparecidos en 1920-1923¹⁴. Ella ha sido muy discutida, no entonces, sino con motivo de la aparición de la obra de Julien Benda: *La Trahison des Clercs*. Todas estas discusiones confirmaron el problema planteado por mí en los últimos cinco o seis años. Es verdad que los intelectuales traicionaron los ideales superiores de la cultura y de la humanidad y que empezaron a servir hipócritamente los “ideales” fugaces negando las realidades espirituales con una violencia que, sin embargo, comprueba que ellos tienen conciencia de este trágico conflicto. No creo motivo suficiente evocar el factor económico para disculpar esta traición. En épocas peores, más oscurantistas que la de nuestros días, los intelectuales que eran “servidores del espíritu” gritaron la verdad, poniéndose del lado del pueblo contra los tiranos. Si hoy la crisis del intelectualismo es tan dolorosamente sentida, ello se debe a la interdependencia del intelectual en todos los terrenos. No debe olvidarse que el intelectual, por su mezcla en las clases sociales, naciones y razas, es lo que el sistema nervioso ante el resto del organismo. La misión del intelectual consiste en armonizar las tendencias individuales y sociales en el cuadro vivo, notoriamente crecientes, de los intereses y aspiraciones generales de la humanidad... Para mí, éste es el único criterio que conduce a encontrar la significación de la crisis del intelectualismo. El mismo criterio es el que me indica para la solución de esa crisis: La constitución de la Internacional de los Intelectuales, a la que en la post-guerra pidió un R. Rolland, un Einstein, un G. Fr. Nicolai, un Barbusse. Yo he intentado fundarla sobre una concepción total del humanitarismo. Una expresión práctica y una garantía para la acción de los intelectuales sería la Internacional Pacifista. La esencia de este frente pacifista mundial no sería otro que éste: Reacción del espíritu creador y de la humanidad laboriosa en contra de cualquier violencia en el dominio social, en contra de cualquier intolerancia en el dominio moral, religioso y cultural.

“LA MORAL”

Pero es necesario que hable de la crisis del intelectualismo a algunos camaradas que le han encontrado el remedio. De hecho, esos intelectuales -entre los cuales me encuentro de nuevo, en la mesa común del restaurante de la Unión Vegetariana- son idealistas activos, a quienes la vida, sobre todo, tiene una significación moral. Entre ellos me he convencido de que la moral no es una palabra comprometedora, a la que los positivistas la evitan y los “inteligentes” la ironizan.

La moral es algo distinto al código de las virtudes que puede ser exhibido en la “buena sociedad”, para ser luego negada en la intimidad, con los hechos. La hipocresía de la moral social se impone, incesantemente, como los furúnculos en el cuerpo cuya sangre está descompuesta. Pero para esos creyentes libres de dogmas eclesiásticos, la moral no se reduce a una serie de preceptos que los educadores racionalistas los repiten secamente, imperativamente, desde la cátedra. Su moral es una práctica cotidiana y ella consiste en el esfuerzo incesante de perfeccionamiento propio. Las ideologías no tienen para ellos otro valor que el que es confirmado por las propias experiencias. La más alta concepción ética no es viable si ella no es aplicada a la práctica de tu vida personal. Un sistema metafísico, una cosmogonía grandiosa, pueden ser admiradas, pero el gesto, por humilde que fuera, y que transforma la idea en hechos, en hechos que confirman tu *realización*, en hechos que por muy poco que aminoran el sufrimiento, la injusticia, la ignorancia de tu alrededor, ese gesto de tu conciencia contribuye a hacer mejor y más bella la existencia.

Esto lo he sentido entre profesores, literatos, médicos y estudiantes que no se alejaron de la naturaleza, entre estos trabajadores íntegros que piensan, aun teniendo sus manos ocupadas con herramientas. El antagonismo entre el trabajo manual y el intelectual es artificial y no

¹⁴ “El Humanitarismo y la Internacional de los Intelectuales”; “Columnas entre ruinas”, etc.

orgánico. El es proclamado por los ociosos, por los “juiseurs” que se refugian en la “torre de marfil” del arte o en la biblioteca del pensamiento abstracto. El arte, empero, está en deuda con la vida natural. Las creaciones estéticas adquieren comprensión solamente entonces, cuando ellas están encuadradas dentro de las realidades terrenales y universales, en la misma forma que las obras del pensamiento.

EL GRAN ARTE

Cuando pregunté si entre ellos se discutía la cuestión del arte por el arte mismo o del arte con tendencia, la sonrisa de los camaradas me hizo comprender que esa cuestión era vieja y que giraba en un círculo vicioso.

– Tal como es ella formulada -me dice un estudiante en letras- el problema no puede ser siquiera discutido. Precisamente, “el arte por el arte” indica una tendencia. En el arte, como en la vida, todo es tendencia.

– El arte es vida -replicó su vecino.

– Si a un poeta se le quita las imágenes de la naturaleza, ¿con qué podrá comparar sus sentimientos? Quítese al escultor la arcilla y el mármol ¿cómo podrá expresar sus visiones ideales? El arte es hijo de la naturaleza. Si se aparta de ella envejece y perece como las flores arrancadas.

– Lo que al arte le da sentido y valor es su fuerza de ennoblecer al hombre -manifestó el más anciano de los comensales.

– De acuerdo, pues, con mi experiencia literaria y social, la misión del arte no consiste solamente en la expresión de la belleza. El arte aspira a la perfección. A la autoperfección, como la moral. Puede tener formas poéticas, pero también formas sociales, formas ideológicas y también plásticas. No puedo comprender el orgullo estéril de los que proclaman el arte por el arte y quedan después aislados en un mundo de visiones inconsistentes. El ejemplo del poeta germano Stefan George -el que supo crear un mito alrededor de su persona- se halla en un grado inferior al de Romain Rolland, cuyo arte es siempre puro e impregnado en la sangre caliente de la humanidad... Esto no significa que acepto sin reserva la fórmula del “artista ciudadano”. Ella huele a política. El verdadero artista tiene el corazón y la conciencia ampliamente abierta, para recibir en él todos los “espectáculos” de la vida, para hacer que resuenen todos los gritos de la lucha social, para dar vida y cuerpo a los ideales colectivos. El mérito del artista es aquél que contribuye a la prosperidad de su personalidad, sin desnaturalizarlo, sino creando formas nuevas de los elementos de la eternidad. Si él logra contribuir con sus obras al embellecimiento de la existencia humana, entonces es cuando cumple con su misión, en la misma forma que el intelectual que predica el bien, que el sabio que busca la verdad...

“INTERMEZZO” EN EL JARDÍN ZOOLOGICO

Nuestra discusión ha terminado en el Jardín Zoológico, propiedad de la casa real búlgara. El ex zar Fernando ha querido, para su propio placer (posiblemente inducido por puro zoofilismo), tener una imitación al “Tiergarten” de Berlín y Schoenbrun. Es un jardín zoológico sin el Fausto

arquitectural, sin ese orden de museo naturalista, con palacios para las fieras de las selvas, de los desiertos, de las "junglas", de las aguas y del aire.

Por tres levas, cualquiera puede entrar por la puerta de madera, tan simple como es el cerco de tablas de la estancia. Éramos unos cuantos camaradas, algunos liceístas y aldeanos. Y pasamos por el lado de las jaulas rudimentarias de los monos (los cuales en esa tarde sofocante, somnolientos, nos dieron las espaldas), de los zorros, de los lobos y de las pequeñas fieras de las selvas. Había allí lagartos y serpientes que ondeaban bajo el vidrio. Inmensas jaulas de mimbre en las cuales vuelan y cantan melancólicamente pájaros multicolores. En los cercados arenosos, con corrales en el fondo, están los antílopes, un bisonte, ciervos y una yunta de camellos peludos, arrodillados sobre el estiércol pulverizado. Alrededor de los lagos artificiales se encuentran los semi-acuáticos, desde los pelicanos humorísticos y cisnes que parecían exilados, hasta las aves degeneradas que caminan ociosamente y eructan famélicas. Osos negros, color café, se movían con un frenesí perezoso, interminable, frotándose en la piedra áspera de las celdas.

Las águilas están, naturalmente, mejor ubicadas entre los grandes amontonamientos de piedras cubiertas de enrejado. En ese instante había decenas de cóndores, halcones, rapaces y con el pescuezo pelado, famélicos devoradores de cadáveres, en quietud melancólica, con los ojos apagados y con las plumas sucias. Parece que los emblemas de las monarquías imperiales y reales, derrumbadas en la carnicería europea, han sido reunidos allí como en un cuarto de trastos viejos. Las águilas tenían el aire de unos parientes escapados y cobijados en el hogar de un rey más feliz.

A los leones también se les ha concedido un lugar de honor. Tanto a esos dos tigres como a esos felinos sudamericanos. Entre los gruesos barrotes pendía la pata inerte de un león: podíamos tocarla. "El rey de los animales" (¿por qué se dio esta denominación absurda, como si el orden natural fuera igual al humano?) roncaba, haciendo su digestión de carnívoro y quien, posiblemente, se haya olvidado del gusto que tiene la sangre caliente de su presa cazaba en la selva africana.

Buscamos después a los roedores en sus cajones, a los herbívoros que despreciaban el heno por un poco de pasto verde que había quedado por los rincones. Y nos hemos parado al lado del estanque con su agua gris, en medio del cual había una yunta de elefantes. El paquidermo inmenso, cual mole de piedra, sorbía el agua con su trompa, salpicando después a su compañera: era una verdadera ducha que daba a la piel un lustre de asfalto. La elefanta estaba sentada en el estanque como un bebé en una palangana. El elefante esquivaba, prudentemente, el borde del estanque de cemento, sacudiendo las orejas como si fueran dos pantallas. Algunas veces abría la boca desdentada, riendo mudamente, exteriorizando gestos pantomímicos.

De repente, pude observar en un rincón una cigüeña negra, cuya presencia provocó una viva carcajada en todos. Permanecía inmóvil, con el pico hacia la pared, nos mostraba solamente la cabeza desplumada, la espalda encorvada, teniendo sucio todo su ropaje. De inmediato reconocí al diácono que tiraba de las narices a los muchachos del coro y que, en su condición de director del internado, amenazaba con la varilla a los escolares perezosos, para que no llegaran tarde a la escuela. Otro camarada veía en otra pobre cigüeña triste, que permanecía inmóvil en una sola pata, a un filósofo senil, obsesionado por una idea fija, indiferente frente a los espectáculos de un mundo notoriamente renovado... Pero nuestra risa no era injuriosa. Por el contrario, parece que un administrador invisible nos daba, mediante las actitudes y gestos de los animales, una lección de modestia y de buen sentido.

En este Jardín Zoológico, bastante rico y variado, con árboles y flores, con pastores minúsculos y rincones de bosquecillos, en algunas horas he sentido esa solidaridad de la vida con las

innumerables encarnaciones, vida que late tanto en un lagarto como en un dromedario, en una Silvia como en un leopardo.¹⁵ He perseguido la forma de la evolución y he llegado a la conclusión de que las especies de animales están superpuestas, en fatal orden de las leyes naturales, como una sucesión de crueldades, de masacres, de sacrificios. Pero allí, aisladas en sus jaulas, las fieras de la misma especie son pacíficas, comparten entre ellas la alimentación y se consuelan, mutuamente, en el cautiverio. En los ojos de algunas de ellas he sorprendido el reproche por encontrarse encerradas, el deseo de la libertad o el irritante desprecio que las induce a esconderse en los rincones, rehuendo nuestra curiosidad de seres superiores, en quienes las garras y los colmillos del instinto están reemplazados por sentimientos e ideas.

Y he sentido entonces la trágica suerte de la humanidad, cuya razón le ha brindado el dominio sobre la naturaleza, pero la que no domina su propia existencia, por las circunstancias de haberse alejado de la naturaleza. Porque ella ha olvidado las leyes de la solidaridad, que contribuyeron a que las desarmadas hordas de antropoides salieran triunfantes en las épocas prehistóricas; porque el hombre explota y mata al hombre, lo que no hacen los lobos ni los tigres entre ellos; porque él se aísla en su egoísmo inconmensurable, en el odio, en el orgullo, en la jerarquía nobiliaria, la que no es más que la del robo, de la violencia, de la masacre y en lugar de practicar la ayuda mutua, que da fuerza también a una bandada de golondrinas para salvar a una de sus compañeras heridas y, asimismo, a un grupo de patos silvestres para defenderse de algún halcón. El hombre ha dividido a la humanidad en clases, en naciones, en Estados, cercándola según el color o religión, en lugar de reconocer la verdad orgánica de la unidad planetaria que conduce hacia la cooperación; verdad ésta que ya la practican las hormigas (¿sólo instintivamente?) dentro del más estricto orden que debe reinar en el hormiguero, al que la abeja más generosa, la sublimiza en la miel de la belleza y del amor...

DE NUEVO EN LA “JUNGLA” HUMANA

Al abandonar el Jardín Zoológico tuve la sensación del exilio. Atravesé un boulevard polvoriento para llegar a través de las calles empedradas hasta el congestionado corazón de la capital. Como si hubiera recibido un baño de fluidos saludables, allá entre los seres terrenales del zoo, me desperté de pronto en medio de un ambiente pobre, entre las miasmas de la promiscuidad humana, donde los individuos se succionan la sangre los unos a los otros, cual sanguijuelas, o se devoran entre sí como los escorpiones.

En el lujoso café donde, inconscientemente, entré con Kovacev para la sed, esperé, largamente, un helado que me costó más que un almuerzo en el restaurante vegetariano. Porque he tenido que pagar los espejos de cristal de ese local, las sillas forradas, los tapetes en relieve, el bufete con sus muebles hechos de madera de Guinea, sobre el cual hay un establecimiento bancario y debajo del mismo se marchitan, al lado de los hornos, los oficiales de una confitería... Porque he tenido que pagar el derecho de descansar en un lugar “selecto”, donde las muchachas que hacen de mozo y usan bonete fino y delantal caro, cambian a hurtadillas guiñadas tarifadas con esos señores obesos, llenos de sangre y hundidos en sillones muelles, fumando los habanos de la ociosidad y sorbiendo la diabólica brasa de las copas de la riqueza y de la voluptuosidad.

¹⁵ Creo que en el parque Carol de Bucarest, con motivo de la exposición de 1906, tuvo iniciación el Jardín Zoológico. Hoy las jaulas de los osos y de los zorros se hallan tapadas con enredaderas, mientras que los lagos, que antes habían atraído a las aves de laguna, están cubiertos de musgo, llenos de ranas. Se podría haber adquirido, lentamente, los animales que se necesitaban, para hacer de ese parque un espléndido y completo Zoo. Pero la insaciable especie de los políticos devoró el “pequeño presupuesto destinado al mantenimiento de algunos animales salvajes”. [Acentuamos que no compartimos esta pobre visión sobre los zoológicos, por donde se vea malignos].

Y he visto en ese café del ocio privilegiado que los hombres se dividen en especies, más alejadas unas de otras que el lobo del perro, que el gato del tigre. He comprendido por qué la guerra entre los hombres ha sido tanto tiempo posible, por qué la esclavitud y la tiranía han sido consagradas como "leyes divinas", por qué la injusticia creció como un cáncer entre los órganos que se odian, en lugar de armonizar en sus funciones solidarias... Y cuando observé más atentamente esos ojos derretidos en rostros gordos; cuando contemplé el gesto lánguido de esos magnates anónimos con su billetera entibiada al lado del corazón; cuando sorprendí sus bostezos de hartos y de neuróticos, comprendí cuán absurda es la esclavitud de los rebaños humanos que hacen bulliciosa la capital, en su fatiga infinita, como si fuera un circuito inexorable.

Sin embargo, sería suficiente un ¡no!, colectivo, pero consciente en cada uno de los trabajadores, para que el círculo fatídico se quebrara, para que los ídolos parasitarios se desinflaran y para que el horizonte de la vida libre -cada uno para todos y todos para cada uno- se abriera ampliamente más allá de las murallas que mantienen prisionera la ignorancia leprosa y las lujurias cargadas de oro.

CAPÍTULO VI

LA SEPARACIÓN QUE UNE

Martes, 2 de septiembre de 1930.

Para poder permanecer un día más en Sofía renuncié a regresar a Rusciuc el lunes por la mañana y tomar después, por la noche, el vapor del Danubio. Hoy debo partir. Hasta Lom hay cinco horas de tren; allí podré tomar el mismo vapor en el que ya me había reservado un lugar.

Aun cuando recientemente se establecieron las comunicaciones, cada viaje es interrumpido. Pero cuando la comunidad moral, la amistad intelectual, son anteriores al conocimiento personal; cuando, antes de haberlos visto alguna vez, sintió al lado tuyo, en tu acción social, a los camaradas de otros países, entonces, después de algunos días de haber convivido con ellos, te separas de los mismos con esa lamentación de misionero, que quiere llevar más lejos una creencia, hasta el punto de renunciar al placer de vivir en medio de la familia humana¹⁶ a la que la prefiere. Esta sensación la he sentido al acompañar a Iordan Kovacev a la estación: regresaba a Plovdiv, donde ejerce la abogacía. Mientras esperábamos la señal de la partida, paseábamos a lo largo del tren. Casi en cada ventana de los vagones abarrotados. Kovacev encontraba algunas figuras conocidas. Con cada una de ellas cambiaba algunas palabras: en el andén eran otros conocidos que lo paraban.

- La simpatía debe ser cultivada en abundancia -me dice- para que, posteriormente, podamos recoger la rara flor de la fraternidad. Tendamos con buena disposición la mano, a fin de despertar en pocos minutos ese optimismo de la solidaridad entre los viandantes, con los cuales nos cruzamos en el camino y a quienes posiblemente no volveremos a ver mañana. Aun cuando ellos tengan otras creencias o ninguna. Yo quiero despejar a los tipos oscurecidos, dar

¹⁶ *Menschenfamilie* (Familia humana), como la denomina también Nicolai Scheierman, otro vagabundo internacional, (con la dirección fija en Suecia) cuyas creencias éticas y sociales constituyen una impresionante elevación hacia la unidad universal.

coraje a los que no saben llevar el peso de la vida. La convicción conservada en ti mismo, se trueca aplastadora y estéril como un bloque de piedra. Ella debe ser desparramada, como el polen, por doquier. Debemos regalarla a cualquiera, a los amigos y a los enemigos. El tiempo trabaja por nosotros.

Y Kovacev, con la sonrisa alentada por sus lentes, sube en el tren que ya empezó a ponerse en marcha.

He sentido, pues, esa separación, aun cuando me encontraba en medio de camaradas que me acompañaron desde la sede tolstoiana hasta el hotel. En esa medianoche, en la vereda ancha, nuestro grupo constituía un manojo de voluntades y de esperanza. Cada uno tenía que partir al segundo o tercer día en distintas direcciones: a Burgas, Varna, Kazanlik, Nicópolis, una vez que se hayan renovado las fuerzas e iluminado en esas conversaciones y congresos anuales. Cada uno de ellos sabe que su humilde misión está encuadrada dentro de los marcos de un gran ideal común, el cual no tiene, empero, otra finalidad que la exteriorizada por ellos mismos, mediante los hechos personales. Y estreché la mano a cada uno de ellos con el sentimiento de un vínculo espiritual que pasa del individuo a las generaciones, de las naciones y razas a la humanidad, más allá de las fronteras inútiles, en el susurro universal de los siglos.

Ahora, después de haber preparado y llevado las valijas al vagón, aprovecho los últimos momentos de la separación. El profesor Enceff, el estudiante Duicev, Delkinov el digno en cualquier circunstancia, me acompañaron hasta la estación, pues desde anoche me desearon feliz viaje. Hacemos, rápidamente, el balance (sin "ganancias ni pérdidas") de los cinco días convividos; ponemos punto final a algunas cuestiones olvidadas y acepto ese bagaje impalpable de los mensajes dirigidos a los amigos y agrupaciones emparentadas de otros países.

– ¿Qué nos puede decir ahora, al abandonarnos? -me pregunta Enceff.

Un prolongado silbato me interrumpe la respuesta. Y quebrando esa timidez que se interpone en vísperas de las grandes confesiones, doy a los tres camaradas el beso fraternal que arranca del corazón que se ha llenado con la esencia del amor humano, libre ya de instintos, ennoblecido en la comunión de los sufrimientos y eternizado en los ideales crecidos de millares de vidas hechas carne.

– Les soy deudor de una respuesta: la recibirán mientras viaje.

EL JUBILADO CONSEJERO

Y el saludo de despedida perdura hasta la curva que me hace ver nuevos panoramas. Pero en ese vagón atestado como una caja de sardinas, los viajeros me contemplan con rostros desconocidos, con su silencio, con sus espontáneos diálogos. Hay allí aldeanos trajeados con ropa áspera, de paño negro, los que, entre las botas grasientas, llevan la bolsa de viaje o el canasto; hay también estudiantes con los ojos cansados por la vigilia, comerciantes, artesanos... Frente a mí, un joven germano cuenta la práctica de dos meses que realizó en una mina de carbón; regresa a su país. Al lado mío, un anciano ágil y firme. Es el oficial jubilado Felipe Skalonkoff, de cuya opinión acerca de las relaciones rumano-búlgaro ya nos hemos ocupado en un capítulo anterior. Ha estado en Sulma, hará un descanso en Lom, para cazar después en las lagunas del Danubio.

– Soy, pues, jubilado y trabajo como antes, pero en otros terrenos sociales. Cada hombre tiene derecho a un descanso, por lo menos un mes al año. El debe ir donde mejor le plazca: a las

montañas, a las playas marítimas, al campo, dejando las preocupaciones en casa. La mujer, los hijos, los amigos, le serán más queridos al regresar. Debe vagabundear. El hombre es un animal social, pero nuestros tatarabuelos nómadas despiertan, con frecuencia, en nosotros y emprendemos el viaje hacia lo desconocido.

Notando el anciano que Bulgaria me interesaba no sólo por sus paisajes naturales, me habló de la vida de las aldeas. Yo las he visto desde el tren, con las mieses acumuladas en los patios de cada casa. Me historió, largamente, el desarrollo del Banco Agrario, exponiéndose el mecanismo de la cooperación, de las comunas, al frente de las cuales el escribano, el maestro y el cura no son designados como privilegiados, sino como los servidores más despejados.

– El trabajo -agrega- es sacrosanto y el fruto de todos es repartido entre todos, de acuerdo con las necesidades de cada uno. Lo que mantiene en pie una organización es la propiedad. Respeto por los bienes comunales. Respeto también por la palabra empeñada. Respeto por la fatiga y el sufrimiento... No se puede usted imaginar cuánta dignidad hay en un campesino con las manos callosas y con su frente arrugada. El no conoce los compromisos abyectos y las perversiones que caracterizan a los habitantes de la ciudad. La verdadera nobleza lleva sandalias y gorra de piel de oveja.

Y el ex oficial me señala a los aldeanos que, en otro rincón del vagón, hablaban sigilosamente:

– Ellos creen en la justicia -dice- y saben hacérsela por sus propias manos si la ley es torcida. ¿Sabe lo que cuenta ese campesino? Cómo ha sido castigado el escribano, que no supo tener en regla el archivo de la comuna, intentando ocultar cierta cantidad de dinero, proveniente de la venta en común del maíz. La gente se reunió en la comuna y pidió rendición de cuentas. Y cuando se convencieron de que la cosa estaba turbia, pusieron sus manos callosas sobre el escribano, le sacaron, lindamente, los pantalones y, ante la vista de todos, le fueron aplicadas algunas decenas de varillas, convenciéndoles de esta suerte que el honor tiene más valor que el dinero robado. Pero semejantes ejecuciones son raras, porque...

– ... el mismo no es zonzo!

– ¡No! Porque el hombre aprende a ser probo cuando suda trabajando al lado de los demás y cuando ve que, mediante la cooperación, su trabajo es remunerado, después de haberse alejado a los intermediarios y especuladores. La riqueza no tiene hoy el pretexto del "mérito personal". Ella debe estar al servicio de todos, toda vez que la misma es el resultado del esfuerzo colectivo.

EL MUNDO SE EMPEQUEÑECE

Afuera el campo crece, se eleva, permitiendo ver las montañas de perfil. Vemos otra cadena de los Balcanes, con bosques seculares, con yacimientos de sal, minas de carbón recién iniciadas, aguas minerales, torrentes de agua que corren entre las piedras monumentales, cinceladas por artificios invisibles... El anciano es incansable. Me narra cómo se construyó, en el último cuarto de siglo, la vía férrea que pasa por Tarnova hacia Stara -Zaragoza, serpenteando en forma gigantesca entre las montañas-. No obstante, recuerdo la descripción que me había sido hecha, hace años, por un tío mío, el ingeniero Itio Siegler quien, de la politécnica de Munich, había ido a trabajar a ese ferrocarril, trepando sobre las montañas, elevando señales en las selvas vírgenes, horadando túneles de piedra, pernoctando en la carpa, lejos de aldeas con su cuadrilla de terraplenistas de montañas. A la sazón, el ingeniero tenía que llevar el revólver a la cintura. La luneta de nivelación era entonces un instrumento hechicero; pero hoy los

campesinos saben que en algunas horas pueden atravesar una región, cuando antes necesitaban semanas enteras para subir y bajar en carreteras chillantes o bien sobre el lomo de burros, o por caminitos angostos o ya por sobre los precipicios.

– Si usted tendría que descansar en una de esas aldeas -me dice el oficial jubilado- vería sobre las paredes, dentro de cada habitación en la que se destaca la higiene, no tan sólo iconos ahumados, sino también casas-modelo, estampas coloradas de máquinas agrícolas, tal vez también un mapa de montañas con las correspondientes vías férreas trazadas en rojo, adornadas con los retratos de los ingenieros que alinearon las rocas y perforaron los Balcanes. Sin duda alguna que usted, entre esas figuras, encontrará también a su tío así como era en su juventud.

La conversación se prolongó en la misma forma que se extiende el paisaje nunca visto, pero que es familiar. El mundo, con sus montañas y sus campos, con sus aldeas y ciudades, con los hombres de todas las razas, parece que se encuentra preso en un cerco en el que nada se pierde, donde todos los hechos dejaron un vestigio y donde el pasado aparece incesantemente, con figuras conocidas, mezclándose en la actualidad que propulsa la herencia común...

Y nos damos cuenta que, paralelamente al Danubio luminoso y libre, el tren corre como un galgo atado, cuya cadena resbala sobre el alambre tendido a lo largo del patio. Ante la técnica moderna, ante el automóvil, el aeroplano y aun ante el vapor, el tren ha llegado a ser un animal doméstico, con estaciones fijas y rutas permanentes. Su velocidad es aventajada desde hace tiempo y las perspectivas horizontales de la aviación empezaron a dejar atrás a los amantes de los virajes que marean, a los que huyen a través de las nubes o, en submarinos que se sumergen en los mares.

LA DECLARACIÓN DE UN EX OFICIAL

Lom. La ciudad se encuentra del otro lado de la elevada cresta de la colina; lo demuestran algunos álamos y un farol. Las formalidades esta vez son más complicadas. Centenares de estudiantes van hacia las universidades de Occidente; los turistas, a su vez, regresan de las montañas o de los baños. Esperamos el vapor de La Primera Sociedad de Navegación en el Danubio. Ya se vislumbra minúsculo, allá en el horizonte. Hasta que atraque, tengo tiempo de hacer algunas compras en la calle inclinada como tobogán. Y he aquí a Felipe Skalonkoff, el oficial jubilado, que me sale al encuentro, con su bastón de paseo. Dejó su valija en el hotel y camina lentamente por la ciudad. Ahora quiere ver la salida del Saturnus, blanco y coqueto, bajo la negra nube de humo, extensamente desparramada. El anciano está dispuesto a darme un curso de historia: del origen de los búlgaros, del antiguo imperio de Assan reconociendo la contribución rumana a... la guerra ruso-turca de 1877. Su erudición está basada en las lecciones del profesor Macheef de la Escuela Militar de Sofía... Y él mismo reconoce que ha llegado el momento de subir a la cubierta del barco.

– Yo, -me dijo con bonhomía- no tengo necesidad de apurarme. Me causa hasta placer perder el tren y tener después que esperar otro, deambulando en este mundo antes de abandonarlo en el último viaje... Después de todo lo que le he dicho, lamento que sus ideas le han inducido a hacer un viaje por esa Europa desordenada y agotada después de 1914, como si ella hubiera atravesado por una circunstancia monstruosa. Tiene usted razón. Hacen falta "pioneers" de la paz, para que unan a los pueblos... Digo mal. Los pueblos son pacíficos, mientras sus dirigentes mentirosos no los azuzan. No hay fiera más implacable que el intelectual demagogo y el politiquero que berrea detrás del seto de bayonetas, al lado de los cañones que simbolizan el orgullo nacional. Esto se lo dice un veterano militar, que ha tomado parte en dos guerras. Hoy

es indigno glorificar la guerra, la que, de ninguna manera, es una lucha justiciera, una lucha pecho a pecho, sino que ella es un crimen anónimo, científico, un asesinato en masa... Prefiero ir de caza, a cobrar algunos patos silvestres o zorros astutos. ¡Pero para cazar hombres con granadas, con bombas de gases!...

Y el anciano se aleja lentamente a lo largo del muelle.

EL ATARDECER SOBRE EL DANUBIO

Reconocí a Saturnus por sus pintorescos pormenores, porque he viajado en él, en compañía de mi esposa, desde Giurgiu hasta Viena y viceversa. El mayordomo, alto como la mitad del mástil, me saluda de una manera poco profesional, por cierto. Al pasar, vi al cafetero turco, políglota y beato, con un collar blanco al cuello, arrodillado sobre la cama de su cabina, haciendo la oración de la tarde, rodeado de botellones de cobre, de cajas de turrón, de pipas largas de Macedonia, las que llevaba, sin duda, ocultas, para los clientes discretos que no tuvieron el coraje de esconder cigarrillos en su bagaje severamente controlado. El capitán está en el comando, inmóvil, rosado, lobo de mar ya acostumbrado con los paquetes y los trasatlánticos, que está castigado por quién sabe qué travesuras y tiene ahora que maniobrar en las costas del Danubio. Me asegura un marinero que la maniobra fluvial es más difícil que la del mar, desde que se tiene que viajar por la línea más profunda, esquivando los bancos y las rocas del lecho, cuyo nivel es caprichoso, después de tormentas y lluvias.

Me apresuro a subir al puente superior. El atardecer es lento, prolongado. El aire puro, que hace profunda la respiración, acaricia el rostro y las manos. Son efluvios tonificantes que el cuerpo recibe con el regocijo de un descanso largamente esperado. Y permanezco contemplando, intensamente, el agua fluvial en toda su longitud, la cual forma una cola de espuma que se deshace y rehace constantemente detrás del vapor, envuelto en los ruidos de los motores y de las hélices.

A la derecha y a la izquierda, como dos películas paralelas, las costas se desenvuelven con sus ocultos perfiles, suavemente onduladas, con siluetas cada vez más oscuras por los arbustos y bosquecillos. La noche se aproxima como si fuera envuelta en velos de luto y, súbitamente, las copas de los árboles adquieren color plateado. Las nubes pardas también comienzan a hacerse los dobladillos desde abajo. De pronto aparece una luna inmensa como una fiera de las lagunas, púdica en su desnudez broncea, ocultándose luego en las nubes, mirando con un ojo a través de sus cortinas plúmbicas. Pero en el agua tranquila, peinada en forma de una piedra larga y puntiaguda por ambos lados, peinado tenue y elíptico, la luna es reflejada sin su voluntad, hasta el grado de ser transformada en una sirena que persigue al barco, golpeándolo sinuosamente con su cola, desparramándose en ondas sus escamas incandescentes... El espectáculo es, pues, tan frío como una litografía romántica. La magia lunar se agotó en un vocabulario melifluido que el poeta moderno desprecia, porque él también se acostumbró a los ardores del "cocktail".

Permanezco en la popa, sumido en un estado hipnótico, acostado en una renunciación vagamente mecida. El barco se desliza en medio de una murmuración consoladora, como si fuera una melopeya arcaica, pues en el salón del restaurante adornado con hojas que dan la sensación de un invernadero, los pasajeros de primera clase han empezado a librar los licores después de la cena, mientras que en el "fumoir", alrededor de las mesas pequeñas, se han reunido los jugadores de "pocker", ya que en el "hall" se ha dado rienda suelta al "pathefon" saltarán, para que las jóvenes parejas se expansionen en la impotencia que quiere ser elegante y no sabe ocultar el gesto sexual como en el tiempo del *minuet* y del *vals*.

... Y LAS OBSESIONES SOCIALES

Mi mirada se desgrana. Las obsesiones sociales clavan sus garfios en el pensamiento. En esta improvisada colectividad del vapor, la sociedad se manifiesta a través de esas sus capas aisladas de los montones de estudiantes, de empleados semi-rurales; quienes se han preparado la cama en la sala común del fondo, sobre las mesas y los bancos que llegan hasta las cabinas que tienen lavatorio por separado, flores sobre la mesita de la ventana larga y que son para los que pueden pagar el sueldo de un mes al foguista, hombre de las galerías, lleno de hollín y que alimenta con carbón las entrañas insaciables de las calderas...

Después de dar una vuelta por la cubierta, desciendo por pasillos en los que el soplo intenso de la noche se filtra en forma aguda. Prudentemente piso los escalones que conducen al "dormitorio". Algunos viajeros se han dormido sobre la escalera, con la frente sobre las rodillas, ya que ellos no pudieron encontrar lugar en la sala de proa. Cómo pudieron caber allí tantos hombres, sólo podría explicarlo el que sabe apretar a centenares las sardinas en una caja de lata. A la luz tenue, se ve que ellos están hacinados, recostados de una manera, apoyados unos en otros, con las piernas y cabezas mezcladas, dentro de una atmósfera pesada como su sueño. Pero, ¿duermen ellos? En un rincón hay una familia entera: suegros, cuñados, con pequeños enfajados, formando bultos entre el bagaje. Un grupo permanece despierto: son tipos notoriamente modelados, de blusas rusas; hay libros entre los restos de la comida. Son jóvenes intelectuales que discuten con calor, con gestos rápidos, pero sujetándose los gritos: seguramente que "la revolución mundial" los ha sorprendido como una sangrienta alucinación, ya que no todos están convencidos de ella. Algunos de los estudiantes tienen la sonrisa apostólica y de inmediato, los hemos reconocido como tolstoianos. Al intentar entrar en la cabina que he compartido con un estudiante de liceo que regresaba a Graz, fue necesario pasar por sobre el cuerpo acostado encima de hojas de diario que le sirven de colchón: reconozco en seguida al estudiante que se me presentó, mientras esperábamos el vapor: era Peiu Gheorghe Peef. Apenas sabía algunas palabras en francés; había emprendido viaje hacia Nancy, para estudiar la cirugía odontológica...

Al estirarme en la cama dura, cubriéndome con la áspera frazada (que había permanecido durante dos semanas en la agencia de Bucarest), tengo el sentimiento punible de un privilegiado. Alrededor de mí, donde la promiscuidad aun no adquirió aspectos irracionales, la gente tiene un espacio más reducido que el de la sepultura del cementerio. Y el corazón de acero de los motores late como millares de corazones juntos. Crujidos y golpes repercuten en el casco de hierro; y las ondas frotan el casco de barco que parece inmóvil. A través del ojo de buey, salpicado de espuma, observo sombras tupidas, huellas pálidas. Una hilera de luces aumenta en la costa búlgara: es Vidin. Me acuerdo de la respuesta que he quedado debiendo a los camaradas que esta mañana he dejado en el andén de la estación de Sofía con la sonrisa en sus rostros fraternos y pigmentados por el sol. Me siento en mi lecho: las rodillas me sirven de pupitre para escribir estas *Palabras de un forastero de Bulgaria*.¹⁷

LAS PALABRAS DE UN FORASTERO DE BULGARIA

A Jordan Kovacev

"He salido del país en el cual he trabajado por espacio de veinte años, aproximadamente, como humilde "servidor del espíritu", para conocer mejor nuestra gran patria europea. Me encuentro

¹⁷ Publicados en cotidianos y revistas de Sofía.

en la mitad del camino de mi vida y creo tener el derecho (tal vez el *deber*) de hacer una jira por Europa, tal como hacían los profesionales manuales de otros tiempos, quienes deambulaban por su país para aprender un oficio y conocer las realidades de la vida.

"He empezado con Bulgaria. Desde hace mucho tiempo que vengo persiguiendo sus manifestaciones culturales y sociales. Mis relaciones con los literatos y pensadores, con tolstoianos, vegetarianos y pacifistas búlgaros arraigaron en mí, no tan sólo como simpatía intelectual, sino que también como interés activo, frente a ese país, del cual los diarios, por desgracia, nos daban únicamente informaciones políticas tendenciosas y notas superficiales.

"Llamado reiteradas veces por amigos búlgaros, a los cuales he conocido en los congresos del Occidente, he podido cumplir con mis promesas con motivo del congreso de la Unión Vegetariana de Rusciuc. Desde el primer día de mi llegada se me puso de relieve una de las manifestaciones más características de Bulgaria. El vegetarianismo tiene hondas raíces hasta en las masas populares. Él emerge de una concepción ética de la vida, la que es elemental, más bien intuitiva. A esta concepción contribuyó, al lado de las condiciones sociales y económicas, determinadas doctrinas morales, de las cuales el tolstoianismo es el más conocido. El tolstoianismo ha encontrado allí formas prácticas, las que concilian los imperativos de la conciencia religiosa con las necesidades de existencia cotidiana.

"Iniciando con Bulgaria mi vista continental, creo que voy por buen camino. Después de los vegetarianos, he conocido más de cerca de los tolstoianos y a los pacifistas activos. No puedo pretender que un país puede conocerse en seis días. Pero lo que he visto allá me enriqueció el corazón y también el pensamiento. Puedo, pues, afirmar que en ninguno de mis viajes por los países occidentales he podido encontrar tantos valores morales, tantos indicios de fraternidad, tantas confesiones espirituales en tan corto tiempo y con una espontaneidad tan conmovedora.

"No exagero ni estoy habituado a las delicadezas. Me gusta decir la verdad (lo que no constituye tampoco mérito). Si el Occidente tiene sus grandes tesoros científicos, artísticos, técnicos, económicos, él no pone de manifiesto tan fácilmente sus fuerzas morales y sus realidades espirituales. Estas últimas están ocultas bajo las apariencias de una civilización mecanizada, bajo las ásperas leyes de la vida cotidiana. Allí es necesario buscar mucho al amigo que ha de orientar a uno, al hermano que ha de enseñarte el fruto de su fatiga, sus pensamientos, sus obras. El Occidente, en sus aspectos generales, es más bien impersonal. Algunas veces parece un vasto museo en el que los hombres sin guía se han extraviado, por encontrarse también huérfanos de solidaridad que conduce hacia las fuentes vitales de la vida colectiva.

"En Bulgaria he descubierto *el mundo espiritual de la fraternidad*. Este constituye la verdad activa de la que nosotros, que luchamos por la paz y por la humanidad, tenemos necesidad más que de la verdad científica o del progreso técnico. ¿Por qué, *verbi gratia*, debo experimentar regocijo ante un aeroplano destinado a matar a nuestros semejantes de otros países? ¿Para qué sirven los refinamientos estéticos, las construcciones metafísicas, si ellas ocultan los horrores sociales y las perversiones espirituales o sexuales?

"Lo que he visto en Bulgaria -y esto se lo debo a la gratitud de los literatos, de los campesinos, de los principales ancianos y estudiantes generosos, a todos aquellos que llegaron hasta mí con la mano abierta y la sonrisa límpida- es la preeminencia de la vida moral. No nos referimos a la moral de doble faz. Sino a la ética de perfeccionamiento personal. La correlación entre la idea y el hecho. La fuerza de la ayuda mutua, de la cooperación que da al trabajo su progresiva comprensión, su justa recompensa. No es éste el lugar para que yo detalle hechos que corroboren estas comprobaciones. Ellas son, pues, demasiado claras para los hombres de buena fe.

"Seguramente que Bulgaria no es ningún paraíso. Los males económicos tienen también allá su repercusión. Las manifestaciones negativas de la vida social y nacional se producen como en los demás países. No falta en esa nación balcánica la esclavitud del capitalismo mundial, la tiranía de la política belicosa, el fetichismo patriótico, tantos males de que padece la sociedad materialista.

"Bulgaria tiene ante los demás países de Europa el gran mérito de haber reconocido que su salvación, vale decir la salud y la riqueza de un pueblo reside, sobre todo, en *la fraternidad creadora*. Esto significa que la vida humana debe permanecer cimentada en las leyes naturales, ya que la moral tiene sus raíces en el espíritu y en la conciencia. Esto significa tolerancia social y religiosa, trabajo equitativo, educación del pueblo dentro de los marcos internacionales de la solidaridad humana. Las jóvenes generaciones curarán las viejas heridas mediante su insistencia luminosa. En este país sometido a duras pruebas (sus testimonios históricos son excesivamente sangrientos) los grandes grupos de hombres han encontrado el secreto de la paz: ayudándose los unos a los otros, haciendo del amor una práctica natural y de la libertad un medio de armonizar todas las fuerzas individuales y colectivas. Esto es humanitarismo.

"El humanitarismo es la expresión de los intereses e ideales totales y permanentes de la humanidad. Tiene su base sobre la biología, pero coronado con la moral. Vivir de una manera integral significa vivir humanamente, haciéndote a ti mismo, armonizando la individualidad con la sociedad, conciliando las exigencias de la existencia con las aspiraciones superiores del espíritu y de la conciencia.

"He encontrado en ese país hombres que, por su vida, por sus hechos, me han convencido de una manera definitiva de que el humanitarismo no es utópico, sino una posibilidad constantemente creciente e incorporada a la realidad. He aquí por qué quiero expresarles ahora, al iniciar el viaje rumbo a los países de Occidente, mi profundo reconocimiento por el fraternal recibimiento del que he sido objeto.

"Y cuando regrese a Rumania, a este país tan poco y tan mal conocido, tendré que decir a algunos de mis camaradas, a esos colegas míos (si es que me quieren escuchar), a los desconocidos que integran la impropia denominación de "opinión pública", que allende al Danubio existe un pueblo que no debe ser ignorado. La solidaridad económica o cultural, debe ser puesta en práctica con los vecinos. Por sobre esta gran arteria de Europa, por sobre este: *Danubio, Danubio. Camino sin polvo*, debemos arrojar los puentes de la ayuda mutua, de la benevolencia activa, del trabajo común, para la emancipación de este continente agotado por el flagelo bélico y revolucionario.

"Debemos servir a la paz mediante el trabajo, contribuyendo a que el odio entre las naciones desaparezca. Sirvámosla mediante esa concordia espiritual que hace perecer a las fieras políticas, las enfermedades de la ignorancia y de la mentira. La emancipación está en el amor y en la libertad".

Eugen Relgis